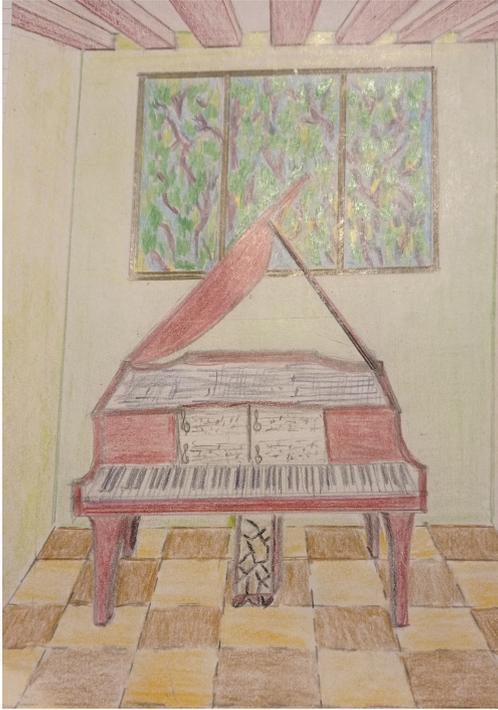


UNA CASA CON PIANO



Por

Margarita María Niño Torres

Novela ambientada en un país suramericano a lo largo de setenta años del siglo veinte

Apta para jóvenes a partir de los quince años

Los nombres y los personajes son ficticios. Los hechos son imágenes de la realidad.

Dedicada en especial a quienes fueron mis alumnos en algún momento y lugar, a los maestros y maestras de hoy y a todos los padres que miran con algo de temor el futuro de sus hijos, en un mundo que se nos va tornando cada día más difícil de comprender.
La autora

UNA CASA CON PIANO

ÍNDICE

A modo de preámbulo	
Historia de 'La Pintada'	4

PRIMERA PARTE

Enfermera de niños.....	9
Felisa, la niña de ocho años.....	11
La carrera de Patricia.....	19
El derrotero de Andrés.....	21
Un tropezón decisivo.....	23
Alrededor de la Casa de la Esperanza.....	26
Logros y limitaciones.....	29
Aparece Camilo.....	32
Un matrimonio conveniente.....	37
Toda una historia.....	43
Salvados por un pelo.....	50

SEGUNDA PARTE

Casa con piano.....	56
Soluciones inesperadas.....	65
Vida de pianistas.....	78
El tiempo que se desboca... y retrocede.....	83
Nueva amistad.....	93
Alguien llega del mar.....	98

TERCERA PARTE

Acomodo provisional.....	103
Los nudos difíciles.....	110
Otro retroceso del tiempo.....	119
Un nuevo habitante del planeta.....	124
Reubicando gente.....	129
Sorpresas nos da la vida.....	131

CUARTA PARTE

Vida universitaria y vida de negocios.....	140
Nuevos movimientos.....	145
Historia de Jaime.....	147
Una vez más el pasado re- aparece.....	152
Un telegrama misterioso.....	154
Un bebé llora.....	162
Los más jóvenes del grupo.....	169

UNA CASA CON PIANO

A modo de preámbulo

Historia de 'La Pintada'

Desde épocas muy lejanas, durante los siglos de colonización, las nuevas tierras descubiertas en Suramérica recibieron el impacto de inmigrantes europeos de muy diversas procedencias y calidades humanas, quienes en una gran proporción ignoraron a los nativos, tomaron tierras para instalarse y producir, se agruparon en caseríos y desde sus ubicaciones, negociaban sus productos y también sus propiedades. Los más vivos compraban a precios mínimos las mejoras que otros habían hecho y esos otros se iban a comenzar en otra parte con los pocos dineros que llevaban...

Llegó la guerra de la Independencia en el país de nuestra historia, se delimitaron las regiones, y con ellas comenzaron a destacarse las grandes y extensas propiedades de unos pocos, propiedades que incluían viviendas de familias pobres al servicio de los dueños. Los dueños eran personas de mayor poder económico, cuyas familias crecían entre la vida en la hacienda y la vida en la ciudad.

La tenencia de la tierra fue ordenándose paulatinamente mediante 'escrituras públicas' que indicaban claramente : el nombre del predio junto con su extensión y ubicación dentro de la geografía del país, del departamento y del municipio, las fronteras entre tal propiedad y las propiedades vecinas, el nombre e identificación del dueño, la forma y precio en la cual ese dueño había adquirido esa tierra. Cada escritura debía llevar la fecha de la transacción, las firmas del comprador y del vendedor junto con testigos, si fuera el caso, todas realizadas en presencia del Notario Público debidamente respaldado por nombramiento del gobierno. Posteriormente, la ley obligaba al nuevo propietario a registrar la

escritura en una instancia oficial superior, establecida para ello. Sin ese registro la escritura no tenía validez para ningún trámite legal relacionado con la propiedad en cuestión.

Por los años treinta del siglo veinte, una hacienda con nombre 'La Pintada' era una propiedad grande, de muchas hectáreas de terreno apto para la ganadería y la agricultura, cuyo dueño, un señor de apellido 'Alberto' había hecho crecer el valor de la tierra por el desarrollo de cultivos y de ganados, la construcción de viviendas para los trabajadores y sus familias y la apertura de carreteras entre las partes, entre otros adelantos.

En un 'rancho' —palabra que en tal región designaba despectivamente una casa campesina muy pobre, generalmente fabricada con adobes rústicos o con maderas de muy poca calidad y cuyo techo siempre era de paja o de materiales de desecho—, no perteneciente a la Pintada pero ubicado en tierras del pueblo 'Palocortado', colindante con tal hacienda, vivía un campesino pobre, ignorante y empedernido tomador de guarapo, quien por jornales trabajaba en recolección de cosechas en la Pintada. Ese campesino tenía tres hijos, de los cuales el menor, de nombre Tobías, era avisado, bueno y sonriente y adoraba a su mamá. Tobías tenía siete años en los comienzos de esta historia. Sus hermanos no iban a la escuela. Su padre tampoco lo había hecho, no sabía leer ni le importaba y la madre no tenía mucha autoridad en tal materia como para forzar a ninguno de sus hijos, todos hombres, a hacer algo que el padre no valoraba de ninguna manera.

Otro campesino que llevaba el apellido 'Frontera', era un obrero permanente de la Pintada y vivía en una casa dentro de la finca, ubicada cerca del borde que estaba más próximo a la familia de Tobías. Ese campesino, más evolucionado que el padre de Tobías tenía solamente un hijo, Rodolfo, dos años mayor que Tobías. Rodolfo asistía a la escuela y sabía leer.

Rodolfo Frontera y Tobías se hicieron amigos. Muy amigos. Cuando, en épocas de cosecha en la Pintada había trabajo para

ellos, se ayudaban y recogían entre los dos lo más que podían y Rodolfo solía dejar casi la totalidad a su amigo para que él cobrara su pago. Desde esos días, Tobías aprendió a ahorrar una parte de lo que ganaba y a esconderla en un lugar que solamente él conocía. Todo por consejo de Rodolfo quien daba ejemplo.

Cuando no había trabajo, caminaban y jugaban dentro y fuera de la Pintada. Rodolfo le enseñaba algo de lo que él sabía pero el pobre Tobías no progresaba demasiado. Con todo esfuerzo aprendió a escribir su nombre y a leer palabras fáciles y frases mínimas. Así llegaron los trece años de Rodolfo, quien entró de lleno en la adolescencia. No así Tobías. Él seguía siendo un niño inocente. De todos modos, para Rodolfo, Tobías era su amigo, el mejor de todos. Pero aparecieron otros amigos y quisieron enseñarle a Rodolfo sobre lo bueno de tomar cerveza y sobre todo, acerca de las mujeres. Tobías le contó a la mamá y ella le dijo que Rodolfito era más grande y que eso de cerveza y de mujeres era mejor después porque se necesitaba mucho dinero . Que cuando esos amigos se llevaran a su amigo a tomar , él se fuera para la casa y le ayudara a ella y así los dos se acompañaban.

Rodolfo, con una ayuda exagerada de sus nuevos amigos, tuvo de pronto dinero para comprar un pedazo de tierra. Un año después, con la misma ayuda lo vendió en muy buen precio y compró una casa pequeña con un lote. Entonces se llevó a vivir con él a una muchacha que estuvo de visita en otro pueblo llamado El Rastrojo, relativamente cercano pero hacia el lado contrario de Palocortado con respecto a La Pintada, Felisa Corrientes, de quince años, muy bonita. Se fueron sin decirle a los papás de ella y se acomodaron en La Pintada, cerca del padre de Rodolfo que había ascendido a capataz de ese sector de la hacienda. La vida iba bien en apariencia, Tobías seguía siendo el gran amigo, pero Tobías no iba a la casa de Rodolfo ni conocía a la mujer con quien Rodolfo vivía. Los amigos se encontraban en el campo.

El padre de Rodolfo tuvo una caída muy grave, quedó incapaz de continuar con su trabajo y Rodolfo entró como capataz. Los

amigos de la cerveza siempre llegaban en épocas de cosecha. Tobías evitaba encontrarse con ellos porque le parecía que se aprovechaban de Rodolfo para comer y emborracharse con él y apenas terminaba la cosecha, desaparecían. Rodolfo iba a cumplir dieciocho cuando reemplazó a su padre.

Pasaron dos años con Rodolfo como capataz. Él estaba bajo las órdenes del Mayordomo de la Pintada. Nunca vio a los dueños.

Antes de la siguiente cosecha, aparecieron los amigos de siempre, acompañados de otros un poco mayores y Tobías prácticamente no volvió a ver a Rodolfo.

Pasaron dos años más. Los amigos se habían visto muy poco. Tobías seguía viviendo en el mismo rancho cerca del pueblo. Un día, después de la cosecha del cuarto año como capataz, llegó Rodolfo a la casa de Tobías a pedirle que fuera con él hasta su casa. Allá le mostró a su mujer Felisa y una chiquita de tres años, su hija, y le pidió que por favor las llevara a una casa que él había tomado en arriendo en un pueblo lejos de Palocortado y de La Pintada, que las cuidara hasta que él volviera. Que había hecho un negocio muy grande y tenía problemas. Por eso quería que Tobías fuera el que cuidara a su familia, porque era el único en quien podía confiar. Finalmente le dijo que posiblemente él se demoraría mucho en volver.

Tobías fue a decirle a su mamá que el patrón lo mandaba a un trabajo lejos. Que no se preocupara. Se demoró un poco en buscar sus ahorros, los envolvió bien y los metió en un costal con su ropa. Y se fue detrás de Rodolfo y la mujer con la niña. Llegaron de noche. Rodolfo, hablando en voz baja, les dijo a Tobías y a Felisa que si se sentían en peligro, dijeran que ellos eran casados, para que la gente se olvidara de que había visto a esa señorita. A Felisa le dejó algo de dinero y besó a la chiquita. Luego salió sin alumbrarse ni hacer ruido....

Y esa fue la última vez que Rodolfo y Felisa se vieron.

Primera Parte

Enfermera de niños

Conozco a Patricia Muñoz desde que nació. Adela, la madre de Patricia fue nuestra niñera por tres años, desde el nacimiento de mi hermano menor, cuando yo tenía seis años y Adela diecisiete, hasta que ella se quiso ir porque 'le iban a mandar un bebé'. Aun recuerdo que yo decía que le avisaran a los encargados que llevaran el bebé a mi casa y así yo también podía ayudar a cuidarlo porque ya era 'una niña grande' pero, como siempre, los adultos no hacen caso de lo que los niños proponen... y Adela se fue a esperar que le entregaran ese hijito o hijita que ella había encargado.

.....

Brevemente diré que mi padre era ingeniero civil de oficina. Un accidente en los últimos años de su carrera lo había dejado con una fuerte incapacidad para hacer esfuerzos físicos y una marcada y permanente cojera de su pierna derecha. Por eso nunca lo vimos dirigiendo obras en los sitios de esas obras sino siempre desde su oficina, ocupado en cálculos, revisión de planos y de informes de laboratorio y de los supervisores de los diferentes aspectos de cada obra. Él pertenecía a un consorcio de ingenieros y para ese consorcio trabajaba. Teníamos una vida de clase media con ingresos moderados pero a la vez llena de actividades artísticas e intelectuales en familia, referidas a temas de cultura general y lideradas por mi padre. Él compensaba así con creces lo limitado de sus ingresos, apenas suficientes para una vida sin lujos. Mi madre, mientras fuimos niños dedicaba su día entero a nosotros, nuestra alimentación, salud, vestimenta, y colaboraba con mi padre en la organización de nuestros pequeños actos con títeres y representación de cuentos, primero inventados entre todos, luego dibujados y finalmente escritos y leídos. Realmente nos hicimos jóvenes cultos y bien educados, aunque sin mucho roce social.

.....

Al día siguiente del nacimiento de la bebita de Adela, mi mamá quiso llevarme para que la conociera y le llevara un regalo de ropas de bebé que ella tenía guardadas. Así, en cuanto vi a Patricia me entusiasmé con ella. Mis diez años me dieron la madurez necesaria para saber que esa bebita no era una muñeca y entender lo del crecimiento y lo de alimentarla bien y evitar las cosas que podían hacerle daño.

Ellas vivían a pocas cuadras de nuestra casa de modo que mi madre me dejaba en su compañía de vez en cuando, mientras ella iba al centro por alguna compra y al regresar me recogía, siempre contra mi deseo de alargar la visita.

El tiempo no se detuvo. Sin suspender mis visitas esporádicas en casa de Adela, yo crecí, terminé la Primaria, me hice adolescente, pasé al Bachillerato, me gradué poco antes de cumplir diecinueve y me propuse hacerme enfermera de niños. Era, de todos los oficios que conocía, el que más me atraía. Hice la carrera universitaria de Enfermería, no Medicina que suponía un mejor nivel profesional y que además resultaba mucho más costosa, pero mis preferencias fueron por el oficio elegido y lo habrían sido igualmente en el caso de que dispusiéramos de recursos más amplios.

Patricia Muñoz tenía quince años cuando yo me gradué de enfermera con especialidad en el área de Pediatría. Desde la fiesta de Navidad del año anterior no nos habíamos visto. Ella cursaba el bachillerato en un colegio del gobierno. Estaba muy emocionada y ese día me prometió que terminaría el bachillerato y se convertiría en enfermera para que pudiéramos trabajar juntas. Para Patricia, yo era una especie de hermana mayor y maestra a la vez. Para mí, ella había sido siempre mi hermanita, porque mis hermanos fueron dos hombres y ella era hija única. Las dos jugábamos y charlábamos mucho, aunque nunca vivimos bajo el mismo techo. Ese día de mi grado, nos separamos con un compromiso firme de encontrarnos cuando fuera posible, para planear el futuro.

Al tiempo de obtener mi grado, yo no tenía a ningún miembro de mi familia cerca. Mi padre había muerto cuando mi hermano mayor tenía veinticuatro años, yo veinte y el menor diecisiete. Un año y medio después murió mi madre. Cuando mis hermanos tuvieron veintiséis y diecinueve años, una vez recibimos cada uno la parte de la herencia que nuestros padres nos dejaron, yo gestioné la compra a plazos de mi apartamento y pagué la cuota inicial del mismo. Mis hermanos usaron sus partes para convertirse en hombres de mar. De vez en cuando yo recibía una postal. Sabía que continuaban juntos y que les iba bien como comerciantes de ultramarinos. Eso era todo lo que en apariencia nos unía: esporádicas postales. Pero mis recuerdos volvían sobre los inolvidables domingos de invención y representación de cuentos como actividad familiar y estaba segura de que esos recuerdos también vivían en ellos.

A lo largo del último semestre de mi carrera, tuve muchas actividades en la ciudad y además viajé varias veces a las provincias para participar en trabajos con comunidades pobres y marginadas y también para asistir a dos Congresos relacionados con la Enfermería Pediátrica.

Felisa, la niña de ocho años

Desde que comencé mis cursos de especialización, me propuse establecer como costumbre personal la escritura de un '*Diario de Enfermera de Niños*'. Cada vez que algo fuera de lo común me sorprendiera, sobre todo cuando se tratara de hechos relacionados con menores lastimados, yo escribiría un resumen de lo sucedido y de las soluciones que intentáramos y de los resultados que hubiéramos podido obtener, tratando de no exagerar ni hacia un lado ni hacia el opuesto, sino buscando mantener mi relato en una relación lo más próxima posible con lo sucedido.

Así, un evento muy especial quedó registrado en tres entradas de mi diario realizadas dentro del año anterior a mi grado. A continuación copio tales entradas

.....

Entrada 1. <<Martes 22 de julio>>. Esta mañana a las once, el médico de turno en Urgencias me mandó llamar para que ayudara en un caso de una niña lastimada. Cuando llegué, él mismo me hizo entrar y me puso sobre aviso:

"Niña de ocho años. Golpes por caída posiblemente provocada. Ausencia de ropa interior. Marcas de fuerte presión de dedos sobre brazos y piernas. Situación nerviosa muy inestable. Rostro con problemas desde el nacimiento"

— ¿Se sabe algo del agresor? —pregunté yo. El doctor me respondió:

— Un chico de quince años. La policía se lo llevó.

Vi a la niña. Estaba adormecida por efecto de algún medicamento. Miré su carita muy deforme y fea. El labio superior partido, muy grueso y el cachete izquierdo convertido en una bola casi dura. El ojo de ese mismo lado, ... debe tener problemas para mirar... pensé

— ¿Se podría hacer algo para mejorar esa carita? —pregunté al médico.

— Busque usted al cirujano plástico y hablele. Es excelente pero no se deja atrapar para consultas de cirugías de belleza. Este caso puede muy bien llamar su atención. —Me contestó.

El doctor dejó firmada la hoja de salida para el día siguiente.

— Es para que la niña tenga un tiempo de reposo bajo vigilancia y se calme completamente. Si algo anormal sucede, llámenme —nos explicó. Además me pidió que estuviera con ella todo el tiempo que me fuera posible. Sentí su preocupación de persona sensible y generosa... (fin entrada 1)

.....

Recuerdo bien que esa tarde llegaron una monja y una señora a preguntar por 'Felisa'. Yo las atendí y me explicaron que esa niña vivía en el hospicio "La Casa de la Esperanza" desde que nació. Alguien la dejó recién nacida junto a la puerta, envuelta en periódicos. La criatura estaba a punto de morir. Pero no murió.

La monja dijo:

— El hospicio era y sigue siendo pobre. No teníamos muchos recursos. El pediatra cercano a quien acudimos esa misma noche se limitó a revisar y atar nuevamente el cordón umbilical y nos aconsejó que la bañáramos con agua tibia y que ojalá una mujer cargara a la criaturita contra su pecho, de preferencia desnudo, para comunicarle el calor y la energía indispensables para que pudiera vivir. Infortunadamente él no podía hacer nada más. Al día siguiente el hospital nos ayudó con algo de leche en polvo para alimentarla.

La monjita explicó además que Felisa no podía hablar aunque lo intentaba pero los problemas de su paladar y su labio no le dejaban sacar ningún sonido. Por lo demás, era una niña que ya hacía oficios; que había aprendido a ir por el pan hasta la esquina todos los días. Que esa mañana salió pero no regresó. A ese respecto, la monja habló de seguido:

— Al servir el desayuno, no había pan y había pasado una hora de la salida de Felisa. La joven encargada confirmó que había salido a tiempo pero que aún no había vuelto. Entonces la buscamos: en la panadería nos dijeron que no había llegado. Ya íbamos a llamar a la Policía cuando vino alguien para avisar que una niña estaba muerta en un rincón oscuro que había cerca de la escuela secundaria de muchachos... a tres cuerdas de nuestra casa. Llamamos a la Policía y nos fuimos corriendo para el lugar.

— Cuando llegamos, un carro de la Policía arrancaba con un muchacho en su interior y otro policía estaba cerca del cuerpo que parecía sin vida. Otro carro entró y de él se bajó un tercer policía.

Yo me acerqué y de lejos reconocí a Felisa por el vestido que llevaba. Entonces el policía me permitió levantar un trapo que la niña tenía envuelto alrededor de su cabeza y la cubría casi hasta la cintura. Toqué su pecho y sentí su corazón. Pedí al agente que por favor nos llevara al hospital. Que Felisa estaba solamente desmayada. Sin duda lastimada, pero viva...

— El médico que la recibió fue tajante. Dijo que volviéramos tres horas después. Y por eso estamos aquí. —Así terminó el relato de la monja.

Yo me sentí en ese momento absolutamente amiga de esa religiosa. Me pareció una persona muy verdadera. Sentí su cariño por Felisa y decidí que con ella trataríamos de sacar adelante una mejor vida para la niña. De momento no le dije lo que estaba pensando sino que yo estaría toda la noche ahí por si algo se presentara; que la llamaría si fuera el caso. Que si quería, podía esperar a que Felisa despertara lo cual podría demorarse debido al somnífero. Si le parecía mejor, que se fuera y regresara en la mañana temprano. Ella aceptó esta última proposición. Me entregó la ropa limpia que había traído para la niña y se llevó el vestido manchado y demás prendas llenas de tierra. Yo estuve contenta de saber que Felisa era una niña amada por esa buena monjita.

Cuando las visitantes salieron de urgencias esa tarde, eran las cuatro. Recomendé a la enfermera de turno que mirara a Felisa cada vez que pasara cerca de su camilla, mientras yo iba a buscar al especialista a ver si lograba que quisiera verla ese mismo día. Estuve de suerte. El doctor acababa de llegar a su consultorio. La enfermera que atendía en Consulta Externa me informó que el cliente del primer turno había llamado para cancelar la cita. Entonces le pedí que le informara al doctor que yo deseaba hablarle.

Un médico serio y educado, pero seco. Le calculé unos treinta y dos años. Cuando me hizo pasar, no me detuve en preámbulos. Simplemente le dije:

— Doctor. Concédame diez minutos para mirar a una paciente de ocho años que llegó esta mañana a Urgencias. Quiero su opinión antes de que la criatura se vaya. El doctor de turno dejó firmada la salida para mañana.

Sin más respuesta que:

—¡Vamos pues, señorita enfermera mandona! —el difícil cirujano plástico se levantó y salió conmigo seco y tieso como un palo.

Al llegar a Urgencias pidió y leyó atentamente el informe del médico. Enseguida se acercó a la camilla de Felisa.

Veinte minutos estuvo en silencio y absolutamente concentrado revisando labios, encías, paladar, dientes, cachetes, párpados...

Luego, mientras se quitaba los guantes me dijo:

— Pida una cita para Consulta Externa y venga con la niña y con la persona que está a cargo de ella. Dígale a la enfermera que anote en el expediente: "*Felisa, paciente de ocho años*".

Entonces sonrió y me dio la mano y sentí su compromiso humano y paternal. Él se fue hacia su consultorio sin decir nada más que:

— Vamos a ver por dónde empezamos.

Media hora después fui a pedir la cita. Quedó para el siguiente martes a las tres de la tarde.

Esa noche me quedé como supernumeraria en el hospital, medio dormitando y pensando en el proyecto 'Felisa'. También pensé en el chico de quince años...

— ¿Por qué? —era algo que me proponía averiguar.

.....

Entrada 2 << Domingo 3 de agosto >>. El cirujano plástico revisó el martes pasado a Felisa. Él cree que una primera operación se deberá practicar de inmediato, a ser posible dentro de los dos o tres días siguientes; luego, según él mismo nos dijo:

— En el término de unos tres o cuatro meses podremos tener los primeros cambios firmes en la condición de la niña, sobre todo los relativos al paladar y al labio y por supuesto al desarrollo del habla—. Como proyecto posterior expresó que después de que estuviera superada esa dificultad y una vez estable la condición general, se irían dando los pasos siguientes, con pausas necesarias de acomodación y adaptación al crecimiento...

Me encargué, colaborando con la monjita del hospicio, de obtener todas las aprobaciones y la programación oficial de la cirugía de forma que ayer, sábado, el doctor Guerrero practicó la primera operación a Felisa.

El asunto que me tiene más preocupada hoy es el relativo al chico encarcelado. Es un jovencito sin duda débil que se encuentra muy abatido y triste. En mi calidad de enfermera pude conseguir diez minutos para hablar con él el jueves pasado. Me advirtieron que estaba en el pabellón de los más violentos.

Cuando vio mi vestido de enfermera, el joven comenzó por preguntarme con cara de terror si la niña había muerto. Yo lo tranquilicé y le dije que no. Que ella estaba bien y que le iban a arreglar la carita. Entonces me miró muy asustado y dijo que él no la había tocado en la cara, que él no la había golpeado, que ni siquiera la tocó. Yo le pregunté si él la había mirado a los ojos y me dijo que no. Que ella estaba como muerta y que tenía la cabeza envuelta en un trapo y que él no vio su cara. Respiró con alivio cuando le dije que la niña estaba bien y en buenas manos y que él solamente debía pensar en hacer cada día lo mejor que pudiera. Así sería fácil que le acortaran el tiempo de condena que era de cuatro años, según él mismo me contó.

No quiso entrar en detalles sobre lo sucedido. Sus pocas palabras me parecieron referirse a que lo obligaron porque si él no lo hacía, ellos le harían algo muy malo a su madre. No supe quiénes eran 'ellos'. Habló de que el cabo 'T' era bueno con él y lo animaba a aguantar y a volverse fuerte. Casi sonriendo me dijo que, siguiendo ese consejo, ya no sentía tan helada el agua a presión de las cuatro

de la mañana que era la hora en la cual los bañaban con esa manguera, a todos los de su grupo que eran los más peligrosos, desnudos en el patio. Al fin, con temor de que alguien escuchara, me dijo el nombre de su madre y el lugar en donde trabajaba. Yo le dije que la niña estaba bien, que no se preocupara más por eso y que había personas que le queríamos ayudar a él. Entonces dijo que mejor no porque 'ellos' le harían mal a su madre si sabían que él tenía ayudas...

Lo tranquilicé diciéndole que yo era enfermera y que las enfermeras no nos metíamos con los asuntos de delitos sino solo con la salud de los menores de edad. Que estuviera tranquilo y que dijera que le puse una inyección para que no se contagiara de una gripa mala. Sonriendo me despedí y le dejé un paquetico con unas monedas y unos chocolates. Salí mientras iba guardando en mi botiquín una jeringa, para que el vigilante se diera cuenta de ese asunto. Luego, al pasar le dije que ese joven necesitaba alimentarse bien. Que el rector del colegio estaba muy pendiente de cómo iba su salud. Pensé de paso en hacer una visita a ese señor. (fin entrada 2)

.....

Pasaron varios meses. Como enfermera sin trabajo fijo, de momento continué yendo periódicamente al hospital para asistir al médico que operó a Felisa y también al Reformatorio para conversar con Andrés, el joven detenido. No pude encontrar a la madre de Andrés. Nadie la había vuelto a ver desde que el hijo fue arrestado.

Antes de volver a la cárcel, fui a hablar con el Rector de la escuela secundaria, un señor atento y preocupado por el incremento de la intimidación o '*bullying*' en la escuela. Me escuchó y me dijo que entre los acusadores del joven Andrés estaba uno que había sido su gran amigo y que él, el Rector, se preguntaba cómo pudo ser que lo traicionara de esa manera. Me dio el nombre de ese amigo de Andrés y me dijo que, por cierto, era hijo de un abogado.

Finalmente encontré al joven Camilo. Otro niño asustado. Lo invité a la cafetería del hospital para que habláramos sin temor. Me contó que los dos, Andrés y él, habían sido víctimas de la intimidación pero que a él le había tocado apoyar a los actores para evitar el riesgo de que ellos hicieran mal a la madre de Andrés, según amenazaban.

Además, el miedo terrible de que su padre llegara a ponerse también en contra de Andrés, lo había obligado a quedarse callado. Él había llevado a la madre de Andrés a la casa de una antigua empleada de su familia y le pagaba lo que lograba conseguir. La señora quería trabajar pero él le había pedido que esperara siquiera unos seis meses así, invisible, hasta ver cómo se solucionaban los problemas. A ella le había contado toda la verdad para que no pensara que su hijo era un malvado.

Antes de buscar a la madre, volví al reformatorio para hacer el plan con Andrés. Lo encontré más animado. Ya no estaba entre los violadores sino en un patio general en donde la disciplina era menos dura. Él ayudaba en lo que le pusieran: la cocina, el aseo y sobre todo en la organización de equipos de fútbol y de competencias amistosas. El gendarme 'T' seguía siendo su amigo. Lo último que le había propuesto era que detectaran a los más atrasados en los estudios, porque había quienes no sabían leer, y él pediría a las autoridades su consentimiento para que Andrés pudiera darles algunas clases. Yo lo apoyé mucho y le ofrecí conseguir lápices y cuadernos cuando ya tuvieran la aprobación.

Luego hablamos de Camilo. Andrés sabía desde el comienzo que su amigo no lo había traicionado. Eso era imposible, absolutamente inconcebible. Además sabía que él ayudaba a su madre. Ella había ido a visitarlo y le había contado.

Por mi parte, me propuse conseguir el visto bueno de quien fuera necesario para hacer visitas de carácter oficial a la cárcel de menores, con el objetivo de prevenir las epidemias de gripa y los males gastrointestinales muy comunes y que debilitaban tanto a los niños.

Mi última entrada respecto de la salud de Felisa en el diario, sucedió poco más de un año después de la primera:

.....

Entrada 3 << 26 de mayo>>. Felisa tiene una cara normal. Fueron en total cuatro cirugías. En todas estuve presente y ambos, el cirujano y yo, nos sentimos muy orgullosos del logro.

Al despedirnos, él me preguntó si podría contar con mi ayuda cuando tuviera pacientes menores, a lo cual respondí: —Claro que sí!

Felisa asiste con una pocas compañeritas menores que ella, a la escuela más cercana, siempre acompañadas por una empleada, pero sigue viviendo en 'la Casa de la Esperanza' como miembro del personal; algo así como la hija mayor de la familia, quien se ocupa de distraer a los más pequeños y de enseñarles juegos y cantos.

La enseñanza de los cantos la logra con ayuda de una grabadora y varias cintas de canciones para niños y otras folclóricas, que le regaló el doctor Jorge y le enseñó a utilizarla. Ella los entusiasma para que repitan y entonen lo mejor posible. Su voz no le sirve para cantar pero su oído es muy bueno y los corrige y los hace repetir hasta que dan con la tonada aceptable.

Nadie se acuerda de un incidente triste, todos recuerdan el día en el cual el cirujano plástico más competente de la región, se interesó por ella y decidió aliviar su cara y procurarle la facilidad para hablar y sonreír. (fin de la entrada 3)

.....

La carrera de Patricia

Mi amiga Patricia cursó una carrera corta de 'Auxiliar de Enfermería'. Dos años, de los cuales el segundo estuvo totalmente destinado a la práctica. Con ella no tuve oportunidad de hablar del caso de Felisa porque no nos vimos durante los períodos de esas

operaciones y tratamientos y, pasada la época, las nuevas circunstancias nos absorbieron totalmente.

Ella me hizo un recuento pormenorizado de todos los procedimientos y usos que había visto seguir a sus dirigentes y que posteriormente ella misma había podido realizar bien. En particular me llamó la atención lo mucho que Patricia sabía en materia de ayudar en un parto para evitar daño tanto a la madre como al bebé.

Antes de su graduación Patricia había asistido, como responsable principal, a tres parturientas que dieron a luz en el hospital, sin necesidad de intervención médica directa, aunque en todos los casos tal ayuda estaba disponible. En el futuro, Patricia podría ejercer como partera en caso de necesidad, cuando fuera imposible llegar al hospital. No era tal su proyecto, pero había recibido un buen entrenamiento y logrado una habilidad que podría ser de gran ayuda en casos reales y frecuentes.

Rápidamente consiguió un trabajo permanente en un hospital de provincia, en Villaluz, no muy lejos de Monteverde, nuestra ciudad. Yo la animé a aceptar. Ella aceptó y se trasladó con Adela. Antes de la mudanza, las dos renovamos los términos de nuestro proyecto de buscar hasta encontrar la forma de trabajar juntas, en cuanto aparecieran las circunstancias que lo hicieran posible.

Yo permanecí en la ciudad de siempre, trabajando por contratos periódicos en el hospital de siempre, pero dejando, al modo de la ilusión de las vacaciones escolares, la ilusión de mirar nuevos derroteros al finalizar cada contrato.

Todos mis compañeros y amigos pensaban que yo estaba loca y tal vez tenían razón. Pero me gustaba mucho más saberme dueña de mi destino al cabo de diez meses de duro trabajo diario, que sentirme segura de no tener que buscar nunca otro trabajo.

El derrotero de Andrés

Dos circunstancias hicieron que Andrés pudiera abandonar el Reformatorio antes de llegar a los dieciocho años. La principal fue su comportamiento ejemplar durante todo el tiempo: ni una sola falta seria al reglamento, colaboración voluntaria para las actividades de servicio comunitario y desempeño responsable de los oficios que le fueron encargados, en particular la ayuda a los compañeros analfabetas para el aprendizaje de la lectura.

La segunda razón fue el hecho deplorable de un crimen cometido por los mismos dos compañeros que durante el tiempo de escuela secundaria lo habían intimidado y forzado su caída y los habían sometido, a él, al castigo en la cárcel de menores y a su amigo Camilo al silencio, ambos bajo el temor de represalias sobre sus seres amados.

Tales delincuentes, siendo ya adultos, fueron juzgados y enviados sin atenuantes a la cárcel regional.

Una vez libre y sabiendo del encarcelamiento de los temidos antagonistas, Andrés buscó a Camilo. Conversaron largamente en una cafetería alejada del Centro. Andrés comunicó a su amigo su propia decisión de irse a vivir con su madre en otra ciudad para estar físicamente alejado de los lugares en donde era más posible encontrarse con quienes lo podían reconocer y señalar como ex-convicto. Allí buscaría trabajo como obrero en el área de la construcción y le escribiría contándole. En adelante usaría solamente el apellido de su madre: Se presentaría como Andrés Ventura

Camilo estudiaba en la universidad para hacerse contador público y prometió a su amigo que antes de terminar la carrera comenzaría a buscar trabajo en la misma ciudad en donde Andrés estuviera viviendo para que pudieran ser amigos como adultos libres. Le explicó además que, aunque su padre lo deseaba, él no quiso ni intentar con la carrera de Derecho. No quería tener que ver con

delitos. No se sentía con capacidad para eso. Por eso estaba en plan de dedicarse a la Contabilidad y esperaba casarse algún día y sostener a su familia con ese trabajo.

En esos términos se despidieron con la esperanza firme de reencontrarse al cabo de cuatro años como máximo, aunque Camilo podría ir a visitar a Andrés en algunos fines de semana, mientras realizaba su carrera.

La vida en el Reformatorio había hecho de Andrés un joven más fuerte y más apto para el trabajo pesado y a la vez, su ocupación de enseñar algo a otros, había despertado su propio deseo de aprender más. Con estos antecedentes se propuso aprender bien lo de construir viviendas, comenzando de inmediato por el nivel más elemental: preparar el cemento para los diferentes fines.

Una vez en su nueva ubicación y enrolado en el oficio como obrero principiante se puso seriamente a cumplir su plan: Aprender a calcular las cantidades de los elementos necesarios para cubrir con cemento un área con especificaciones precisas de grosor y dureza.

Todas las tardes anotaba en un cuaderno especial los números relacionados con cada tarea y los resultados: si había preparado la cantidad precisa o más, o menos de lo necesario. Luego pensaba en eso varias veces y lo repasaba en la mañana antes de salir a continuar...

Pocos meses después de estar en el área, los maestros de obra se lo peleaban porque tenerlo como subalterno era ya una ganancia en el tiempo y en la utilización de los materiales sin dejar desperdicio.

Mejóro su salario y pudo tomar en arriendo una casa pequeña en lugar de dos cuartos con derecho a cocina dentro de una casa de inquilinos, que fue su lugar de habitación durante el primer tiempo. La madre estaba feliz al verlo hecho un hombre fuerte, inteligente, trabajador y responsable.

Un tropezón decisivo

Iban terminando una obra en el centro de Villaluz cuando una tarde apareció el ingeniero en busca de Andrés para encargarle un trabajo especial.

Se trataba de un arreglo urgente en el hospital. Tenían problemas con algún desagüe y era necesario identificar el lugar con precisión, abrir el piso, remover y cambiar tuberías... El ingeniero preguntó a Andrés si podía encargarse, claro que bajo su dirección. Al día siguiente irían temprano al lugar y hablarían de tiempo, de ayudantes, de insumos necesarios, etc. Andrés aceptó.

En la casa le contó a su madre y también le dijo que se sentía un poco nervioso. Era la primera vez que actuaría como maestro de obra, directamente bajo la autoridad del ingeniero. Ella le aseguró que sin duda el ingeniero lo contrataba para eso porque sabía que él lo haría bien. Que no se preocupara y preguntara sobre todo lo que no tuviera claro, sin dudar ni un momento. Ella estaba segura de que su amado hijo saldría adelante con el encargo.

Ocho días después, según el acuerdo con el Director del Hospital, Andrés llegó temprano con dos ayudantes. El área estaba despejada así que comenzaron de una vez a marcar los bordes de la abertura y a romper el piso. El daño no era demasiado grande pero el estado de la tubería indicó claramente que era mucha más la que estaba muy próxima a romperse. El ingeniero llegó por la tarde y entre todos midieron y anotaron la cantidad que debía comprarse para reponer todo lo que estaba mal. El administrador del presupuesto del hospital consultó con sus superiores y finalmente aceptaron que se hiciera el pedido completo.

Las obras tardaron quince días hasta el momento en el cual fueron utilizables de nuevo esos desagües que habían sido suspendidos. Una semana más se fue en rellenar y arreglar el piso.

Uno de los últimos días del trabajo, personas del servicio del hospital comenzaron a llevar los muebles y los muchos objetos que

podían ir colocando en sus lugares. La víspera de la conclusión de la obra, poco después del mediodía Andrés escuchó un "¡Ay!", seguido de un estruendo como de alguien que hubiera tropezado y dejado caer alguna cosa metálica y pesada.

Rápidamente dejó lo que estaba haciendo y en dos zancadas llegó a la puerta detrás de la cual había escuchado el tropezón. Al abrirla completamente, no pudo menos que reírse: una enfermera estaba sentada en el piso toda mojada y riéndose mucho, sin atinar a pararse porque la humedad provenía de un baldado de jabón líquido que se le resbaló de las manos, la hizo caer a ella e inundó el corredor haciéndolo impracticable. Andrés volvió por una tabla gruesa que puso sobre el piso y con cuidado se paró sobre ella para asentarla y dar la mano a la enfermera. Pronto llegaron personas con baldes y traperos y comenzaron a recoger el jabón y a poner papeles para facilitar el secado y el paso de los que iban pudiendo moverse.

Andrés esperó a que estuviera despejado y ofreció su brazo a la enfermera que se agarró de él para caminar hasta el otro lado del desastre. Una vez en la pequeña oficina, la enfermera le agradeció y lo invitó a tomar un café de una cafetera-termo que ella tenía sobre la mesa de trabajo. Mientras lo tomaban, se presentaron mutuamente. Ella dijo: yo soy Patricia Muñoz. Enfermera de planta. Trabajo aquí desde hace casi dos años y vivo con mi madre. Él agradeció sonriendo y se presentó como Andrés Ventura, de oficio constructor. Añadió que trabajaba en esa ciudad desde hacía poco más de seis meses y que vivía con su madre. Ambos se rieron de la coincidencia final. Luego intercambiaron direcciones y se despidieron muy amigos con la promesa de verse al día siguiente que era la fecha fijada para la entrega de la obra.

Los protagonistas del episodio del jabón conversaron esa noche con sus respectivas madres al respecto. Cada una de ellas pensó que quizás ese tropezón con sus circunstancias de tiempo y lugar jugaría un papel decisivo en el camino de su retoño.

Al mediodía siguiente, los obreros tenían completamente recogidos todos los elementos de trabajo y habían barrido y metido en los sacos vacíos todos los residuos. El último paso, antes de la llegada del ingeniero fue llevar esos residuos a un lugar destinado oficialmente para que fueran recogidos por el servicio público en el tiempo establecido.

A las tres de la tarde todo el personal del hospital que deseara y pudiera disponer de un cuarto de hora, podría llegar para enterarse de lo que se había hecho y de cómo manejar algunas modificaciones que fueron introducidas para mejorar el servicio.

El Director del hospital ofreció un refresco y agradeció al ingeniero y a los trabajadores por el cumplimiento. Luego hubo charla informal entre unos y otros. Casi al final de la reunión se hizo presente la enfermera Patricia Muñoz. Con su sonrisa de siempre se excusó por llegar tan tarde. Como todos estaban contentos, ella se integró de inmediato y sin más razones se dirigió hacia el maestro de la obra y lo saludó cordialmente.

— Maestro Andrés, buenas tardes —le dijo mientras estiraba su mano.

— Enfermera Patricia, muy buenas tardes. Me complace verla por estos lados... Creo que el piso quedó muy bien lavado desde ayer...—dijo Andrés riendo mientras estrechaba la mano de su amiga. Enseguida se preocupó por conseguirle un vaso de refresco y le pidió si podrían hablar un rato después de la reunión. Él la buscaría en su casa o en otro lugar que ella prefiriera, porque al salir, él debía supervisar el traslado de las herramientas y recibir órdenes del ingeniero.

— Después de las cinco, en el parque central. Lo esperaré —contestó Patricia, mirando para otro lado y de forma tal que solamente Andrés pudiera escucharla, mientras ella se reunía con sus colegas para charlar y repetir el relato que ellas ignoraban, del corredor enjabonado el día anterior. Solo el ingeniero tomó nota de que hubo alguna comunicación entre ellos. Nadie más se enteró.

Alrededor de la Casa de la Esperanza

Habían pasado dos años desde la última operación de Felisa cuando una mañana, antes de salir de mi apartamento, recibí una llamada del hospital. El Cirujano Plástico solicitaba mi colaboración para una cirugía de un menor, operación que tendría lugar tres días después. Él esperaba verme esa misma tarde de la llamada, a las seis en Consulta Externa.

Yo estuve a la seis en Consulta Externa y el médico me saludó y me invitó a seguirlo hasta Cuidados Intensivos. Allí me presentaron todos los elementos de precaución para ingresar. Ropa totalmente desinfectada, máscara especial, guantes,... que yo debería vestir después del correspondiente baño. Era asunto muy delicado.

Cuando nos acercamos a la cuna del recién nacido y lo vi sentí mareo. No creí ni por un momento que tuviéramos nada que hacer. Ese bebito iba a morir sin remedio. Inmediatamente el doctor me hizo seña de salir. Deshice tan rápido como pude el procedimiento de la vestimenta y lo seguí hasta la cafetería pública del hospital.

Ocupamos una mesa de esquina y él me dijo en voz más baja de lo normal:

— ¿Usted qué piensa? Dígalo tranquilamente.

— Si fuera mi hijo, yo le pediría a usted que me ayudara para que el niño muera sin dolor —expresé.

— Eso mismo dice la madre, pero el padre dice que no acepta la derrota sin luchar. Quiere una operación inicial para que el niño pueda respirar normalmente. Es lo que haremos pasado mañana. El padre sabe algo de medicina y va a estar presente. Sobra decirle que es alguien muy encumbrado y que el Director del Hospital me rogó que hiciera lo posible.

— Tomemos un café y vámonos de aquí —dije yo.

Ya en la calle, caminando en silencio pensábamos en las ironías de la vida. Yo me sentía completamente identificada con la actitud que

me pareció ser un rechazo silencioso del médico Guerrero: Jorge Guerrero, nuestro cirujano plástico. Él entró en detalles, sin afirmar o negar absolutamente nada respecto a la utilidad de realizar la operación. Me dijo:

— Se fijó la fecha para pasado mañana, esperando que hayan llegado las agujas y demás elementos ultra finos para esos tejidos. Además por el anestesista. Ninguno de los de aquí quiere estar en ese asunto. Esperamos a alguien con experiencia en neo-natos.

— Si todo se consigue, operaremos. Los dos. Tú y yo —me dijo. Yo no supe qué contestar.

Luego levantándose, él me invitó:

— Vamos a un lugar que frecuento. Me da serenidad...

Salimos a pie y yo caminé a su lado. Me sorprendí al constatar que íbamos para la Casa de la Esperanza.

Nos abrieron y enseguida la monjita nos hizo pasar y mandó llamar a Felisa. La niña llegó corriendo y directamente abrazó a Jorge. Él le acarició la cabeza y le preguntó:

— ¿Cómo está mi profesora de canto?

Con su voz rústica ella contestó:

— mien..., mien...

Jorge me dijo que Felisa ya hablaba casi todo. Algunas sílabas le resultaban muy difíciles pero todos le entendían y ella entendía a todos. Además sabía leer y escribir y hacer cuentas. Ella sonreía y me pidió que le preguntara sumas. Yo le propuse varias de diferentes niveles. Me contestó bien hasta sumar dos números ambos menores que veinte.

Estuvimos jugando y charlando media hora. Ese era el tiempo que él dedicaba a sus visitas. Entonces fue el momento de sacar el paquetico de galletas simples que siempre traía. Lo abrió y se lo dio a Felisa. Ella sonriendo nos ofreció a cada uno y ella tomó una galleta. Los tres comimos y luego nos levantamos para salir.

En la calle, Jorge me dijo sin ningún preámbulo:

— Yo soy estéril. No puedo tener hijos míos. Por eso no busco esposa. Pero me gustaría mucho adoptar a Felisa.

Yo contesté como si lo viniera pensando por mucho tiempo y como si fuéramos amigos del mismo nivel, porque así lo sentí, de modo que naturalmente me salió :

— Si te sirve mi compañía, ¡cuenta conmigo!. Yo también deseo ser la madre de Felisa...

Esa fue nuestra promesa de amor y de matrimonio.

No contestó nada por un minuto. Luego, sacudiéndose como si se hubiera quedado en la luna, Jorge dijo:

— Ahora pensemos en pasado mañana. Haremos todo lo que podamos para que esa operación salga bien. ¡Cuento contigo! —Se volvió y me dio un beso.

Yo apreté su mano y repetí. —¡Cuenta conmigo! —Caminamos hasta mi puerta y ahí nos despedimos. Me sentía volar...

Por la mañana salí muy temprano para el hospital. Necesitaba leer sobre cirugías de recién nacidos, de deformidades, de obstrucciones.... Era importante tener la mayor cantidad de información que pudiera servir en el tremendo compromiso que habíamos adquirido.

— ¿Podríamos lograr una vida buena para ese bebé? —me pregunté y decidí creer firmemente que había una posibilidad y dar lo mejor para lograrlo.

Al llegar al hospital envié una nota a la Enfermera Jefe para informarle que en caso de que el doctor Guerrero me necesitara, yo estaría disponible en la Biblioteca.

Media hora después, la propia Enfermera Jefe llegó a la Biblioteca a preguntarme cómo iba a ser esa operación y si se necesitarían elementos diferentes... Hablamos del asunto solo en términos generales porque yo no sabía nada de detalles. Solo que el Cirujano

me había pedido que le colaborara y que yo le había prometido hacerlo lo mejor que pudiera. De todos modos me parecía muy difícil.

Pregunté si habían tomado alguna radiografía al bebé. Me contestó que no. Los médicos e incluso el padre del niño dijeron que no. La experiencia muestra que esas radiografías no iluminan realmente sobre el estado de los órganos del recién nacido.

Por la tarde supe que el Cirujano me mandaba avisar que todo estaba listo para comenzar a las siete de la mañana. Me esperaba un poco antes en la entrada del quirófano. La operación consistiría fundamentalmente en retirar la masa de tejidos que obstruía totalmente las fosas nasales y encontrar y limpiar esas fosas. El niño quedaría sin la parte externa final de la nariz. Eso vendría después.

Cuando llegué a mi apartamento, pensando en un bebé sin nariz, se me ocurrió llevar unas curitas color piel para hacer un respingo a modo de pequeña nariz, que se pudiera poner sobre la gasa con la cual sin duda el médico cubriría finalmente el área que quedaría sin piel. Puse varias en el bolsillo de la blusa que tenía lista para el día siguiente.

Dormí después de hacer ejercicios de respiración y relajación y me levanté muy a las cinco y media.

Antes de las seis y media llegamos casi al tiempo el Doctor Guerrero y yo. Nos saludamos con una leve sonrisa y entramos. Estábamos serenos.

Logros y limitaciones

Resumen de la operación en el boletín médico del día siguiente:

"Con un grupo de especialistas en perfecta coordinación, el doctor Guerrero, en un trabajo de seis horas de gran concentración y movimientos precisos, logró devolver al pequeño Moisés sus fosas nasales para que el aire pase directamente a los pulmones".

.....

Para recubrir las, hice ahí mismo con una sola de las curitas que llevaba en mi bolsillo, lo que tenía pensado . Cuando el cirujano terminó de cubrir la herida se la di... él me dijo en voz baja " ¡buena idea!" y la ubicó con cuidado. Quedó como una nariz pequeña y liviana adherida suavemente a los cachetes, que completaba las facciones y descubría para todos la cara bella del bebé.

Pensé que, quien realmente había tenido siempre razón, había sido el padre del niño. Todo parecía indicar que el estado general de salud del bebé era muy bueno. Sin duda será necesario durante todo el tiempo de crecimiento proveer nuevas prótesis para ir reemplazando oportunamente la nariz temporal de Moisés. Los avances tecnológicos permiten ser optimistas y confiar en que no faltarán creadores de esa nariz para que él pueda vivir una vida humana normal.

Esa tarde dejamos a Moisés dormido al lado de su madre. En cuanto a la leche, se continuará con la leche materna pero a través de un biberón, hasta que las fosas estén completamente sanas. La madre le transmitirá su calor por contacto corporal, solamente mientras ella esté despierta, para evitar roces inconscientes con la carita que podrían hacer mal.

Salimos finalmente a pie y nos fuimos para mi apartamento. Yo tenía algo de jamón, pan y vino. Tomamos una ligera colación. Enseguida, cada uno de un lado, nos sacamos los zapatos y nos tendimos sobre la cama. En cuanto pusimos las cabezas sobre las almohadas, quedamos profundamente dormidos. Qué cansancio, qué buen sueño, qué bien estar juntos y despertar con la luz del día!.

Como estudiantes amanecidos el día mismo del examen, después de ocho horas largas no de estudio, tampoco de romance, sino de sueño parejo, nos paramos asustados, estiramos nuestras ropas, nos metimos los zapatos y salimos riéndonos, casi en carrera, para el

hospital. Allí nos lavaríamos sin ninguna duda antes de ver al bebé.

El Cirujano Plástico revisó al niño, leyó todos los datos de sus signos vitales tomados durante la noche, revisó al tacto la piel externa y siguió por dos minutos la respiración. Encontró que todo en Moisés iba bien.

Al saber que el Doctor Guerrero había llegado, el propio Director del hospital y todos los médicos y enfermeras que pudieron, llegaron a la puerta de la sala de Cuidados Intensivos para felicitarlo. Desde la esquina yo veía la turbación de Jorge. Realmente él no amaba ser el centro de atención. Él simplemente se refirió a las grandes ayudas que había tenido y a la fe del padre del niño que... sus palabras textuales fueron: *"nos motivó, a mi y a mi equipo de trabajo, a hacer todo lo que pudiéramos para lograrlo"*.

No sé si me lo estoy inventando, pero me pareció sorprender una rapidísima mirada suya hacia mí. De todos modos, yo era parte de ese equipo que acababa de nombrar. En ese momento me acordé de mi Diario de Enfermera y me prometí escribir en él mi propio resumen del caso.

Estuvimos en el hospital toda la mañana. El padre de Moisés hizo llegar una enorme canasta de flores para "las inmejorables enfermeras de Moisés". El portador entregó una nota dirigida al Doctor Guerrero, en la cual pedía que por favor lo esperáramos.

Poco antes del mediodía llegó el muy agradecido padre para expresarnos sus sentimientos, a todos, particularmente al cirujano y a su ayudante inmediata, e invitarnos a un almuerzo, una hora después, en un restaurante cercano en donde estaban esperándonos a todos. A mí, en particular me dijo que había reservado sesenta sillas, de modo que todas las enfermeras y también otros empleados del hospital que quisieran, podían llegar. Que no se exigía traje especial.

Yo comuniqué esto a la Enfermera Jefe, para que ella dispusiera la forma de aceptar la invitación y moviera a la gente de modo que todos llegaran a tiempo.

Finalizamos con una visita relámpago al bebé que seguía durmiendo tranquilo. Jorge me dijo que de continuar así, en una semana Moisés podría irse a su casa.

Aparece Camilo

Andrés Ventura llegó con sus ayudantes a la oficina del ingeniero para finiquitar el contrato. El ingeniero los recibió y enseguida pagó a cada uno y le pidió que firmara en la planilla correspondiente. Se despidieron y los jóvenes salieron inmediatamente. El ingeniero hizo seña a Andrés de que se sentara un momento.

— No lo voy a demorar. Sé que tiene una cita y debe llegar a tiempo, —dijo sonriendo. Andrés lo miró sorprendido. El ingeniero continuó hablando en tono coloquial:

— Lo que quiero decirte es que yo sé quién eres. Yo te conocí en el Reformatorio cuando tuvimos un trabajo por allá y tú ayudaste con muy buena gana. Me interesó tu historia. La revisé íntegramente y constaté que la condena había sido totalmente injusta. Desde entonces no había vuelto a saber nada de ti hasta que te viniste a esta ciudad. Te vi de lejos y busqué la forma de hacer contacto. Quiero que me consideres tu amigo. En cualquier asunto en el que yo pueda colaborar, no dudes en buscarme aquí mismo.

Andrés le agradeció. Acto seguido comenzó por pedir consejo sobre cómo hablar de su pasado a la enfermera Patricia.

— Dile simplemente la verdad. Si quieres dile que yo sé toda tu historia y que si tiene dudas, puede preguntarme. Si no te cree, no insistas ni jures ni nada por el estilo. Eso sí, antes de terminar el relato y ver cómo lo recibe, no le digas que usabas el apellido de tu padre ni le des fechas de los sucesos. Siempre es mejor la

prudencia. De acuerdo con su reacción, sabrás qué corresponde hacer —hizo una pausa y, mirándolo sonriente añadió—: Ahora, ¡ándate! para llegues a tiempo.

En ese momento las campanas sonaron anunciando las cuatro.

Andrés tuvo tiempo de ir a su casa, bañarse y cambiarse y contar a su vieja para dónde iba. Le dejó el dinero que acababa de recibir, reservándose solo unos pesos para invitar a Patricia un refresco o un café y salió optimista. Otilia, la madre lo bendijo y le aseguró que todo saldría bien.

Cuando iba llegando al parque, las campanas le dijeron que llegaba puntualmente a la cita.

Un brazo levantado y una mano que se agitaba llamando su atención llevaron a Andrés al banco en donde Patricia, también muy arregladita, esperaba sentada.

Todo fue fácil. Lo de la Cárcel de Menores le pareció a Patricia un episodio del pasado, sin importancia, como podía haber sido el sarampión o la vida en un barrio pobre. Luego mutuamente se contaron sus niveles de estudios. Curiosamente ella creía que él era técnico graduado en construcción, equivalente al título de Enfermera de nivel básico que ella tenía. Él le aseguró que en cuanto pudiera, validaría ese título, que ya iba estudiando a medida que trabajaba; además llevaba en orden, en cuadernos separados por temas, todo lo que aprendía y consultaba. Le contó del ingeniero que lo había buscado y lo puso como responsable del trabajo en el hospital aunque él solamente había sido siempre obrero raso.

Luego, acabado el interrogatorio sobre lo común, supieron que ambos usaban solamente el apellido de sus madres y que ellas trabajaban en lo que les salía de oficios en casas de familia o en aseos de oficinas o negocios, pero tenían en común que sus respectivos hijos estaban tomando las responsabilidades principales y que deseaban que cada una de ellas pudiera hacer algo

independiente y personal como sembrar una huerta, tener un gallinero o montar una venta de flores en el mercado...

Finalmente Andrés dijo a Patricia que él quería ser su novio porque ella le gustaba mucho y que le prometía tratarla con todo respeto y con mucho amor.

Ella sin pensarlo dos veces contestó que sí. Que fueran novios y que empezaran por visitar esa misma tarde a su madre, Adela Muñoz, porque Patricia le había prometido presentárselo enseguida, si llegaban a ese acuerdo. Que el sábado podían ir juntos a la casa de Andrés para que ella conociera a su suegra, la señora Otilia Ventura.

Con este acercamiento mutuo sin desconfianzas ni dudas, Andrés se atrevió a besar a Patricia y ambos, tomados de la mano entraron a tomar un refresco en una cafetería cercana. Después de hacerlo salieron sonrientes para la primera visita.

Los días restantes de la semana, Andrés estuvo mirando nuevos frentes de trabajo. Se comprometió a visitar en la semana siguiente dos posibles contratistas para proyectos más grandes. Pensaba consultar antes con el ingeniero.

El viernes por la tarde, salió con Patricia un rato corto. Quedaron en encontrarse el día siguiente a las cuatro, en el parque, para la visita a Adela. Andrés volvió a su casa y se encontró con la muy agradable sorpresa de que su amigo Camilo acababa de llegar de Monteverde. Su madre ya le había arreglado la cama que tenían disponible para él en el cuarto de Andrés y muy emocionados se sentaron los tres a conversar.

El tema principal que traía Camilo era el aviso oficial de reconocimiento de 'error' en el juicio y condena de Andrés, cuatro años antes. El padre de Camilo le mandaba decir a Andrés que si quería demandar por perjuicios, podía hacerlo con prácticamente todas las garantías de ganar ese pleito. Andrés le dijo a su amigo que él no quería volver a usar el apellido de su padre. Que le parecía muy bien que ese hijo fuera exonerado de la mancha

correspondiente, pero que él estaba muy bien y muy feliz como Andrés Ventura y como tal no se sentía afectado ni perjudicado por un error debido a engaños proporcionados por los supuestos 'testigos'.

Camilo mostró cara de alivio. Él continuaba firme en permanecer lo más alejado posible de pleitos interminables en torno a delitos... Andrés le dijo que, de su parte, agradeciera a su padre por el consejo. Que le dijera que él, de momento, estaba empeñado en perfeccionarse como maestro constructor lo cual le tomaba todo su tiempo. Que, tal vez después, cuando obtuviera el título, volvería sobre ese asunto. Pero que de todos modos, 'muchas gracias'.

Luego hablaron de chicas. Camilo no había conocido a ninguna que lo entusiasmara. Había muchas que le coqueteaban en la universidad pero ninguna lo convencía. Andrés, con toda su experiencia le habló de que era importante esperar a la persona precisa. Que esa llegaría en el momento justo. Luego se bajó de su cátedra y le habló de Patricia, del jabón derramado que fue el incidente motivador, del conocimiento de su suegra y de la visita anunciada para el día siguiente. Durante tal visita, Andrés tendría el enorme gusto de presentar a Camilo, su amigo de toda la vida, y a Patricia, su novia de una semana.

Camilo sonriente miraba a Andrés y pensaba que, de todos modos, Andrés había salido ganando. De verdad lo vio como un hombre fuerte y bien plantado sobre el suelo. Alguien que estaba seguro de lo que quería de la vida y lo iba logrando. Deseó que el tiempo corriera más rápido para independizarse él también. Ciertamente sus relaciones con su padre habían mejorado pero Camilo quería ser su propio jefe, elegir la forma y el lugar para vivir, buscar trabajo y empezar por lo que él pudiera conseguir... Andrés adivinó por dónde iban los pensamientos de su amigo y le dijo:

—Hermano, pronto tendremos de nuevo una vida para compartir y para recuperar, como los amigos que siempre hemos sido, todo el tiempo que hemos estado alejados. No lo dudes... ¡No lo dudes!

La madre los llamó a cenar. Ella estaba completamente de acuerdo con su hijo y sentía inmenso cariño y gratitud hacia Camilo. Él, siendo un niño, cuando sucedieron los terribles hechos, hechos voluntariamente olvidados por ella, ese niño la había protegido y sostenido con sus ahorros de adolescente, estudiante de colegio. Eso era algo que Otilia Ventura no olvidaría nunca.

Al terminar la comida le dijo con sencillez:

—La segunda cama en el cuarto de Andrés la conseguimos para ti, querido Camilo. Aquí puedes llegar en cualquier momento. Esta es tu casa.

Esa noche Camilo se sintió bien. Realmente él también había crecido con la prueba. Nadie se lo había dicho pero esta buena mujer lo acababa de convencer, al recordar que él había sido fiel a la amistad incluso tomando la apariencia de detractor de su amigo para protegerla a ella, la madre de su amigo, lo cual había sido una prueba durísima para su gran sensibilidad y su afecto fraternal.

La visita de Patricia la tarde siguiente, fue toda una fiesta. Ella, siempre risueña, alborotada, hablando de mil cosas locas, puso en el ánimo de todos nuevas esperanzas y un toque de humor refrescante. Camilo se rió mucho y sacudió de su mente gran parte del exceso de seriedad que él daba a muchas cosas superficiales y pasajeras que no lo merecen.

Fue muy instructivo para Camilo que, Patricia, una señorita enfermera graduada de un Instituto reconocido oficialmente, quien tenía un trabajo duro y serio en un hospital, cuando supo que su novio había pasado tres años como convicto en la Cárcel de Menores, lo tomó como si hubiera escuchado el cuento de que Andrés había sido protagonista de un episodio raro en un país y un tiempo lejanos, episodio sin ningún peso en contra de su novio a la hora de amarlo y de desear llegar a casarse y vivir toda la vida con él, independientemente de si otra gente había conocido ese cuento o no.

Terminada la reunión, Camilo acompañó a los enamorados hasta la casa de Patricia. Se despidieron en la puerta y los amigos regresaron de muy buen ánimo. Otilia estaba contenta. De verdad le había gustado mucho la chica.

El domingo Andrés y Camilo conversaron mucho. Andrés supo que Camilo había conocido a una enfermera a quien agradecía haberle informado de su amigo Andrés porque lo visitaba en plan de prevenir problemas de salud para todos los chicos del Reformatorio. Por ella había sabido que estaba bien, que lo habían sacado del grupo de los más malos y que ayudaba a enseñar a leer a los más atrasados en los estudios. Por todo eso, él, Camilo se sintió muy orgulloso de ser su amigo. No se atrevió a ir a la cárcel por temor a su padre y también a los dos que los obligaron con amenazas y que continuaban pavoneándose de la importancia que tenían y de la obediencia de todos los escolares menores, estudiosos y pobres. Por suerte ese tiempo había pasado y esos estaban lejos de sus poderes...

Andrés le habló de su amiga enfermera cuyo nombre desconocía, que trabajaba en la ciudad. Le mandó saludos por si acaso era la misma de quien Camilo hablaba, recomendándole que si era así, la pusiera al día respecto de su vida. De paso, le pidió que después de que hablara con ella, le contara por carta cuál era el nombre de esa persona tan buena y amable a quien ambos debían mucho.

Algo importante para Andrés fue saber que era libre de volver a Monteverde sin los viejos temores. No pensaba hacerlo de forma definitiva, pero era bueno poder programar tranquilamente un viaje de unos días... eso lo hablarían más tarde.

Así fue ese memorable fin de semana.

Un matrimonio conveniente

Siguiendo las orientaciones del ingeniero, Andrés firmó un contrato de diez meses como responsable de un sector en una obra que comenzaría el siguiente mes. Le quedaron diez días de libertad

en los cuales buscó información sobre cómo convertirse oficialmente en *'estudiante a distancia'* para la carrera técnica de *'Maestro constructor y auxiliar de Ingeniería'*, con miras a obtener un título válido en el país. Eligió la opción de *Validaciones por materias y por períodos* para lo cual debería presentar un primer examen de cada materia para ser ubicado en el período inicial de su carrera de acuerdo con los resultados. Podía ir materia por materia o varias simultáneamente, en cada semestre. Al final de esos períodos, validaría los nuevos aprendizajes. Así continuaría hasta llenar todos los programas y superar en el promedio final de cada área la nota mínima de *'aprobado'*, que era el sesenta por ciento del máximo posible.

Al preguntar sobre el tiempo estimado para alguien que comenzara desde cero, le contestaron que serían unos cinco años, pero si era muy estudioso y ya tenía algunas bases, podría bajar ese número e inclusive llegar a reducirlo a dos años.

Tomó las fechas para el próximo período de exámenes, pidió los programas y, de una vez, eligió las cuatro materias sobre las cuales venía haciendo apuntes y prácticas y, se inscribió. Tenía un mes para prepararse. Además podría desistir de alguna materia en caso de sentirse muy mal al respecto, cuando se aproximara la fecha.

Volvió con el ingeniero Serrano y lo puso al corriente de su proyecto personal. Como respuesta el ingeniero le dio un fuerte estrechón de manos y le dijo: —¡Cuenta conmigo!

.....

Durante los días que siguieron a la operación de Moisés nuestras vidas de trabajo en el hospital tenían forzosamente un punto de encuentro a la hora de visitar al pequeño. La enfermera de Cirugía Plástica me llamaba siempre en cuanto el doctor le avisaba que salía hacia Cuidados Intensivos. Yo interrumpía lo más rápido posible lo que estuviera haciendo e iba. Era muy importante estar al día de todos los detalles y decisiones. Cada uno exponía sus observaciones y su parecer y al final el doctor escribía en el

expediente las directrices para el siguiente día. Luego, cada uno volvía a su lugar y a sus ocupaciones y pensamientos.

El octavo día posterior a la operación, viernes, apenas terminamos la visita a Moisés, Jorge me dijo en voz alta, de forma que la enfermera del piso pudiera escuchar:

— Enfermera Pinzón, la veo a las cuatro y media en el consultorio

—Yo contesté:

— Allá estaré, doctor —sin más palabras, nos separamos.

En su consultorio él terminaba de atender a una señora. Era su última consulta del día. Salió y al verme dijo en voz alta, suficiente para enterar a la enfermera:

— Quiero que veamos a la niña huérfana, la de las operaciones de hace dos años. Lleve por favor la libreta para anotar todos los detalles con el objeto de construir un informe especial sobre el caso. Nos encontramos en diez minutos, en la salida —Salí entre divertida y extrañada a recoger mi libreta y mis cosas.

Él había llevado su carro. Paró frente a la puerta y me hizo seña de que subiera. Tomé nota de que no se bajó a abrirme la puerta. Siguiendo unas señas que me imaginé que él estaba enviándome, yo subí al asiento de atrás. Cuando cerré la puerta, arrancó.

Apenas salimos del área, me dijo:

— Necesito hablarte y que la gente sepa que tú y yo hablamos pero que no lancen su imaginación a formar telenovelas. Nuestra vida debe ser para ellos una especie de matrimonio de conveniencia. Espero que lleguemos a un acuerdo. No soy bueno para desempeñar papeles sociales.

Me miró por el retrovisor y me preguntó: — ¿Qué dices?. Yo le sonreí.

— Como usted diga —le contesté y en voz baja añadí—: te amo.

Él me sonrió ampliamente.

— Entonces, ¡es un acuerdo! —expresó. Luego, bajando la voz, añadió:

— Te quiero besar.

Llegamos a mi casa. Yo me bajé y entré, dejando la puerta entreabierta. Él fue a buscar un estacionamiento al final de la cuadra y regresó.

Una hora después llegamos a la Casa de la Esperanza. Felisa contenta vino a abrazarnos. Jorge, después del consabido saludo le pidió que llamara a la Hermana Marta y mientras la niña iba, él me dijo:

—Empecemos por aquí. Que la hermana nos ayude con los asuntos eclesiásticos. Yo me pasaría sin ellos, pero los primeros años de Felisa están marcados por las prácticas cristianas y no quiero desconcertarla.

La hermana se sentó y Jorge le dijo: —Hermana, venimos a contarle nuestro plan y a pedirle su ayuda

—¿Qué desean que yo haga? —preguntó ella.

— Que nos ayude en la parroquia porque queremos casarnos sencillamente, sin hacer fiestas estruendosas y adoptar a Felisa como nuestra hija, desde ese mismo día. —Luego pasó a los detalles:

— Usted puede fijar la fecha con el sacerdote. No queremos despertar curiosidades que entorpecen la vida. Que no sea en domingo. Mejor un jueves, por ejemplo, en la misa de siete de la mañana. La niña debe saber que vamos a ser sus papás pero que ella seguirá viniendo a enseñarles a los más pequeños a cantar y a jugar con ellos.

La monjita se secó las lágrimas de emoción que corrían por sus mejillas. Felisa la abrazó. Nosotros nos acercamos y todos nos abrazamos.

Yo escribí en el cuaderno de la hermana nuestras fechas de nacimiento para que ella pudiera conseguir las partidas de bautismo. Deseábamos que ella fuera nuestra madrina.

Hecho esto, conversamos sobre diferentes asuntos. Le dejamos un dinero para comprar un vestido bonito a Felisa, con zapatos y todo lo demás al gusto de ella y para algunas flores en la Iglesia, pero nada exagerado. Además queríamos un desayuno especial y regalitos para todos los habitantes de la casa. Esa sería nuestra fiesta. Le recomendamos particularmente que nuestros nombres no aparecieran en los avisos de la parroquia acompañados con palabras como Doctor, Cirujano, Enfermera,... etc. Solo como cristianos comunes y bautizados.

Para la visita de la semana siguiente, la hermana nos esperaba con los datos completos. Los revisamos. Ella dijo que faltaba el nombre del padrino. Jorge iba a decir que el sacristán podría ser, pero yo recordé una llamada del día anterior y le dije que por el momento lo dejáramos en blanco. Faltaban dos semanas y estaba pensando en alguien. Así lo dejamos.

Al salir me preguntó lo del padrino.

— Pues se trata de un joven que era niño cuando sucedió el secuestro de Felisa y que estuvo involucrado como una víctima más, pero lo salvó el hecho de tener un padre abogado que, por el solo hecho de serlo, hacía temer a los malvados y también a su propio hijo. Además fue tremendo sacrificio el que hizo ese niño al declarar en contra de su amigo para proteger a la madre de ese amigo. Así los ataron. El amigo pobre tenía que cometer el delito con la pequeña y su amigo de mejor nivel social, tenía que acusarlo o si no se lo cobraban todo con la 'vieja', la madre pobre del supuesto violador y la dejarían muerta en cualquier camino... ese niño con sus ahorros, consiguió que una antigua empleada de su casa acogiera a la madre del amigo y le pagaba lo que podía, sin que su padre se enterara de nada. Realmente fue un héroe. —Hice una pausa antes de continuar:

Ni él ni el acusado vieron nunca la cara de Felisa. Los secuestradores para robársela envolvieron su cabecita en un trapo. Ella se desmayó. La policía llevó a la monjita con Felisa al hospital ese mismo día. ¿Recuerdas? Fue el día en el cual yo te busqué para pedirte que le dieras un vistazo a una paciente de ocho años y tu me llamaste '*enfermera mandona*'. Felisa nunca recordó nada. Imagino el terror de la niña al sentirse así forzada a caminar a oscuras, sin poder ni siquiera gritar... —al final expliqué la conexión:

— Pues ese niño que ahora está cursando una carrera de Contabilidad, me llamó ayer... ”

Para mi asombro y mayor admiración por el hombre que estaba a mi lado, él dijo:

— Hablemos esta noche con el padrino —bajó la voz, acercó su cara para decir en mi oído "*mi enfermera mandona*" y continuó—: no le mencionemos de momento nada. Solo seamos amistosos. Me interesa mucho que tengamos amigos externos al mundo de hospitales y similares, porque pienso en el futuro de nuestra niña... ella necesitará un grupo de amistades que la acepten totalmente.

Yo le dije que dirigiera él el ritmo y el alcance de la conversación según le pareciera. Yo haría las presentaciones y colaboraría en todo lo que se fuera presentando sin adelantarme a sacar conclusiones.

Al llegar llamé a Camilo y lo invité a cenar. Jorge me miró como extrañado.

— Voy a pedir tres platos de asado allí en la esquina. Ellos los traen —le dije, y me dirigí hacia la puerta. Él se me adelantó mientras decía:

— Señora, tenga la bondad de preparar la mesa. Yo traeré la cena —y salió sonriendo.

Toda una historia

Veinte minutos después llegó Camilo. Jorge había entrado unos minutos antes con dos botellas de vino y me indicó que en media hora llegaría la comida.

Él mismo abrió la puerta a nuestro invitado. Camilo, muy correcto, saludó y preguntó por mí, como la señora enfermera.

Ahí me acordé de que él no sabía mi nombre. Yo me acerqué sonriendo y le dije: — Selma, Camilo. Selma Pinzón es mi nombre.

Enseguida le dije a modo de presentación:

—Él es Jorge Guerrero, un compañero de trabajo —sin esperar a que se saludaran, me dirigí a Jorge para presentarle a 'Camilo Beltrán, un amigo de varios años'. Ellos estrecharon sus manos con las fórmulas de costumbre.

Rápidamente nos sentamos y Camilo me dijo que me veía muy bien. Miró a Jorge y añadió:

— Me alegra conocer a un amigo de la enfermera más querida y sensible que la vida me ha concedido tratar. Ciertamente eso puedo decir con toda verdad, aunque ésta sea apenas la segunda vez en mi vida que tengo la inmensa alegría de verla. Le aseguro que ese primer encuentro, hace casi cuatro años, fue suficiente para iluminarme sobre cómo salir de una especie de callejón oscuro en el cual me hallaba metido.

Yo sonreí y le contesté:

— Eras un niño apenas y sí que te habían puesto la soga al cuello. Yo no tuve ninguna duda de tu absoluta inocencia en ese asunto tan oscuro.

Miré a Jorge para que tomara las riendas.

— Bueno, Camilo, pero de ese asunto ¿ya no queda nada?
—preguntó Jorge.

— No. Los mismos que nos ataron a sus horribles designios, a medida que lograban sus propósitos aumentaban su orgullo hasta que, sin darse cuenta, se descuidaron y terminaron poniendo la soga en sus propios cuellos. Ahora están condenados a prisión por más de cuarenta años.

Hizo una pausa y añadió:

— No quiero importunarlos con estos asuntos. Si prefieren, yo vengo en otro momento para el tema que quería comentar con la señorita Pinzón.

— Si no tienes inconveniente en que yo escuche, puedes hablar cuanto quieras, porque yo también deseo vivamente colaborar con la enfermera Pinzón para lograr que algo mejore, especialmente en las vidas de los más inocentes y desprotegidos —dijo Jorge, mirando a Camilo amistosamente.

—Camilo —comencé yo—, puedes hablar con Jorge con absoluta confianza —luego agregué:

— Por favor trátanos por nuestros nombres. Somos amigos, absolutamente.

Camilo sonrió aliviado y dijo:

— Pues lo que quería contarte, Selma querida, es que fue revisado el juicio en contra de Andrés y anulada completamente esa sentencia. Mi padre me dijo que buscara a mi amigo y le dijera que podía demandar con absoluta seguridad de que ganaría el pleito y podría obtener buenos recursos como indemnización. Yo viajé a buscarlo y su respuesta fue...

Camilo repitió para sus anfitriones lo que Andrés le había respondido:

— Me alegra que el apellido de mi padre, quien no ha dado señales de vida desde que yo tenía cuatro años, haya quedado limpio. Yo ahora me identifico con el apellido de mi madre y no lo voy a cambiar... Como Andrés Ventura, no estuve ni estaré nunca manchado por ese juicio. Dile a tu padre que le agradezco, pero

que ahora me empeño en obtener un título de maestro constructor y mi tiempo es muy escaso para otras cosas. Que de momento no voy a meter ninguna demanda. En el futuro cuando haya logrado mi propósito, de pronto vuelvo sobre ese asunto. De todos modos, dile que le agradezco mucho.

Camilo terminó diciendo:

— Él no va a poner ninguna demanda. A los dos nos pasa lo mismo en relación con pleitos y leyes penales. Lo más lejos que podamos estar de esas cosas es y será lo que escogeremos siempre.

En ese momento llegó la cena y me sentí alegre de la variación, aunque sí quería continuar la conversación y saber algo más de la vida de Andrés. Jorge estaba igualmente muy interesado en este amigo nuevo, tan al margen del mundo de hospitales y de chismes de telenovela barata.

La comida estaba muy buena. Jorge sirvió vino y brindamos por el futuro... faltaba concretar de qué futuro estábamos hablando.

Comimos con un buen sentimiento de amistad. Jorge preguntó por el área de trabajo del padre de Camilo, a lo cual él respondió que era penalista y que trabajaba independientemente.

Respecto de su madre dijo que infortunadamente ella había muerto poco antes del asunto oscuro y eso lo había hecho sentir a él doblemente solo y aislado. Que su padre había sido, al modo de juzgarse él a sí mismo, un padre ejemplar porque para él la ley era el valor más alto y todo en la vida debía someterse a la ley antes que a nada y por ese camino había querido que su hijo caminara. Camilo continuó hablando, en cuanto terminó de comer, alentado por la atención que poníamos a lo que nos contaba.

—Así que cuando Andrés fue llevado a la cárcel y mi padre supo que yo estaba entre los acusadores, eso lo hizo sentirse muy satisfecho de mí, como un hijo que había aprendido sus enseñanzas y que prefería la salvaguarda de la Ley sacrosanta a una tonta amistad de mocosos. De esta forma yo no tenía nadie a quien

decirle que Andrés era inocente, que lo habían forzado a hacer algo malo y a mí a respaldarlo para que lo hiciera y luego a acusarlo y condenarlo. Yo me sentí el más vil de los muchachos por declarar públicamente en contra de mi amigo y mi padre me felicitaba por ese mismo hecho, como una acción de rectitud y de honor que lo hacía sentirse muy orgulloso de su hijo.

Logré esconder a la madre de Andrés. Escarbé todos los rincones de mi cuarto y de lo que había sido de mi madre para sacar cuantos centavos pudiera encontrar y dárselos a la buena mujer que nos había servido en tiempos de mi madre, para que tuviera a la señora Otilia en su casa. Todas las monedas que mi padre me daba iban a parar allá. Pensé en mi madre y le pedí a Dios que me ayudara y fue cuando apareció una enfermera amorosa que me invitó a tomar un refresco en la cafetería del hospital.

Cuando iba ahí el relato, mis lágrimas querían salir de mis ojos. Por suerte el vaso de vino me permitía esconderlas. Jorge estaba mirando solamente a Camilo, con una atención que eliminaba para él todo lo demás. Nuestro invitado continuó...

—Al fin terminé el bachillerato. Mi padre me inscribió para la carrera de Derecho y me entregó la copia para que fuera a presentar mis papeles. En ese momento tuve coraje para negarme rotundamente. Fue la discusión más dura que nunca tuve con mi padre. Mi fuerza provenía del pensamiento que me indicaba que sería yo el único perjudicado en caso de perder. No había seres inocentes que pagarían por mi debilidad.

— Mi padre muy furioso me preguntó qué pensaba hacer yo si él se negaba a pagarme otra carrera.

— Trabajar como obrero —le contesté.

— Pues puedes vender tu piano —me dijo

— Eso es mi asunto. Ese piano es mío. Me lo heredó mi madre y no quiero venderlo. Trabajaré para estudiar, pero el piano lo conservo,

al igual que la parte de la casa que ya me corresponde, la mitad de la mitad que era de mi madre —contesté firmemente.

— ¿Y qué maricada quieres estudiar? —preguntó él.

Mi cabeza me dijo 'algo de finanzas... eso no le va a parecer muy marica' y yo le contesté simplemente:

— Quiero ser Contador Público.

Y Camilo siguió contándonos su historia. Lo primero fue que la idea de la carrera fue una buena idea que nunca había pasado antes por su cabeza, pero fue buena porque no hubo objeciones contra ella. Así que su padre aceptó pero... no sin añadir:

— Si no das el punto y abandonas, tienes que pagarme lo que hayan costado tus matrículas hasta ese momento —Camilo concluyó:

—...ergo... tengo que terminar y graduarme como Contador Público.

Terminó su relato diciendo:

— Solamente quiero agregar que cuando mi padre supo, y tengo que hacer honor a su coherencia, cuando él supo de la revisión del caso contra Andrés, me llamó y me dijo lo que ya les conté. Desde ahí nuestras relaciones se han vuelto llevaderas.

— Y, ¿cómo es el asunto del piano? —preguntó Jorge

— Es historia antigua: Yo nunca he podido saber, ni siquiera imaginar por qué mi madre aceptó casarse con mi padre. Lo cierto es que ella era pianista concertista cuando se conocieron. Ella, al casarse trajo su piano a la casa que compraron entre los dos. En los compromisos prematrimoniales quedó claro que el piano no era propiedad de la sociedad conyugal sino solamente de mi madre, porque ella lo había heredado de su madre, y que al morir mi madre, pasaría a ser herencia del hijo o hija mayor que lo deseara. Significa que si el mayor no lo desea, se le ofrece al siguiente... hasta que alguno lo desee. Si ninguno lo desea, se debe donar a una casa de la Cultura de propiedad pública que tenga un espacio

apropiado para el muy fino y antiguo instrumento. Esta disposición se venía renovando en cada paso del piano a un nuevo propietario.

Volviendo al hilo de su reflexión, Camilo continuó:

— Mi asombro e incredulidad en torno al amor de mis progenitores entre ellos, se debe a que mi padre detesta la música, sobre todo la música clásica.

— Cuando yo comencé a caminar, mi madre empezó a enseñarme algunos acordes sencillos y yo los aprendí y con mis dos manos, parado sobre un banquito 'para niños', lograba hacerlos sonar y yo mismo aplaudía cuando me resultaban bien. Al llegar a los seis, yo podía tocar algunas pequeñas frases de Mozart y de Chopin. Entonces mi padre montó en cólera y dijo que él no estaba interesado en tener un hijo afeminado ni lo iba a permitir... no valieron razonamientos en torno a la virilidad de los grandes compositores. Se me prohibió absolutamente acercarme al piano. Pero mi madre no se amilanó. Todos los días íbamos de visita a la casa de la tía Carlina y allá la tía me daba dos horas de clase. Mi madre le pagaba, porque de eso vivía esa tía. Así aprendí a leer nota, a solfear y a tocar de memoria una buena cantidad de piezas populares y, con partitura, algunas sonatas fáciles y partes de conciertos para principiantes.

—Con mi entrada al colegio, tuvimos que suspender mi educación musical. Todo pasó muy rápido. Mi madre murió. Supe que el piano era mío y, cuando mi padre estaba fuera, yo volvía a tocar con los viejos papeles que estaban en el cajón del banquito de mi niñez. El banco propio del piano nunca apareció. Hace apenas un año tuve dinero mío para comprar un banco del tamaño apropiado.

—Vinieron los días oscuros. El piano permaneció mudo, cubierto con un grueso paño para protegerlo. Volví a tocar un par de acordes el día que gané la pelea de entrar a una carrera universitaria diferente del Derecho.

—Ahora que mi padre está de ánimo menos escamoso, espero ver que propone. Supongo que querrá vender la casa, pero el piano es

un problema. Yo cederé a que vendamos la casa, de la cual una cuarta parte es mía, y con esa cuarta parte buscaré un sitio para llevarme el piano. Quiero tener hijos que amen la música y que tengan un buen instrumento en donde jugar con ella.

Jorge estaba atónito. Yo tampoco me esperaba esta historia. Al fin, Jorge habló:

—Camilo, amigo querido. Si tu padre habla de vender la casa, cuéntame y yo trataré de comprarla. Puedo acceder a los recursos necesarios en el momento en que una oportunidad así se me presente. En eso, planea tú la mejor forma para lograrlo. Si quieres o no que él se entere de nuestra amistad, es suficiente que nos lo digas.

Luego, viendo que se había pasado un tiempo largo y que Camilo podría tener sueño, hice a Jorge una seña de argolla alrededor de mi dedo, para tocar el tema de nuestro matrimonio, a lo cual Jorge reaccionó casi infantilmente diciéndole:

— Camilo, antes de terminar esta inolvidable charla y de agradecerte tu confianza, queremos pedirte un inmenso favor

Camilo, se sacudió para decir inmediatamente:

—A la orden, ¿para qué soy bueno?

— Pues queremos preguntarte si quieres ser nuestro padrino de matrimonio. Nos casaremos en quince días, casi como al escondido. No queremos que se alborote el mundo de los médicos y similares.

Camilo abrió la boca pero no dijo nada. Los tres nos reímos.

— Padrino...Y, ¿por qué no?, ¡Claro que sí. Con mucho gusto!!

—dijo en cuanto recuperó el habla. Enseguida añadió:

— Solamente espero no tener que hacer ningún discurso, pero si toca, me ayudan a prepararlo.

Yo dije con ánimo de posponer la respuesta final:

— ¿Qué piensas hacer en el fin de semana?, podríamos salir a dar un paseo y continuar nuestro intercambio de ideas...

Camilo sonriente contestó:

— Pues, mañana voy a escribir a Andrés mandándole tu nombre y dirección. Solamente eso. No diré nada de matrimonio. Él quiere escribirte para hablarte de su novia. Podemos conversar al respecto mañana o el domingo. Como quieran. Puedes llamarme en la mañana para comunicarme lo que prefieran.

Así terminó la reunión tan conspicua que pensábamos tener y que nos superó con creces en contenido, sorpresas y reflexiones. Nos despedimos poco antes de medianoche.

En cuanto cerramos la puerta, Jorge me dijo:

— ¿No tienes otro amiguito de este estilo?... si lo consigues, por favor ¡invítame a conocerlo!

Bueno, llegó al fin una noche para estar juntos y no rematados de cansancio. Nos sentíamos alegres y en paz. El recuento de la historia de Felisa desde la perspectiva de Camilo, nos afirmó en la idea de mantener vivos los objetivos que queríamos alcanzar. No dejar que se borren de nuestra mente esas metas que nos unen y tratar de encontrar lo bueno que siempre viene en el paquete de cada día, aunque a veces no parezca sino basura. Fue una bella noche.

Salvados por un pelo

El fin de semana Camilo se reunió con nosotros en un restaurante del centro y brevemente nos dijo que su padre sí estaba en plan de vender la casa. Que él había hablado con personas del área inmobiliaria para que pusieran avisos y les informaran de las propuestas que se fueran recibiendo. Habían fijado el precio, de acuerdo con datos de expertos y después de una revisión concienzuda de peritos en la materia. Además estaba claro que el piano no entraba en el negocio y que solo lo sacarían después de

que el nuevo dueño hubiera pagado la casa. Lo importante era que Jorge, en cuanto leyera el primer aviso se presentara como cliente e hiciera una oferta. Al fin, serían los dueños quienes decidirían en caso de que se presentaran varios clientes compitiendo por quedarse con el negocio.

En ese fin de semana no pudimos hablar sobre Andrés y su novia porque Camilo había recibido un recado de la universidad acerca de correcciones que debía hacer a un trabajo importante, antes de que se cerraran los plazos. Así que Jorge y yo nos quedamos solos en mi apartamento.

Entonces me interesé por saber algo de la familia de mi prometido. No habíamos hablado ni una palabra sobre nuestros respectivos padres y hermanos...

En esencia Jorge me relató su vida muy escuetamente así:

Nunca conoció a su madre. Su padre y su tía Inés, hermana de su padre fueron las personas que estuvieron cerca de él desde la misma tarde de su nacimiento hasta el final de su Educación Primaria. En esa escuela, los señores Guerrero eran considerados los como padres de Jorge Guerrero, aunque los documentos daban a ella el título de 'tía paterna y acudiente'. Durante toda su infancia, Jorge tuvo pocos amigos debido a su timidez y a la ausencia casi absoluta de vida social de sus 'padres'.

En la escuela supo que existían cumpleaños y fiestas de niños. Antes de la época de escuela, la tía-mamá tenía muchas ideas de juegos y de hacer cosas con arcilla y de pintar que adelantaban juntos y en esas actividades él siempre fue muy capaz y se divertía mucho. Vivían en un pueblo pequeño, su padre era el médico que atendía en su propio consultorio que era un espacio en donde debería funcionar la sala de la casa. A veces llegaban al consultorio señoras con niños y Jorge los miraba y a ratos podía jugar con ellos bajo la vigilancia de su tía y de las mamás de los niños.

Durante el período de la escuela Secundaria, la tía Inés ya no vivió más con ellos. Su padre le explicó claramente que ella no era su

mamá, sino su tía, aunque en la escuela Primaria se había dejado identificar como la madre para que no hicieran preguntas.

Cuando cumplió quince años su papá le explicó lo del sexo, lo de las hormonas, lo de las chicas y su atractivo y finalmente, a la pregunta de Jorge sobre quién era su madre de verdad, si estaba viva o si se había muerto, el papá contestó:

— Tu madre es una bella mujer. Yo la conocí en un viaje a la ciudad y creí que era soltera y me enamoré de ella. Pero ella era casada y muy simpática y zalamera, no me dijo que tenía marido, sino que había pensado en casarse pero que eso se había desbaratado. Entonces estuvimos juntos por dos semanas y nos separamos como novios comprometidos. Eso creí yo. Nos escribiríamos semanalmente.

— Después de las dos primeras semanas, pasó un mes sin recibir carta de ella por lo cual yo estaba alistando mi maleta para ir a buscarla. Dos días antes de mi viaje, llegó a mi casa un señor muy bien vestido y muy culto y me saludó amablemente. Lo hice seguir a mi consultorio y nos sentamos. Entonces él me dijo:

— Me llamo Isaías Nieto. Soy empresario y vivo en la ciudad en donde usted conoció a Nora. En esos días ella estaba empeñada en que nos divorciáramos y yo me había ido por un mes para que ambos pensáramos mejor. Cuando regresé ella me dijo que nos divorciáramos porque estaba comprometida con usted. Sin embargo yo le pedí que recapacitara y me dediqué a reconquistarla. Resulta que ella no se decidía, sino que comenzó a sentirse enferma y de mal humor. Hace tres días estuvo con su médico. Por la noche me dijo:

— Estoy esperando un hijo de mi prometido médico. Pero no quiero tener hijos. Yo no sirvo para mamá. Así que vuelvo contigo pero tienes que ir con mi prometido para decirle lo que pasa y, que si quiere, yo le dejo el bebé desde el mismo momento en que salga de mi panza, él se lo lleva y seguimos como si nunca nos hubiéramos visto. Que si él tampoco desea hijos, yo buscaré una mujer de una

buena familia de nuestra sociedad, de ésas que desean mucho pero no logran tener un hijo, y se lo regalo.

El señor Nieto agregó:

— Yo siento mucho traerle esta noticia, pero desafortunadamente no puedo volver sin su respuesta.

Jorge acabó su relato: su padre le contó esto y que él le mandó decir a Nora que él sí quería tener y criar y educar a su hijo; que aceptaba su propuesta en esos términos. El propio señor Nieto se comprometió a avisar a mi padre cuando estuviera próximo el parto y se despidieron como personas conscientes y civilizadas.

Para terminar me dijo:

—Así que esta es mi historia. No añoro a mi madre biológica. La tía Inés me quiso con inmensa ternura. Mi padre fue mi amigo y mi educador y de él tengo muchas cosas y aprendizajes, los mejores que alguien conscientemente pudiera desear y que trataría de comunicar a un hijo. No lo dudo ni un momento y agradezco que no hubiera tomado el camino fácil de permitir que una familia, sin duda de buena posición, me adoptara. Pero, como puedes imaginar, esta historia no es un esquema a seguir para obtener que un joven tímido aprenda a vivir con éxito en las capas altas de nuestra sociedad actual. Sin embargo no lo lamento en absoluto. —Me abrazó, se sacudió y comprendí por su gesto que no hablaríamos más del asunto.

Trabajando a marchas forzadas redacté un artículo completo sobre la rehabilitación de una niña de ocho años llevada de urgencia al hospital por un asunto pasajero, pero agobiada por graves problemas derivados de un paladar defectuoso desde la gestación.

Jorge lo revisó, hizo algunas correcciones y cuando estuvo listo, decidimos que era mejor que él lo entregara. En el interior aparecía mi nombre como auxiliar en el trabajo de edición y nada más. No nos interesaba llamar la atención como socios y menos en esos días anteriores a nuestro matrimonio.

Informamos a la Hermana sobre el padrino. Camilo mismo fue con ella hasta la parroquia para confirmar su nombre y miró los avisos relativos al matrimonio. Faltaban solamente dos días para el acto, aunque el período obligatorio de exposición del aviso se había completado el día anterior. Entonces Camilo pidió al sacerdote si podía quedarse con esos avisos como recuerdo y él dijo que sí, que ya estaba cumplido lo previsto y que otras personas se los habían pedido y quedaron de venir por ellos, pero que prefería que fuera el padrino quien los guardara.

Así que sin esperar a nada más Camilo se metió todos los avisos medio arrugados y medio doblados en su bolsillo y salió por otro lado. En la esquina de abajo esperó a la hermana Marta y vio subir hacia la iglesia a tres mujeres que hablaban en voz alta de que *'es el colmo que nos dejen por fuera así como así'*, dijo una. Otra dijo que *'si no los podemos sacar, de todos modos el domingo estaremos aquí para boicotear ese matrimonio'*. La hermana que las oyó le dijo a él:

— No se preocupe. Yo les dije ayer tarde que ese matrimonio era el domingo. Además ahora ya salió el sacerdote y el sacristán dejé todo muy cerrado. No van a encontrar a nadie. —Y le comentó que estaban locas todas las mujeres que se querían casar con el médico.

Camilo le preguntó qué clase de médico era ese señor, porque quien le pidió lo del padrinazgo fue la señorita que era amiga suya de muchos años. La hermana Marta le dijo que se trataba del cirujano plástico del cual todo el mundo hablaba y las solteras de la alta no iban a perdonar que se casara con una simple enfermera.

Así, por un pelo Jorge y Selma se salvaron de pasar un rato muy desagradable en su propia boda.

El propio Camilo cuando bajó, contó a sus próximos ahijados los decires de algunas mujeres inconformes, les entregó los avisos y les aconsejó que no se dejaran ver juntos en ninguna parte antes del jueves. Que sin duda esas viejas locas estarían vigilando las dos casas.

Así el jueves, con vestido de calle, cada uno llegó por su lado a la Iglesia. Los niños esperarían en la Casa de la Esperanza para la fiesta de los papás de Felisa. Solamente asistieron unos pocos feligreses consuetudinarios de la misa de las siete y los cuatro involucrados: Novios y padrinos.

Antes de las ocho, bajaron a pie, tranquilos pues todo se había dado sin ningún tropiezo.

La fiesta en el hospicio estuvo linda. Los niños cantaron y Camilo se admiró y se sintió muy conmovido de que fuera Felisa quien los había entrenado y de que sus ahijados adoptaran ese mismo día a esa niña tan especial.

En la fiesta Camilo se enteró de todas las operaciones realizadas a Felisa y de los largos períodos de recuperación y de cuidado continuo. En ningún momento se mencionó nada de atentados ni de maldades. Realmente estaba tan olvidado que ya, incluidos los tres que tal vez conocieron esos chismes, ninguno lo sabía, así que Camilo no vinculó nunca a Felisa con la niña del episodio terrible.

Ese día Jorge llegó un poco tarde a su consultorio y Selma avisó por teléfono que debido a una llamada urgente de su contador no podría llegar hasta después del mediodía. Esa tarde, en sus respectivas secciones hospitalarias, cada uno de los recién casados pidió una semana de licencia sin remuneración para atender asuntos urgentes en lugares apartados. Así, los esposos se salvaron de dar explicaciones y se fueron al mar con su niña para tomar unos días de sol, brisa y olas.

Las chismosas se encargaron de difundir noticias contradictorias sobre una boda que se iba a dar y que fue cancelada, otras decían que se trataba de parejas diferentes con nombres similares... en fin nadie vio que el cirujano saliera en los periódicos y se tranquilizaron.

Pasada la semana de licencia, la vida volvió a su apariencia común. El doctor Guerrero se había acostumbrado a trabajar con la enfermera Pinzón quien escribía todos los informes de las

operaciones e investigaciones que él hacía. Parecía un matrimonio por mera conveniencia, porque muchas veces tenían que pasar la noche entera en sus tales escritos. Pero no había nada de romance en eso. Solo trabajo aburrido. Lástima de ese hombre, un gran partido, que no pensaba en disfrutar la vida...

Eso sí, los que estaban más cerca notaron que el médico empezó a llevar una argolla nueva, demasiado simple. A nadie le pareció interesante revisar si la enfermera tenía una argolla igual.

Fin de la primera parte

Segunda parte

Casa con piano

Jorge y yo nos acomodamos provisionalmente en mi apartamento porque tenía un cuarto pequeño contiguo a nuestra alcoba, cuarto que parecía pensado para servir de armario de ropas y vestidor, pero cuyo tamaño era preciso para la cama de Felisa y sus cositas, mientras llegaba el momento de ocupar la casa que esperábamos encontrar pronto.

Camilo, muy fiel amigo, nos había dicho que su padre estaba en espera de que hubiera al menos tres ofertas, para elegir el comprador de la casa de ellos. Con Jorge, de todos modos habíamos mirado otras opciones. Nos era imposible penetrar en la lógica del señor Beltrán y nada nos aseguraba que la buena voluntad de su hijo hacia nosotros, fuera el mejor medio de conquistar a ese padre tan difícil de comprender.

Un mes después de nuestro regreso de la costa, inesperadamente apareció Camilo, diez minutos antes de que saliéramos para llevar a Felisa a la Casa de la Esperanza, porque de allá iba con los otros

compañeritos y una persona responsable, a la escuela cercana en donde continuaba sus cursos. Camilo nos dijo que le urgía hablarnos esa mañana, antes del mediodía. Jorge y yo pensamos que lo mejor era de una vez. Podíamos darnos el lujo de retardarnos un poco, pues no había asuntos perentoriamente urgentes en nuestros departamentos del hospital y el horario no era una camisa de fuerza en días así. Salimos los cuatro y comenzamos a caminar. Adelante iba yo con la niña y detrás los señores. Escuché que Camilo hablaba a Jorge de una larga, larga conversación con su padre...

Dejamos a Felisa y saludamos a la hermana Marta. Luego regresamos sin que Camilo interrumpiera su relato.

La historia en concreto era: el padre quería irse para Europa en cuanto tuviera el dinero de la casa. Camilo se había arriesgado a preguntarle por qué ellos, su padre y su madre, se habían casado si no tenían ningún punto en común, o al menos él no lo había visto nunca. La respuesta del padre fue:

— Eso no lo pedí yo ni lo pidió ella. Fueron nuestros padres, tus dos abuelos hombres, los que decidieron sobre nuestras vidas. Claro que a mí, en plenos dieciocho años, me pareció una maravilla esa belleza de mujer de veinte, artista y famosa, para mí solo.

Puesto que esa respuesta no aclaraba completamente el porqué del matrimonio, Jorge lo adivinó en seguida:

— ¡Ah!, fue una deuda de juego —dijo. Camilo asintió con la cabeza y yo vi que estaba triste, pero continuó el relato.

Luego de la boda con apariencia de gran suceso, comenzó la vida en común. El flamante marido quien apenas era bachiller, pasó dos años dado a la francachela, bebiendo, comprando lujos innecesarios, adornando a su mujer con joyas que ella no pedía ni apreciaba... Poco después empezó a desesperarse de oírla al piano, como única ocupación, como si fuera su confidente, como dando

quejas contra él que no la amaba... hasta que llegó el bebé y hubo una tregua por la emoción y los planes para el futuro.

Los abuelos, ambos fueron a visitarlos y ambos se regocijaron por el heredero de sus fortunas... bastante dudosas por cierto. Curiosamente, ambos abuelos murieron antes de que Camilo completara un año de vida. Ambos arruinados. Para los hijos solamente había quedado el piano, debido a que los abuelos no lo pudieron vender porque su dueño único era el bebé. Tocaba esperar dieciocho años para que él pudiera hacer algún negocio al respecto.

La madre consagró su vida a cuidar a su hijo. Pronto empezó a enseñarle música. El padre montó en cólera. Eso le parecía un despropósito, que un hijo suyo creciera como un niño afeminado tocando canciones al piano. Entonces prohibió que Camilo se acercara al teclado. La madre obedeció pero llevó al niño con su hermana para que ella le enseñara algo de música... El padre había perdido todo gusto y placer en la vida de familia. Resolvió hacer una carrera y se decidió por el Derecho Penal, para ayudar a castigar a los malhechores... Consiguió ayudas en forma de préstamos de unas y de otras partes, estudió y a la vez trabajó haciendo memoriales y cosas por el estilo. Al fin se graduó de abogado. Puso una oficina y se dedicó a pleitear para que los que obraban contra la ley fueran a la cárcel. Desde entonces, desafortunadamente, antes de averiguar mucho sobre cada caso, se ponía siempre del lado de los acusadores y por lo general ganaba y el acusado iba a dar a la cárcel a pagar el más alto precio por el delito del cual se le acusaba.

Camilo nos contaba que este fue el relato de su padre. Que el suceso de la acusación de su amigo no había pasado por manos de él, pero que estuvo siempre de acuerdo con el castigo. Pero que... y aquí Camilo paró y nos miró con una mirada muy asombrada y profundamente triste, cuando la Corte anuló la sentencia, después de tres años de castigo de su amigo Andrés, su padre se lo había dicho la víspera, él, el abanderado de la Ley, se había descubierto engañado desde el comienzo, malvado cuando se creía el paladín

de la Justicia, y, finalmente había pensado en su hijo y en cuál podía haber sido la parte de ese niño en semejante patraña. ¿Víctima o victimario? No lo podía imaginar. Entonces, el día anterior, hablando de irse del país, ese padre quiso saber la versión de su hijo sobre lo que él había dictaminado sin asomo de dudas...

Su padre había llorado mientras Camilo le contaba y le pidió perdón. Le dijo que vendiera la casa y solamente le diera a él lo que necesitaba para irse a España. Allí vivían unos primos suyos que le escribían siempre invitándolo. Entonces Camilo le había contado de nosotros, sus amigos, y él quería vernos. Había dicho que nos visitaría por la tarde en nuestra casa. Eso era lo que Camilo quería decirnos con tanta urgencia. Al final nos dijo que nosotros sabríamos si contarle o no a su padre que él nos había prevenido.

Nos demoramos en un pequeño salón de té para tomar los tres un café y renovar los ánimos y reconocer que se abrían nuevas oportunidades para todos, incluido el abogado Beltrán. A Camilo le abrimos las puertas de nuestra casa y de nuestro corazón. Le pedimos que se sintiera integrado a la familia. Luego nos despedimos y cada cual a sus deberes, hasta la hora de recoger a Felisa y regresar para esperar la visita anunciada.

Llegamos y un cuarto de hora después alguien golpeó a nuestra puerta. Jorge se acercó a abrir.

Escuché los saludos normales y luego pasaron a la sala. Jorge se asomó a la cocina y me llamó. Felisa estaba en su cuarto muy tranquila.

Un hombre muy buen mozo de unos cuarenta años, me saludó con cortesía y se autopresentó como el padre de Camilo Beltrán. Yo le sonreí, le di la mano y me senté al lado de mi marido.

La conversación fluyó suavemente. Él dio por hecho que nosotros sabíamos que vendría y manifestó que se sentía reconfortado al saber que éramos amigos de su hijo. Luego pasó sencillamente a hablar del tema de la venta de la casa. Nos dijo que quería que Camilo liderara el trato porque al fin y al cabo él era quien

permanecería en la ciudad y además tenía que resolver el asunto de ubicar su piano. Así que, puesto que Jorge figuraba como un cliente para la compra, lo invitaba a finalizar el negocio con su hijo. Que él estaría listo para firmar en el momento en el cual le avisaran.

Puesto que no dijo ni una palabra de precio ni de forma de pago, Jorge le preguntó si los papeles se harían con la firma que había puesto los anuncios o en alguna oficina de abogados. Él volvió a que Camilo era quien estaba realmente al frente. Entonces le dijimos que nosotros nos quedaríamos con la casa y que no se preocupara que el piano podía esperar todo el tiempo necesario en su lugar pues no nos hacía falta ese espacio. Que cuidaríamos de mantenerlo siempre en buen estado. Luego Jorge sirvió unas copas y brindamos por la amistad y por el negocio y por el futuro de todos.

El señor Beltrán, al calor del licor, se relajó y nos dijo que se iba a España y que esperaba reflexionar sobre cómo emplear el tiempo que le quedara de vida, de forma que pudiera ser útil a otros. Porque realmente en su vida había buscado, primero solamente su propia satisfacción y luego unos intereses aprendidos de memoria que se volvieron para él como una segunda naturaleza, bastante falsa, consistente en predicar un exceso de respeto a la Ley, respeto que la Ley merece pero los hombres usamos esa expresión para encubrir designios egoístas e incluso malvados que prosperan debido a nuestro celo en aplicar castigos, sin conocer antes, de verdad, qué tanto merecen esos castigos aquéllos a quienes se los aplicamos.

Finalmente quiso levantarse con evidente propósito de despedirse pero Jorge lo invitó a que nos acompañara a cenar. Le dijo que él había hecho dos viajes a España y sentía deseos de conversar sobre cosas y aspectos especiales que había conocido de cerca en la Madre Patria... a lo cual Beltrán dijo:

— Gracias, de veras, muchas gracias.... —luego pensó un poco y añadió:

— Si mi padre hubiera tenido amigos como ustedes, seguramente nos habría ahorrado muchas tristezas, sobre todo a la madre de Camilo y al propio pequeño hijo mío... bueno, acepto la invitación pero permítanme ayudar en algo.

Jorge, levantándose le dijo:

— Vamos a encargar la comida. Ya veremos qué lo ponemos a hacer... y sonrió con esa sonrisa suya tan llena de humanidad y de fraternidad. Los dos salieron.

Tuve suficiente tiempo para arreglar la cena de Felisa, acompañarla a comer, leer con ella el relato que traía de tarea y ponerle unas cuantas restas 'difíciles'. Finalmente se quedó dormida diez minutos antes del regreso de los que fueron por la cena.

Traían un bufet de carnes frías, panes, quesos, aceitunas y encurtido. Además un picado de frutas con helado para el postre. Comimos muy bien. La facilidad de tomar por partes lo que nos apetecía y la simplificación enorme de platos y cubiertos, ayudaron mucho a suavizar las sensibilidades que siempre quedan un poco al descubierto en situaciones como el autoexamen que nuestro huésped quiso hacer de su vida, frente a nosotros, quienes hasta media hora antes éramos perfectos extraños para él.

Jorge habló de Madrid y de Córdoba. No mucho pero tan bien expresadas las sensaciones y los recuerdos, que yo sentí deseos de ir también a caminar por esos derroteros.

Luis, tal es el nombre del abogado Beltrán, a ratos cerraba los ojos como para concentrarse. Finalmente nos dijo que seguía pensando en el viaje a España pero no ya como un exilio de por vida, sin norte establecido, sino como una experiencia que podría servirle cuando regresara, porque ése era el cambio principal al cual lo había llevado la conversación precedente: regresaría con una mejor visión y un proyecto realizable de... el asunto se iría perfilando a partir de sus observaciones, experiencias y sentimientos sobre los cuales haría elecciones y tomaría decisiones no definitivas, no

intocables, sino humanamente buenas y posibles para realizar paso a paso.

Finalmente lo despedimos con total cordialidad, como nos había sucedido con Camilo. Quedamos en que nos veríamos a la hora de finiquitar el negocio de la casa, incluidas las cláusulas relativas a la permanencia del piano en ella.

Entre papeles, pagos de impuestos y otros muchos quehaceres burocráticos, llegó el día de firmar la escritura de propiedad de nuestra casa. Una casa bonita. No demasiado extensa pero suficiente para la familia y tres o cuatro huéspedes. Con un jardín amplio que necesitaba algo de trabajo para lucir mejor y una vista hacia el poniente desde donde el sol nos surtiría de bellos colores en los atardeceres otoñales.

Me sentí muy contenta. Salimos de la Notaría con el compromiso de encontrarnos el sábado siguiente hacia las doce del día para celebrar en el lugar, la toma de posesión, y compartir un día de campo con los Beltrán y con la hermana Marta, sus ayudantes y los niños de la Casa de la Esperanza que pudieran caminar hasta allá.

Camilo madrugó a barrer y limpiar. Nosotros llevábamos carnes frías, pastelitos, refrescos, frutas y golosinas para todos. Felisa estaba encargada de repartir entre los niños las cosas que fueran para ellos, cuidando que ninguno quedara en desventaja.

Después del almuerzo, hacia las dos de la tarde, Camilo me dijo al oído:

— Te tengo una sorpresa pero no te puedo decir cuál es. No te vayas a desmayar... —y se alejó hacia la puerta que permitía pasar directamente de la calle al jardín. Desde adentro no se podía ver claramente quién estaba del otro lado de la puerta porque dos árboles a los costados velaban esa vista. En un momento, Camilo dijo:

— ¡Atención a todos!. Aquí llegan unas personas que preguntan por la enfermera Selma. ¿Quién la conoce? —Felisa y dos niños más

contestaron: — ¡Yo! —entonces Camilo le hizo seña a Felisa de que llevara a su mami. La niña me tomó de la mano cuando Camilo abrió y se hizo a un lado. Realmente, por poco me desmayo: Andrés y Patricia entraron muy sonrientes a abrazarme!

Jorge y Luis observaban detrás de todos y Luis reconoció a Andrés. Le dijo a Jorge en voz baja:

— Es el amigo de Camilo, Andrés, el que estuvo preso.

Jorge comprendió la importancia del hecho. Tomó del brazo a Luis y se acercó con él. Desde mi espalda dijo en mi oído:

— Mi enfermera amada, preséntanos. —Yo me volví y en medio de toda la emoción y los sentimientos encontrados y hasta un poco de temor, los presenté en voz alta para todos.

A Patricia, aparte de Camilo, solamente yo la conocía pero todos me habían oído hablar de ella más de una vez. La monjita tampoco conocía a Andrés y nadie sabía del incidente antiguo. Nadie, absolutamente nadie. Luis al ver a su hijo tan contento abrazando a su amigo se acercó y también abrazó a Andrés diciéndole:

— Andrés, por favor, permíteme ser tu amigo.

Andrés con su sonrisa simple y afectuosa le dijo:

— ¡Hola mi querido tío Luis! —y le dio un fuerte abrazo.

Jorge me dijo muy bajo: — Tus amigos, aunque jóvenes, demuestran verdadera sabiduría.

Entonces reorganizamos el grupo y ofrecimos viandas a los recién llegados y Patricia alegró el ambiente con su inacabable cháchara, en especial con la narración del episodio del jabón que dio comienzo a su romance. Cuando ellos hubieron comido, Camilo nos hizo pasar a todos a la sala.

— ¡Sorpresa! —gritó: Todos vimos el gran piano de cola abierto y reluciente.

Camilo llamó a Felisa y le dijo que acercara a los niños y que él les iba a dar las notas de lo que habían cantado el día de la fiesta de

sus papás. Que ella les advirtiera, que la miraran y cantaran cuando ella les hiciera la señal.

Camilo con suavidad dio las primeras notas. Felisa comprendió de inmediato y miró a los niños que quedaron pendientes de ella. Entonces Camilo volvió a dar las notas y Felisa hizo la señal y los niños cantaron.

Yo lloraba de emoción y Jorge tenía los ojos empañados. Andrés, Patricia, la monjita y sus dos acompañantes estaban absolutamente asombrados. Luis sacó pañuelo para secarse las lágrimas. Los únicos tranquilos eran Camilo y los niños. Ellos seguían felices cantando con esa 'grabadora' tan grande de donde salía la música...

Después Camilo preguntó qué otra canción querían y tocó un buen repertorio infantil que nos alegró el alma a todos. A ratos el propio Camilo cantaba. Felisa lo abrazó con una emoción inmensa.

Finalmente el sol se puso rojo y supimos que era hora de volver a las casas. Así que Camilo cerró el piano con cuidado y lo cubrió. Todos recogimos el desorden, cerramos puertas y salimos con un sentimiento de nostalgia en los mayores y de verdadera emoción en los niños.

Jorge dijo:

— ¡Qué bueno es tener una casa con piano! —y puso su brazo sobre mis hombros.

Así desfilamos todos. Jorge ofreció su apartamento para hospedar a los recién llegados. Yo le ofrecí a Patricia que si prefería quedarse con nosotros, perfectamente podía pasar una buena noche en el sofá de nuestra sala. Ella aceptó. Camilo y su padre compartieron con Andrés las habitaciones de Jorge puesto que acababan de entregar la que había sido su casa por tantos años. Nosotros les dijimos que bien podían quedarse en ella, pero ellos prefirieron la ubicación más recogida de ese apartamento de soltero.

La hermana Marta muy agradecida se fue con su bandada y nosotros nos separamos con el compromiso de Luis, Camilo y

Andrés, los tres que se quedaron en el apartamento de Jorge, de llegar a desayunar a mi apartamento entre las siete y las doce del día siguiente.

Felisa quiso saber muchas cosas de los pianos. Estaba embelesada con la imagen de esa mesa que tenía música y con Camilo que sabía cómo sacar esa música de ahí. Nuestra preciosa hija se durmió sonriendo y repitiendo en su cabecita los bellos sonidos del piano.

Soluciones inesperadas

Me desperté temprano. Me preocupaba que se presentaran tensiones entre los ocupantes del apartamento de Jorge o que alguno de ellos pudiera adivinar que Felisa era la niña de los sucesos oscuros. En cuanto me paré y salí, la luz del sol disipó esos temores, siempre exagerados que suelen asaltarnos en las noches. Patricia me sintió y enseguida se levantó. Nos encerramos en la cocina para conversar sin despertar a Jorge ni a la niña. Había llegado la hora de ponernos al día.

El tema de Felisa fue lo primero. Patricia conociendo mi amor por los niños, sobre todo cuando están enfermos, comprendió enseguida el porqué de la adopción. Yo le conté la historia real de que fue Jorge quien primero habló de adoptar a Felisa y que yo me ofrecí a colaborarle y que ahí nació nuestro romance, matrimonio y vida de familia.

También el hecho de no haberlos invitado a ella y a Andrés, aunque nunca supe hasta el día anterior que eran novios, debido a que el nuestro tenía que ser un matrimonio al escondido. Había muchas mujeres muy arriba en la escala de la sociedad que soñaban con atrapar a Jorge y él no quería ni de lejos despertar esa jauría y yo tampoco. Por eso nos casamos en secreto, con la ayuda de la monjita de la Casa de la Esperanza y al final con la de Camilo que llegó en el momento preciso para ser nuestro padrino.

— Has de saber que en estos días, todavía la gente del hospital no sabe que nos casamos pero se han acostumbrado a ver que salimos juntos porque somos unos aburridos que no hacemos sino trabajar en unos informes que no se acaban nunca, lo cual en parte es cierto. Tampoco saben que adoptamos a Felisa. Solo piensan que observamos el desarrollo de la niña después de tantas operaciones para escribirlo en nuestros informes. Finalmente dejaron de perseguir a Jorge porque aunque es un gran partido, resulta ser un señor muy aburrido... y eso es lo que él prefiere. Que piensen eso y lo dejen en paz.

Patricia estaba feliz escuchando mis historias. Luego me contó con pelos y detalles el episodio del jabón y su ennoviada con Andrés y que ambos y sus respectivas madres, todos cuatro estaban felices. Andrés quería lograr un título de 'maestro de obra calificado' antes de proponerle formalmente matrimonio y ella estaba conforme. No quería ser 'más estudiada' que su esposo. Claro que se cuidaban porque tampoco querían tener hijos antes de estar casados.

En el hospital le iba bien. Tenía muy buena mano con las parturientas y eso le daba un sentimiento de que no podía descuidarse confiando en su buena suerte. Me dijo que había aprendido de mi que siempre hay que poner toda la atención en lo que se está haciendo. *'No es buena suerte, es atención y conocimiento de lo que debe hacerse,'* me dijo que yo le había enseñado eso y que ella siempre se lo repetía cuando la llamaban para atender algo importante.

Luego me dijo que Andrés le había contado que estuvo en la cárcel pero que eso lo volvió más fuerte y más sabio para reconocer las cosas importantes y cuidarse mejor para no caer en trampas. Que a ella no le parecía nada grave esa historia porque la verdad era que él era un hombre de verdad bueno y honesto. Además eso ya pasó y lo importante es lo que llega cada nuevo día.

De Adela me dijo que seguía trabajando pero no todos los días sino uno que otro para no aburrirse. Al fin su hija (ella), ganaba un

buen salario que les alcanzaba bien a las dos. Lo mismo le pasaba a Andrés con su mamá.

Respecto de la mamá de Andrés me contó que esa señora quería mucho al joven Camilo porque él, cuando era niño de colegio y Andrés estaba en la cárcel, la había cuidado y le daba todas las monedas que podía conseguir para que ella no tuviera que salir a la calle a trabajar porque los hombres malos la querían matar. Por eso ellos dos compraron una cama más para que Camilo pudiera llegar siempre a la casa de ellos como a su propia casa. Al final me dijo que a ella le parecía que la mamá de Andrés era una persona santa.

Ay, mi Patricia, mi hermanita linda!. Sigue igualita que cuando tenía siete años y yo dieciséis. Incluso habla de la misma forma. Salvo cuando se refiere a los asuntos de enfermería para los que usa el lenguaje preciso y correcto, en todo lo demás sigue hablando como una niña. Creo que sería una compañerita perfecta para mi Felisa. Cuando se dé la ocasión, la disfrutaremos... pensé. Por el momento que continúe con su buen desempeño como auxiliar de enfermería en Villaluz, donde está bien ubicada.

Terminamos nuestra conversación cuando escuchamos a Felisa que llamaba a su mami y también al papá que le decía que ella estaba en la cocina. Entonces abrimos la puerta y me asomé. Felisa sintió el ruido y llegó corriendo. Al ver a Patricia se detuvo pensando hasta que se acordó del nombre. Entonces le dijo —muenos días Parricia— y Patricia la abrazó y la besó en la cabeza. Las dos se sentaron a hablar mientras yo colaba el café para el jefe del hogar, servía dos tazas, llevaba ambas al cuarto y me sentaba en la cama mientras las tomábamos. Cuando regresé a la cocina, las dos conversadoras seguían hablando sin parar. Jorge llegó detrás de mi y permaneció observándolas desde la puerta con una expresión muy divertida, mientras meneaba la cabeza como el que no sabe qué pensar...

—Siguen impresionándome tus amigos—, me dijo sonriente.

Luego llegaron los tres del apartamento. Felisa fue a abrazar a Camilo y después saludó tímidamente a Andrés y a Luis. Patricia me ayudó con los tintos para los recién llegados y las conversaciones colmaron el espacio. Se hablaba de todo. Tomé nota de que Luis parecía otro. Como si se hubiera quitado un traje negro y rígido y estuviera en mangas de camisa. Lo vi liberado de la opresión que lo agobiaba la tarde de nuestro primer encuentro. Traía en sus manos una publicación gratuita que solían dejar periódicamente en los buzones de las casas. Con ella se acercó a Jorge y le extendió el folleto indicándole un título en una página del interior.

Jorge leyó el título y se interesó en el contenido. Se agachó para leer. Luego hablaron algo y me pareció que decidieron seguir unas indicaciones. Me olvidé del asunto y pregunté quiénes querían huevos con jamón, quiénes sandwich de jamón y queso. Todos votaron por los huevos, entonces los mandé a la sala mientras Patricia y yo preparábamos y servíamos. En particular recomendé a Jorge que cuidara a Felisa para que no entrara corriendo a la cocina en un momento peligroso de movimiento de tazas con líquidos calientes.

Desayunamos. Al finalizar estaba claro para todos que Andrés y Patricia debían viajar esa misma tarde. Luis y Camilo, por su parte nos dijeron que volverían hacia las seis. Que evidentemente había muchas cosas que nosotros, Jorge y yo, teníamos para hablar con los viajeros y que ellos, los Beltrán, tenían que planear las siguientes decisiones de vivienda y de finanzas. Se despidieron unos de otros y Camilo prometió pronta visita a sus amigos. Nos quedamos los cuatro y Felisa, quien resolvió llevarse a Patricia a su cuarto para continuar con sus temas.

Jorge, Andrés y yo continuamos en el comedor después de que yo llevé todos los platos y restos a la cocina. Entonces Jorge pidió a Andrés nos contara paso a paso cómo fue el asunto de su arresto. No era solo curiosidad sino una necesidad muy fuerte de comprender la forma de actuar de esos jóvenes movidos por

impulsos criminales, actuaciones que cada día se reproducen en ambientes escolares similares y para el control de las cuales es preciso la participación efectiva de la parte médica en la mayoría de los casos. Andrés me miró y yo lo animé. Realmente nunca habíamos hablado de esos detalles. Yo misma nunca le expliqué claramente que en su caso, con absoluta certeza, no había habido violación. Solo las circunstancias lo hicieron aparecer como 'intento de violación' y lo incriminaron a él que estaba ahí como un cordero listo para el matadero. Ahora que él era un hombre sabía perfectamente eso. Andrés nos habló tranquilamente:

—Pues yo me sentí como marcado por una sombra funesta hasta el día en el cual Patricia desestimó natural y rotundamente la importancia del hecho. El ingeniero que me había contratado y que me conocía desde la cárcel y era mi amigo desde ese tiempo sin que yo lo supiera, cuando le pedí consejo antes de la primera cita, él me había dicho que le hablara la verdad; que él estaba seguro de que ella no me rechazaría por eso porque evidentemente se trataba de una chica inteligente. Así resultó. Luego llegó Camilo con la noticia de la anulación de la sentencia. Y yo desperté de una pesadilla y volví a jugar en la vida con todas mis fuerzas, las que tenía antes del problema más las que gané en esos tres años gracias a los buenos consejos del gendarme T y de una maravillosa enfermera que me visitaba. Por eso vinimos tan felices a buscarlos a ustedes en cuanto Camilo nos dijo que ya pasada la boda, ya no habría problemas y descubrimos que la enfermera en cuestión era la 'hermana mayor de mi novia', porque así fue su relación desde niñas, aunque Patricia era hija de la niñera de Selma, entre ellas nunca hubo diferencias de clase ni cosas similares. Solo afecto fraternal.

Mirando nuestras caras atentas a sus palabras, Andrés continuó:

—La cosa fue así: Camilo y yo nos encontrábamos todos los días en el camino a la escuela. Un poco adelante siempre nos alcanzaban los fulanos especializados en buscar camorra y en presumir de su poder sobre los demás, sobre todo si esos otros eran 'nerdos' o

'señoritos'. De verdad eran inteligentes para planear cómo obligarnos a trabajar para ellos, de modo que sus trabajos escolares, hechos por nosotros, fueran mejores que los nuestros, que con una moneda que ellos tuvieran pudieran gastar tres monedas, porque se llevaban las nuestras con sus chantajes refinados y nos iban volviendo de veras atemorizados y cobardes. A medio que intentábamos resistir, uno de ellos sacaba un pequeño cuchillo y nos hacía sentir la punta contra nuestro brazo o nuestra pierna...

Todos cuatro andábamos por los quince años, aunque creo que ellos eran un poco mayores. En los últimos días siempre hablaban de mujeres. Se hacían lenguas hablando de sus proezas y haciendo unos signos repulsivos. No podíamos evitar escucharlos. Siempre nos salían al paso aunque cambiáramos de ruta. Presumían de conocer a don Luis, el padre de Camilo, y hablaban de él como 'el abogado que nos puede defender de los abusos de la Policía', como para que creyéramos que lo respetaban mucho. Yo pensaba que le tenían miedo. Camilo también le tenía miedo a su propio padre. Yo no tenía padre. Entonces no teníamos a nadie que pudiera orientarnos. Mi pobre madre me animaba a confiar en Dios. Yo confiaba en sus oraciones pero no le contaba lo más difícil de lo que estaba sucediendo.

El día más terrible de nuestra vida de adolescentes, nos alcanzaron y estaban muy amistosos y nos preguntaron si nosotros habíamos tenido trato de veras con mujeres y que ellos nos iban a ayudar para que supiéramos cómo era eso de bueno..., así nos forzaron a caminar un poco fuera de nuestro recorrido y al acercarnos a un solar, el más importante de esos dos chicos brincó sobre la cerca, jaló un trapo que estaba en una cuerda y volvió a nuestro lado. Luego me palmeó el hombro y me dijo:

—Andrés, hoy es el día más importante de tu vida. Vas a conocer el amor. El verdadero amor. No te preocupes que nada malo va a pasar. Solamente vas a ser muy feliz. Camilo va a estar cerca para que vea cómo logras entrar en el mundo de los hombres de verdad.

Cuando llegamos a una esquina le dijo a su compañero: —Cuidalos bien. No me demoro más de un par de minutos. No se muevan de aquí.

Cinco minutos estuvimos ahí. Realmente yo no entendía qué era lo que esperábamos pero no había más remedio que estarnos quietos por miedo al cuchillo que en tales ocasiones se dejaba ver frecuentemente. Al fin lo oímos que decía con voz de urgencia:

— ¡Rápido al rincón de orinar! —que así llamábamos a un espacio entre dos casas que se tocaban por la espalda y el otro nos empujó de modo que cuando vimos al cabecilla, fue cuando nos pasó cargando a una niña a quien había envuelto la cabeza con el trapo que había robado de la cuerda. La niña movía pies y manos pero no podía hacer nada. Ese muchacho tenía una fuerza muy grande. La criatura debía estar amordazada porque no gritaba. Finalmente la puso en el suelo de ese rincónapestoso, y lo hizo con cierto cuidado, mientras le decía:

— Linda, no te preocupes, solo vas a sentir algo muy chévere entre tus piernas —aquí, Andrés sollozó. Jorge lo abrazó y le dijo:

— No sigas si te pone muy mal —pero Andrés le contestó:

— Creo que si lo digo todo me sentiré completamente liberado, solo que recordarlo me produce siempre mucha angustia. Entonces, solo estén conmigo y termino mi relato:

— Luego él, el jefe, nos agarró a cada uno de nosotros de una mano y le dijo al otro:

— Levántele la falda y quítele el calzón —yo cerré los ojos y supongo que Camilo hizo lo mismo. Lo cierto es que la niña pataleaba y trataba de pararse y entonces el mandón se fue a sostenerla contra el suelo y le dijo a su secuaz que me bajara el pantalón a mi. Ambos tenían un cuchillo en una de sus manos.

Camilo tal vez habría podido salir corriendo pero el mandón le dijo:

— Cuidadito o, si quieres, vete y entonces por tu culpa, de aquí salimos a jugar con la vieja de tu amigo, refiriéndose a mi madre, y después a pasarle éste, señalando el cuchillo, por el cuello y a tirarla en una cuneta

— Yo temblaba. Mis pantalones estaban de mis rodillas para abajo. El tipo más fuerte se cambió de puesto con el que estaba detrás de mí y me obligó a arrodillarme contra los pies de la niña. Entonces me dijo:

— ¡Ándele, póngalo duro y hágale para que sepa lo que es bueno! —y me empujó con el pie por la espalda. Yo caí sobre mis manos, tratando de no golpear el pequeño cuerpo y el otro seguía empujando mi espalda. En esas la niña dejó de moverse, su mano cayó completamente sin vida sobre el piso y su cabecita, con trapo y todo rodó un poco hacia un lado que estaba más bajo. Yo me aterroricé y grité con todas mis fuerzas porque así lo vi:

— ¡Se murió!, ¡la niña está muerta! —Los dos me soltaron, cogieron a Camilo cada uno de un brazo y salieron corriendo y gritando:

— ¡Policía!, ¡Policía!, ¡un crimen!

Yo me paré y me subí el pantalón. Estaba terminando de cerrarlo cuando llegó un carro de la Policía. No tuve tiempo de cubrir la desnudez de la niña. El chofer que era el que mandaba se acercó y me puso las esposas y le dijo al otro. Usted quédese aquí. Bájele la falda pero no toque en absoluto a la niña. Yo voy a buscar ayuda. Esperó a que el otro arreglara la falda y me empujó para que me subiera al carro. Cerró y arrancamos. No supe nada más. Solo escuché al chofer que me dijo:

— Esto te va a costar muy caro, por lo menos diez años. Pero si la niña muere, despídete de tu vida porque la pasarás enterita en la cárcel.

Luego llamó para pedir otro carro de ayuda para levantar el cuerpo de un menor lastimado.

Jorge abrazó a Andrés y con su voz serena y profunda le dijo:

— Andrés, eres un hombre de gran valor. Tienes que saber que nunca hubo violación, ni siquiera intento. Eso fue lo que vieron los que revisaron tu expediente. Muchos escribimos en favor tuyo. Esa niña pasó por el hospital pero cuando despertó no recordaba nada.

Luego le explicó lo que él había sabido en Urgencias: que se la llevaron a su casa tranquila, creyendo que se había caído en la calle y nada más... Tanto que el médico que la revisó pensó que la habían llevado por el desmayo como consecuencia de una caída. Finalmente le aseguró:

— En el informe médico no dice nada de violación. Así que gracias a ti no le pasó nada a la criatura y lo que la salvó, fueron tus gritos. Era lo único que podía asustar de veras a los torcidos que los intimidaban a ti y a Camilo.

Finalmente le propuso nuestro deseo:

— Tenemos que trabajar para que no se extiendan esas conductas y para eso la Educación es el camino. Por eso Selma y yo queremos que pienses en venirte con Patricia y claro que con tu madre y la de ella. Si trabajamos en grupo, crearemos poco a poco un núcleo desde el cual se impulse un movimiento amplio de protección para los menores en peligro.

— Piénsalo para realizarlo cuando termines el contrato que ya tienes firmado. Así en estos meses buscamos entre todos la mejor forma de una ubicación futura. Estoy seguro de que el estudio lo puedes hacer igualmente aquí. No importa si debes ir al final de cada semestre a presentar exámenes allá.

— Además queremos tener a Patricia cerca de nuestra hijita. Ya ves cómo se entienden de bien y, en cuanto a trabajo para ella, eso va a sobrar —Jorge se calló y enseguida nosotros tres nos reímos porque seguíamos oyendo la cháchara de ese par en el cuarto pequeño.

Andrés nos agradeció. Dijo que se iba con el corazón más liviano. Que seguro Patricia y él conversarían al respecto y también buscarían el consejo de esas madres benditas que Dios les había

dado. Si fuera necesario, volverían para hablar en un par de meses y concretar los pasos a dar hasta el traslado definitivo. Al final dijo algo que nos enterneció:

— Es la primera vez en mi vida que experimento la proximidad de un verdadero padre.

Llamé a Patricia para proponerle que preparáramos un cafesito y unos sandwiches para que no salieran con el estómago vacío. Felisa dijo que por qué Patricia no se quedaba. Que ella quería que pudieran ir otra vez juntas a la casa del piano de Camilo. El papi consentidor le dijo que él quería lo mismo pero que por el momento debíamos esperar porque la mami de Patricia la estaba esperando y entonces ella tenía que irse ya, pero que pronto iba a volver con esa mami para que no tuvieran afán de irse otra vez.

Así nos fuimos todos andando hasta la estación de los autobuses y despedimos a nuestros huéspedes de una noche, sintiéndonos todos verdaderamente una sola familia. Jorge, sin esperar ni consultar pagó los boletos mientras Andrés subía las mochilas. También puso en el bolsillo de Patricia "algo para la parada del camino". Ellos nos abrazaron repitiéndonos que estaban muy contentos de habernos visto; subieron sonrientes y nosotros quedamos satisfechos y pensativos a la vez con esa visita, mirando y haciendo adiós con la mano hasta que el bus arrancó.

De regreso paramos un par de veces para que Felisa y el papi apostaran una carrera en esos parques. Finalmente llegamos a la casa y recordamos que los Beltrán habían hablado de volver.

Entre los tres pusimos un poco de orden. Jorge estaba muy afectado por la historia de Andrés.

— Dios!, cuántas cosas pueden pasar a nuestro lado sin que lleguemos a percibir las llamadas de auxilio de una carita angustiada..., o furiosa... o con apariencia de 'no me importa nada'
—me dijo en voz baja poniendo su frente sobre mi hombro.

Ese pensamiento flotaba en nuestras mentes, cuando llamaron a la puerta.

Luis traía en la mano el mismo folleto que habían estado mirando con Jorge esa mañana. Directamente empezaron a hablar del asunto. Jorge le dijo que le parecía una buena cosa porque realmente el problema existía. El número de demandas en contra de los médicos crecía y no había abogados preparados para defenderlos. Los clientes en cambio tenían abogados de sobra para establecer pleitos y reclamaciones muchas veces injustas y los hospitales o los propios médicos terminaban pagando cuando los resultados de las operaciones o los tratamientos no llegaban al nivel de éxito que los clientes esperaban.

Me acerqué y Jorge me dijo que una universidad de prestigio ofrecía una capacitación especial para abogados graduados que se interesaran en el tema de responder demandas relativas a acciones médicas . Serían dos años de estudio serio con profesores de las dos áreas: el Derecho y la Medicina. Como dato curioso enumeraban casos de médicos que habían abandonado el ejercicio de su profesión para convertirse en 'abogados de médicos', por la vía de recorrer completamente la carrera de Derecho, lo cual era evidentemente un camino impracticable para cubrir la totalidad de tales litigios.

Luis y Camilo habían hablado al respecto y ambos concluyeron que ese era un campo perfecto para un cambio de vida en Luis, sin tirar a la basura todos los conocimientos y trabajo acumulados en tantos años. El gran tema seguía siendo la Ley pero en un campo casi desconocido para él, en el cual la Ley debía ser aplicada con profundo conocimiento de causa y defendida con inteligencia y honestidad. Desde lejos, ellos presentían que se trataba de un campo difícil y muy exigente, pero necesario.

Luis habló de averiguar si existían antecedentes en Europa antes de viajar a España, y si le convendría hacer allá el estudio o no, porque evidentemente le atraía mucho el asunto.

Jorge me dijo que el padre de Moisés, el niño que nació sin nariz, era de oficio abogado pero que sabía mucho de Medicina por asuntos de esta índole. Les contamos el caso a nuestros visitantes y se admiraron del hecho. Luis se decidió a que eso era lo que haría: comenzar por capacitarse. Volver a los libros y a las discusiones en niveles de ciencia y de práctica. Se daba un mes para elegir el lugar y matricularse.

Luego hablamos de nuestro trasteo. Pensábamos en elegir muebles y completar lo que faltara, antes de llevar las cosas. Así podíamos ir despacio pues nuestros trabajos y obligaciones en el hospital seguían siendo los mismos.

Camilo nos preguntó si podríamos alquilarle a él, el apartamento de Jorge, para que ellos dos lo ocuparan mientras se daban los pasos que Luis acababa de establecer. Luego volveríamos a hablar. Jorge les dijo que claro que sí. Él no había pensado al respecto, pero el apartamento estaba ahí y lo podían usar sin ningún problema. Ellos sabían más de esas cosas, así que les dejaba los detalles a ellos.

En cuanto a nosotros, pensábamos pedir a Camilo que si podría él dar unas clases a Felisa, en su propio piano, mientras la niña mataba la ansiedad que se había despertado en ella de aprender cómo se sacaba la música de un piano, como hacía Camilo. Porque no era como la grabadora, eso le parecía evidente pero no daba en dónde estaba el secreto.

Felisa oyó que hablábamos del piano y llegó corriendo. Se sentó al lado de Camilo para prometer que se portaría bien y que no haría nada sin permiso.

— Nada como qué? —le preguntó Camilo sonriendo

— Pues tocar esas tablitas blancas y negras si tu no estás contestó Felisa

— Esas tablitas se llaman teclas. Las podrás tocar todas después de que yo te explique cómo funcionan, contestó Camilo con toda tranquilidad.

—Y ¿cuándo me podrás explicar lo de las... tecas? —preguntó la alumna.

Camilo nos miró y Jorge le hizo seña de que cuando quisiera. Entonces él dijo:

— Qué te parece mañana, un rato corto, después de que salgas del colegio —hizo una pausa y agregó:

— Pero en esto siempre debe haber una mamá o una maestra en donde se da la clase a una niña. Son las normas que tenemos que cumplir los maestros de piano.

Yo pensé en la prudencia de esas simplezas. Estaba claro para la niña que ella debía estar acompañada. Y con nuestros tristes conocimientos al respecto, fue un alivio que se estableciera como un principio.

Felisa me preguntó si yo podía acompañarla y le dije que sí, por un rato corto, como había dicho Camilo. Jorge preguntó que si un papá podía estar cuando las mamás y maestras no pudieran.

Camilo dijo que sí. Pero como los papás siempre tenían mucho que hacer en su oficina, generalmente no podían sacar esos ratos, pero que claro que si ellos tenían tiempo, sí se podía.

Luis evidentemente se divertía con el diálogo. Felisa se fue de nuevo a su cuarto saltando como hacía cuando estaba contenta.

— Creo que acabo de conseguir un empleo —dijo Camilo riendo. Enseguida añadió:

— Realmente pienso que Felisa puede aprender muy bien a tocar el piano..., es más, con el muy buen oído que tiene y mirando esa forma inventada por ella de enseñar a cantar a los niños, yo creo firmemente que puede llegar a ser, sin dificultades, una excelente Directora de Orquesta.

Mirando a su padre, Camilo le preguntó:

— Qué sabes de la vieja tía Carlina, ¿murió?

— No creo. Es más, me parece haber oído a alguien hablar de que su hijo tomaba clases de piano con la vieja señora..., y estoy casi seguro de que se refería a ella —respondió Luis.

Camilo completó:

— He ahí otra posibilidad con la que no contaba.

Entonces, con estas soluciones inesperadas para los problemas de todos los presentes, hablamos de comer. De nuevo Luis y Jorge salieron en busca de la cena. Camilo y yo nos quedamos conversando mientras disponíamos platos y cubiertos en la mesa del comedor.

Llegaron los del mandado; comimos bien y nos reímos al repetir para Luis las historias de Patricia y de su inicio de noviazgo bien enjabonado. Luego quedamos de fijo en que ellos vivirían en el apartamento de Jorge y que algunas tardes Camilo ayudaría a Felisa a comprender el piano, sus partes y sus funciones y el trabajo del pianista que significaba mucho, mucho estudio.

Finalmente nos despedimos con el sentimiento de haber dado largos pasos en nuestros planes.

Vida de pianistas

Camilo recuperó a su tía. Carlina Montejo, una mujer de cincuenta y dos años bien conservada, dedicada a dar clases de piano a niños y mayores. Vivía confortablemente, con la compañía de una empleada que llevaba más de veinte años con ella, en una casa pequeña pero rodeada de una franja de jardín que amortiguaba los sonidos para los vecinos y le daba la oportunidad de ejercitarse con sus plantas y de leer novelas clásicas a la sombra de los árboles. Leer a sus autores favoritos le devolvía siempre los sentimientos y emociones de su juventud. El recuerdo de su hermana menor, la estrella de la familia, le producía tristeza. Nunca le hizo

confidencias pero ella sintió que Amelia no había sido feliz. Su sobrino, Camilo, hacía muchos años había dejado de visitarla y de practicar sonatas y vales al escondido de su padre. En esas ocasiones le hablaba de su sueño: llegaría un día, cuando él fuera libre, que recomenzaría a dedicar muchas horas al piano, que trabajaría a fondo para convertirse en un gran pianista y honrar la memoria de su madre.

Llegó el día de reencontrarse, ahí, en su jardín. Camilo le pareció todo un hombre a sus 21 años. Estudiante universitario. Quería retomar su propia educación musical, aunque de momento las prácticas no podrían ser tan intensas como él deseaba. Quería empezar de una vez aprovechando que la venta de la casa le había dejado dinero suficiente para sostenerse mientras terminaba su carrera,

Le habló de la muy reciente reconciliación con su padre. A grandes rasgos le describió el gran problema que él y su amigo Andrés tuvieron durante tres años y de los compradores de la casa y el acuerdo sobre el piano.

Finalmente le contó que estaba iniciando en el piano a la hija de esos señores, una niña muy bien dotada para la música. Se la traería cuando le contara toda la historia de esa jovencita de doce años, para que ella, con su larga experiencia, valorara las posibilidades reales y los dos pudieran hacer alguna sugerencia a los padres adoptivos.

En un mes Felisa aprendió con la enseñanza de Camilo, los nombres de las notas y sus relaciones con las teclas y con los sonidos, la distribución sobre el teclado, y la representación en papel de cada una. Ella tenía permitido levantar el recubrimiento del teclado pero no la tapa grande del piano. Eso solamente lo podía hacer una persona mayor y fuerte. Podía ser muy peligroso si ella lo intentaba y, entonces él no podría permitirle tocar las teclas. Además, mientras solo fuera para practicar la lectura de las notas y tocarlas en el teclado, no necesitaba el mayor volumen de los sonidos que se producía cuando el piano estaba destapado.

La felicidad de Felisa no tenía límites. Con la ilusión de practicar en el piano, hacía sus trabajos apenas llegaba y estaba lista para salir con la mami. Felisa tuvo que pasar una semana sin ir a la casa porque estaban pintando las paredes y limpiando todo y la semana siguiente tampoco pudo tocar en el piano porque fueron los días de llevar el trasteo y organizar los cuartos, los armarios y demás cosas. Todo esto sirvió mucho para aterrizarla sobre lo que significaba responder por una casa ordenada y limpia, aunque a veces fuera necesario sacrificar otros deseos.

Nosotros decidimos dejar mi apartamento disponible, pensando en Andrés y Patricia y las dos mamás. Que al menos a su llegada tuvieran en donde acomodarse, porque ellos habían tomado ya la decisión de volver a vivir en Monteverde y Patricia tenía lista su carta de renuncia para presentarla en la fecha oportuna, de modo que se cumpliera el preaviso correspondiente.

Finalmente estuvimos instalados. La casa estaba acondicionada para que a las alcobas más retiradas no llegara el sonido del piano. Así que en una de esas alcobas instalamos un cuarto para estudiar y realizar los trabajos aburridos de escritura y corrección de informes. En ese estudio pasábamos, aislados y concentrados, los ratos diurnos de trabajo urgente.

Camilo estaba un rato corto tres veces por semana, para revisar los adelantos de Felisa y darle ejercicios que fundamentalmente eran: reproducir de memoria en el teclado algunas frases musicales y cuando ya no se equivocara, pintar las notas en el pentagrama. También el trabajo inverso: leer las notas ya escritas y tocarlas al piano.

Dentro de este método atípico de enseñanza, el profesor Introdujo el manejo de los tiempos y enseñó a su alumna las variaciones de escritura y los signos y nombres correspondientes.

Otro ejercicio que los vi hacer juntos consistía en: poner la grabadora con una tonada. Luego ir paso a paso escuchando y tocando las notas. Luego escribirlas. La niña observaba y seguía

los sonidos, el movimiento de las teclas y finalmente los signos en el cuaderno... Era un rompecabezas que le encantaba. Lo último era comprobarlo tocando el piano mirando directamente los símbolos escritos en el pentagrama.

Camilo me dijo: Cuando sea capaz de hacerlo todo ella sola con una canción nueva, nos vamos a la casa de la tía Carlina para que nos dé su opinión. Ella tiene una percepción clarísima del potencial musical de un niño. Después, es necesario que ustedes piensen mucho qué puede ser lo mejor para ella. A veces tener un prodigio no es el ideal. Puede convertirse en un sacrificio muy duro para el niño.

Un día me contó que él estaba trabajando con el piano en casa de su tía todos los días y que lo disfrutaba mucho...

—De alguna manera, creo que soy más feliz así que como sería si ya fuera un pianista de renombre, sin vida propia..., pero, de todos modos, también se necesitan los artistas para alegrar este mundo.

Felisa se convirtió en alumna aplicada de la tía Carlina. Ella la quería mucho y nos decía que no la presionáramos de ninguna forma. Era importante que continuara su enseñanza de canto a los niños. Ése era para ella el equivalente de utilizar su propia voz. En el futuro la tía imaginaba una escuela de canto para niños como el ambiente apropiado para nuestra Felisa. Nosotros coincidimos en ello.

Luis Beltrán después de hacer averiguaciones decidió inscribirse aquí en el país, en el curso de Defensores de Médicos, o un nombre más circunspecto pero que significaba eso. Se matriculó en cuanto fue posible hacerlo, para el período que comenzaría en febrero del siguiente año. Apenas empezaba noviembre de modo que faltaban dos meses largos antes del inicio de sus estudios de post-grado.

Luis resolvió hacer en ese tiempo su tan pensado viaje a España para buscar a sus primos y darse un poco de mundo antes de volver a recomenzar la vida en su país. Camilo lo apoyó. Arreglaron sus

cuentas y Luis sacó pasaporte y compró tiquete en un barco de pasajeros que zarparía el día veinte con destino a Valencia.

Andrés y Patricia estaban a poco más de dos semanas de volver. Solamente me preocupé de que en mi apartamento, además de los muebles de la alcoba doble, hubiera dos camas sencillas libres que irían en la sala, para las mamás, y frazadas suficientes para todos. Al fin la cocina incluía el espacio del comedor que bien les podía servir para sentarse a conversar. La sala era un buen cuarto separado y con puerta que lo independizaba del resto, así que serviría muy bien de alcoba para esas dos mujeres madrugadoras.

Felisa preparaba a los niños para cantar unos villancicos en Navidad. Lo harían en la Casa de la Esperanza durante los ocho primeros días de la novena del Aguinaldo y en nuestra casa la Noche del 24. Camilo le ayudaba con gran interés y se mostraba muy cariñoso con los niños y fraternal con todas las personas del servicio. La Hermana Marta estaba feliz con las novedades de la celebración. Como gran invitada de honor tendríamos a la tía Carlina. Jorge y Camilo irían en el carro a traerla al comienzo de la noche.

El día diecinueve de diciembre aparecieron los viajeros con una buena cantidad de bártulos. Traían de una vez todo su trasteo. Fue toda una algarabía el recibimiento y la instalación de esos cuatro. Antes de la hora de la novena ya tenían todo arreglado y en el cuartito que fue de Felisa, habían metido lo que no necesitaban de momento. Ahí podía esperar hasta la ubicación definitiva.

Las fiestas estuvieron muy amenas y familiares. El tres de Enero celebramos los trece años de nuestra niña. Comenzaba a verse como una señorita. Camilo no le quitaba los ojos de encima. Jorge la miraba emocionado sin dejar de observar de reojo al maestro de piano. Patricia rompió el encantamiento y sin más fue a sentarse al lado de la cumpleañera para darle consejos sobre cómo mantener a los chicos a distancia. Después de apagar velitas y partir una torta, Camilo y Felisa tocaron unos valeses a cuatro manos. Todos nos sentimos muy emocionados.

El tiempo que se desboca... y retrocede

El comienzo del año se deslizaba rápidamente. Felisa tocaba al piano un poco pero estaba más calladita que de costumbre. De pronto nos dimos cuenta de que Camilo no había vuelto.

Al cuarto día de ausencia, Jorge medio en serio, medio en risa me dijo:

— Creo que tengo que hablar con mi yerno. ¿Cómo que decide desaparecer?.

Me demoré un poco en comprender... luego tuve que reírme de mí misma. Pensé: "no somos nosotras las más intuitivas en las cosas del amor..." Volví a pensar y entonces me preocupé: "si Jorge lo dice es porque la cosa es en serio".

Hice cuentas y al final me tranquilicé... Él le lleva ocho años... No es mucho. Se trata de que vayan lentamente... Volvía la preocupación a mi cabeza y volvía la serenidad... Pero no es tan terrible... Llegó la hora de hablar, de cuidar, aconsejar y confiar.

Esa noche cuando hablamos, Jorge me dijo:

— No es ningún crimen que un joven descubra que la niña de ayer, hoy es una bella mujer. Tampoco hay nada de malo en que la niña se sienta emocionada porque un guapo galán la mira. ... Lo que tenemos que hacer es hablarlo así con ellos.

— El misterio hace que las emociones nos engañen en cuanto al nivel de nuestros sentimientos. El secreto incrementa ese misterio y a veces lleva a los chicos a catástrofes que son perfectamente evitables sin necesidad de acudir al temor por castigos procedentes de ... lo que sea que nos asuste.

A la mañana siguiente, Jorge salía en plan de buscar a Camilo. En la puerta le pedí que trajera un poco de pan para el desayuno. Escuché la puerta al cerrarse. Medio minuto después se volvió a abrir y Jorge entró con un papel en su mano:

— ¿Sabías que tenemos un buzón?... , pues yo lo había olvidado
—me dijo riéndose mientras me entregaba el papel— para que...,
—y añadió en voz baja:

— Lo comentes con personas que pueden estar interesadas'.

En voz alta anunció: — Voy por pan —y salió.

No pude menos que reírme. —Este hombre tan serio y tan seco es un payaso—. Pensé.

El papel era una breve carta de Camilo, escrita hacía tres días:

"Mis amigos, anoche encontré noticia de que mi padre llegaría en tres días al puerto y que venía un poco enfermo. Salí inmediatamente a tomar un bus. Acabo de llegar. El barco está entrando en la bahía. Les contaré. Un gran abrazo. Muy especial para la cumpleaños. Camilo."

Me acerqué a Felisa y le dije que el papi había encontrado esa carta en el buzón. Seguro estaba ahí desde hacía dos días. Ella la leyó y respiró hondo;

— Entonces hoy debe estar por llegar otra carta o ellos mismos, si se vinieron enseguida que Luis se bajó del barco —me dijo emocionada.

Quiso ir con la carta a mostrársela a Patricia.

— Mejor espérala. Ella viene con Adela para ayudarnos a arreglar todo aquí —le dije y la invité a que miráramos el orden de su cuarto mientras llegaba el papi.

Cinco minutos después llegaron el papi con el pan y Andrés con sus tres mujeres. Felisa sonreía con toda su cara. Patricia la miró y le dijo:

— ¿En dónde está? —Felisa le enseñó la carta. Patricia dijo:

— ¡Ah!, pobre. Yo echándole pestes y él ayudando a su viejo!

Jorge las llamó al orden:

— El desayuno no se hace solo ni se sirve él mismo, señoritas. Todo el mundo debe ayudar —sentenció con una voz no muy autoritaria, más bien un tris burlona y acercándose me dijo:

— Con esta cuadrilla tenemos para defender todos los frentes. No te preocupes. —Pensó un poco y:

—Deberíamos llegar hoy juntos al trabajo. Así repartiremos abrazos de Año Nuevo. Abrazos muy formales, de pura conveniencia —dijo para mí y para los otros avisó:

— ¿Puedo pedirles que acompañen a Felisa mientras nosotros vamos al hospital?, porque hoy es día normal de trabajo. Regresaremos para la hora del almuerzo. Si no podemos, les haremos llegar un recado. De todos modos, ésta es su casa.

Andrés contestó que claro que sí y Adela se me acercó a preguntarme por el almuerzo. Yo le dije que buscara a ver qué se podía preparar y si faltaban cosas, podían salir con Felisa hasta el mercado para conseguir lo de la ensalada, por ejemplo. Jorge le dio a Adela un dinero para lo que se ofreciera. Otilia me dijo que ella se encargaría del orden y de los pisos y la ropa.

Yo le dije que no tenía que hacerlo todo de una vez. Que no se fatigara demasiado porque no había urgencia.

Salimos los dos en carro para el hospital. Yo iba en mi puesto de esposa del conductor, a su lado, muy seria pero pendiente de las miradas de quienes nos detectaran al entrar.

Los porteros sonrientes y amigables.

—¡Feliz Año doctor Guerrero!,

—¡Feliz Año enfermera Pinzón!

Fueron saludos muy alegres seguidos de abrazos cordiales.

Subimos a la Dirección. Varias amigas salieron a saludarme y Jorge continuó solo. Seguía siendo el mismo de siempre. Ellas, prudentes no dijeron ni una palabra, pero yo les hice un guiño y como gran confianza les conté en voz muy baja:

— Nos casamos y adoptamos a Felisa, la niña de las cirugías faciales.

Señalando con el dedo hacia la puerta por donde Jorge había entrado, añadió:

— Ustedes lo conocen. No le gusta generar alborotos. Por eso no hubo fiesta ni invitamos a nadie.

Ellas me abrazaron con una emoción inmensa y verdadera. Estaban contentísimas. Enseguida me apresuré hasta la puerta de la Dirección. El propio Director se acercó a saludarme con una sonrisa llena de simpatía:

— ¡Mi señora! —me dijo—. Créame que me alegro en el alma. Los felicito a los dos.

Yo le agradecí y le deseé el Feliz Año.

Enseguida nos expuso que esa tarde deseaba ofrecer un coctail para todo el personal por el Año Nuevo y que aprovecharía la oportunidad para informar a todos de nuestro matrimonio. Jorge aceptó y le agradeció esa gentileza que le ahorra a él hacer directamente las aclaraciones.

— Tú sabes que soy malo para los protocolos sociales. Me haces un inmenso favor —le dijo.

El Director contestó que había habido rumores y que él había pensado que ojalá fueran ciertos pero a la vez se alegraba de no haber sabido explícitamente nada de eso. Así seguía siendo libre de tratarnos como siempre, sin que pareciera una comedia, y sobre todo por el problema de las amigas de su esposa, siempre preocupadas por el solterón del hospital. Ahora ya se quedarían tranquilas, aunque él no sabía qué tan contentas...

Nos fuimos cada uno a nuestro lugar. Rápidamente empezó a llegar la gente a mi puesto en Pediatría. Todos tan amables y sencillos y de verdad alegres por mí. Luego varios dijeron que ese interés tan especial de nosotros dos por la niña de las operaciones de la cara,

les había parecido como asunto de adopción... y claro, de matrimonio.

Al mediodía Jorge me mandó decir que nos encontrábamos en la salida a las doce y media.

—Vamos a la casa a almorzar porque el coctail es a las seis y no podemos dejar a la gente esperándonos allá todo el día —me dijo cuando subí al carro.

Por el camino comentamos de nuestros colegas y sus felicitaciones:

—Todos en su estilo se esforzaron por conservar la compostura —me dijo.

Lo sentí tranquilo y contento. — Gracias a ti dejé de ser un buen partido —expresó como si se hubiera aliviado de un dolor de muelas.

Bajó la voz para decirme con gran dulzura: — Eres mi sol naciente. Te amo mucho. Yo acaricié su mano. No supe decir sino

— Te amo.

Llegamos a la casa. Había llegado el correo. Camilo decía que debían pasar la noche allá hasta que el médico revisara de nuevo a Luis en la mañana siguiente. Si todo iba bien, se volverían después del paso del médico. Eso significaba el día anterior, contando un día para la llegada del correo desde el envío de la carta. Jorge decidió de inmediato poner un telegrama al hospital del puerto preguntando por la situación del paciente Luis Beltrán. Pedía respuesta a su nombre en Urgencias de nuestro hospital. Media hora después nos llegó el recado. El paciente había salido en la mañana en condiciones convenientes para viajar. Estarían llegando hacia el amanecer del día siguiente. Andrés enseguida dijo que él iría a esperarlos a la estación de autobuses desde el anochecer. Que no habría ningún problema.

Así almorzamos y les contamos de la reunión en el hospital para comienzo del Año a la cual debíamos llegar puntuales. Las mujeres

respondieron que ellas se quedarían cuidando de nuestra adolescente como si fuera bebé. Todos nos reímos.

Regresamos a las diez de la noche. Adela nos abrió la puerta en cuanto escuchó nuestros pasos y nos informó que Andrés estaba en la Estación desde las nueve y que Felisa dormía profundamente.

Muy temprano Jorge salió en el carro. Fue primero a la estación y efectivamente llegó diez minutos antes que el autobús esperado. Entonces, una vez que los viajeros estuvieron en tierra firme, los hizo subir a todos y, a petición de Luis los llevó a ellos a su apartamento en donde constató que tuvieron café, pan y leche como mínimo para desayunar y volvió a la casa con Andrés. Nos dijo que Camilo le prometió que él llegaría a nuestra casa antes del mediodía, así fuera solo, en el caso de que su padre se sintiera medio mareado y quisiera permanecer en la cama.

Otilia quería ir para atender a Camilo y a su padre. Estuvimos de acuerdo en que lo hiciera después de las nueve de la mañana. Nosotros salimos para el hospital a las ocho y recomendamos juicio a las que se quedaron levantadas porque Andrés, trasnochado, aprovechó para dormir como un niño mimado.

Cuando volvimos por la tarde encontramos a Camilo y a su padre conversando alegremente con Adela, Felisa y Patricia. Andrés y su madre se habían ido para organizar el apartamento y construir un plan de acción para ellos.

Esa tarde teníamos tres objetivos bien definidos: Consecución de un contrato para Andrés y otro para Patricia y pensar entre todos cuál sería la mejor ubicación de una vivienda adecuada para ellos. Si la pareja en una casa y las madres en otra, o si todos en una casa suficientemente grande para que cada uno disfrutara de libertad y, a la vez, de las ventajas de vivir bajo un mismo techo.

Fuimos logrando metas intermedias: Patricia entró para un reemplazo de tres meses en el hospital, en el puesto de una enfermera que había dado a luz gemelos. Andrés, gracias a la recomendación escrita del ingeniero, había sido contratado como

maestro responsable para unas reparaciones locativas de un colegio. Las madres continuaron buscando casas y apartamentos en arriendo en barrios populares, porque ese era el ambiente en donde ellas sentían que podían desenvolverse mejor.

El tiempo inexorable, nos arrastraba a medio que abandonábamos el ritmo establecido o nos distraíamos en cosas que no debían habernos sacado de nuestro itinerario previamente marcado.

Con el conocimiento de nuestra situación de padres adoptivos, recibí varias veces y desde diferentes personas y puntos de vista, preguntas relacionadas con el origen de Felisa. Era algo que no me había preguntado nunca a mí misma.

Alguien me dijo:

—Empezando por ese nombre. ¿De dónde lo sacaron?, porque no es muy común.

Entonces comencé por buscar en el santoral a 'santa Felisa' y encontré una beata y una santa de ese nombre, pero ninguna cuya fiesta fuera en enero, dado que es costumbre poner a los niños el nombre del santo del día de su nacimiento.

Un día que tuve libre fui de visita a la Casa de la Esperanza y conversé con la hermana Marta. Le conté mi inquietud y la curiosidad de la gente. Ella me dijo que la niña fue dejada en la puerta entre unos periódicos, pero que sobre la piel tenía, a modo de pañal, una funda de almohada en la cual, con lápiz pero muy repintado, con letras irregulares y separadas, como de un niño o de una persona muy temblorosa, se leía sin dejar ninguna duda la palabra 'felisa', y que ella pensó que sin duda la madre, a punto de morir, les dejaba así el nombre que quería para su bebita. Por eso la bautizaron Felisa Casae, porque Casae era el apellido de los huérfanos de la Casa de la Esperanza, mientras aparecían los padres o alguien los adoptaba, o llegaban a los dieciséis y elegían el suyo.

También me dijo que esa funda estaba sin duda con el expediente de Felisa. Que la buscaría porque era muy grande la cantidad de paquetes que había que remover y me la tendría para nuestra próxima visita.

De todo esto me gustó que hubiera una santa con ese nombre. Significaba que era intencional esa escritura sobre un trapo que usaron como pañal.

— Algo es algo —me contestó Jorge esa noche cuando le conté. No lo vi muy preocupado por el asunto, pero la cuestión había despertado mi curiosidad y decidí continuar hasta donde me llevara ese hilo...

Adela estuvo en mi casa una tarde para proponerme el plan que ella y Otilia querían presentar a sus hijos, si a mí me parecía bueno:

Primero: que ellos dos arreglaran conmigo un arriendo por el apartamento para ellos solos, como matrimonio.

Segundo que Otilia y Adela, habían visto una casa pequeña con un solar grande en donde podían sembrar legumbres y también hacer algo como arepas para vender. Que necesitaban una ayudita para entender bien el contrato y firmarlo. Y, sobre todo que entre las dos querían hacerse cargo de mantener mi casa y el apartamento de los Beltrán limpios y ordenados. Eso por lo menos. También se podría que se turnaran para prepararnos las comidas. Por las noches siempre dormirían en su casa, a menos que por alguna razón especial, nosotros necesitaríamos que se quedaran en nuestra casa, por ejemplo para acompañar a Felisa.

Imposible un proyecto mejor elaborado y sustentado. Cuando pregunté cuánto les pagaríamos por la ayuda de la casa me dijeron que eso podía ser por la comida de esos días. Les dije que así no se podría porque alguien nos demandaría por abusar de ellas. Que claro que me servía mucho esa ayuda pero pagando lo que se acostumbra. Y ahí forcejeamos y llegamos a un acuerdo demasiado bueno para nosotros. Entonces fuimos a mirar la casa que querían tomar en arriendo, para después seguir a recoger a Felisa.

Esa noche conversé sobre el asunto con Jorge.

— Tú y tus amigos no acabarán nunca de asombrarme —me contestó sonriendo—, el sábado miramos ese rancho y lo tomamos en alquiler. Después vendrán las legumbres y los aseos —y se durmió.

Todo comenzó a rodar. Luis comenzó su estudio, Andrés su contrato y sus apuntes rigurosos, Patricia empezó a hacer amigas en todos los departamentos del hospital, Camilo seguía con su piano y sus contabilidades, Jorge y yo con nuestras rutinas.

Felisa ingresó al primer año de Secundaria. Decidimos que fuera la secundaria más próxima a la Casa de la Esperanza, por aquéllo de la protección en las idas y venidas, pues tres niñas comenzaron a la vez y siempre las acompañaba una de las ayudantes a lo largo de cinco cuadras que separaban la escuela y el hospicio. Al llegar, cuando las tareas no eran muchas, Felisa ensayaba algún canto con los niños. Era un momento feliz para todos. Uno de nosotros la recogía por las tardes.

Al final del mes, Adela y Otilia tenían limpio su lote; andaban desmenuzando la tierra para formar las eras y regar las semillas.

Cuando menos pensé, el semestre llegaba a su fin. Felisa en vacaciones. ¿Qué programa seguir?

La tía Carlina encantada de tenerla a diario, le ayudó a progresar en el piano y también en adoptar una especial soltura para indicar al coro el momento y las cadencias sucesivas de sus entradas. Una vez por semana reunían en nuestra casa a todos los vinculados con la Casa de la Esperanza, para presentarles los avances en una velada musical.

Comenzó a circular el rumor de los logros de ese coro de niños huérfanos. Terminadas las vacaciones, Jorge se sintió mejor al ver que todavía no aparecía un éxito inmanejable en la vida de Felisa y que ella volvía contenta a sus rutinas de estudio no muy espectaculares.

—Tratemos de que los niños canten como ángeles, pero evitemos en lo posible que los periódicos lo publiquen —me dijo. Así siguió nuestra vida.

En el hospital se dieron algunas operaciones muy exitosas del Cirujano Plástico. Habíamos decidido que él me mandaría llamar solamente cuando se tratara de niños o en algún caso excepcional. Así estuvo muy bien para ambos. Pudimos mantenernos sin alteraciones en nuestros respectivos campos, trabajando en el mejor nivel que nos fue posible.

Camilo nos dijo a los dos que él no podía negar que Felisa se estaba convirtiendo en su ideal permanente pero sin que pudiera dársele el nombre de obsesión. Que él soñaba con el tiempo en el cual pudieran hacerse realidad sus más caras ilusiones y que le parecía que ella también se inclinaba hacia él pero que todavía no se había pronunciado ninguna palabra explícita sobre amor y que nosotros podíamos contar con que él sabría esperar hasta descubrir nuestra señal de que había llegado el momento de establecer el comienzo de una relación formal.

Una tarde volví a visitar a la hermana Marta. Ella había buscado y me entregó el expediente completo de Felisa. Me dijo que si no me molestaba, ella prefería que yo me lo llevara y solamente en la casa lo abriera y lo estudiara. Que podía devolverlo o solamente sacar un esquema de su contenido para que reposara en el archivo definitivo de la Casa de la Esperanza. Le prometí formalmente hacer ese esquema y un resumen de lo logrado hasta que la niña fue adoptada, sin dar nombres propios de los padres ni de otras personas involucradas en todo el proceso.

Felisa se convirtió en una joven linda. Con las leves cicatrices de sus operaciones, no disminuía en absoluto la claridad de su mirada y el encanto de su sonrisa, ni dejaba de impresionar su profunda y perfecta percepción de las variaciones musicales más finas y delicadas, aunque su voz persistía muy limitada, siempre dentro de los tonos bajos poco agradables al oído.

El coro de los niños fue ampliando sus cupos a niños bien dotados en ese campo, cuyos padres aceptaran las reglas de absoluta igualdad entre los participantes, del compañerismo y buen trato hacia todos, sin ningún tipo de discriminación por ninguna causa. Los desacuerdos debían ser siempre superados por los mismos niños o, con ayuda de los mayores, pero siempre en un buen pie de respeto mutuo.

Camilo Beltrán se hizo el prometido formal cuando Felisa cumplió diecisiete años. Él tenía en ese momento veinticuatro.

En el ínterin Luis Beltrán se convirtió en un abogado muy bien preparado para comprender las dificultades que llevaban a los clientes a demandar a sus médicos y las razones o sinrazones que tales pleitos involucraban. Muchos de esos problemas pasaron por su escritorio y llegaron a buen final.

Así el tiempo corrió como loco hasta que una mañana... pareció retroceder... veinte años.!

Nueva amistad

El 'Expediente de Felisa Casae' llegó conmigo a la casa y antes de nada, yo lo metí en una bolsa nueva, más grande, lo cerré bien y lo guardé en mi armario con una sola palabra encima, imitando el "f e l i s a" de la escritura interior:

Los acontecimientos exteriores comenzaron a absorbernos: el grado de Contador Público de Camilo, el grado de bachiller de nuestra hija, el grado de 'Maestro de obra calificado' de Andrés, el matrimonio de Andrés y Patricia y el anuncio del matrimonio de Camilo Beltrán y Felisa Guerrero para seis meses después...

A mi lado tenía tres mujeres mayores que eran mis hadas madrinas en todos los apuros; Carlina Montejo, Otilia Ventura, Adela Muñoz y además la hermana Marta quien siempre estaba lista para darnos una mano. Ellas sostuvieron mi equilibrio mental que había perdido su base de sustentación. Jorge mismo me miraba como

desde otra orilla. Yo veía tristeza en sus ojos y no acababa de saber por qué... Así y todo, cada día volví a escribir. "Mi cuaderno y mi lápiz", me decía yo, "son mis armas para sobrevivir. Después volveré a leer y entenderé. Hoy solo escribo". Sí. Así fue:

He aquí lo que comprendo hoy que estoy sobre mis pies otra vez y que siento el brazo de Jorge apretando mis hombros:

.....

Dos días después de haber guardado el expediente de Felisa, yo iba por la calle. Quería llegar hasta la casa-huerto de Otilia y Adela cuando me llamó alguien.

— Señora... por favor... —era una súplica con una voz que me recordaba a alguien a quien yo amaba... pero quién era?, yo no lo sabía.

Me detuve y miré hacia el lugar. .. Un árbol movió una de sus ramas y detrás de ella vi una cara de una tristeza infinita... me acerqué. Ella, era una mujer, no me quedaba duda. Además esa mujer tenía unas facciones que yo conocía, una forma de los pómulos que yo había tocado muchas veces, unos ojos que miraban más allá de mi, a través de mi...

— ¿Quién eres? —pregunté

— Verónica, la hija mayor de Felisa —me contestó

— Y dónde está Felisa tu madre? —pregunté

— Ella se fue y nos dejó solas —fue la respuesta

— A quiénes dejó solas a ti, Verónica y a quién más? —volví a preguntar yo

— Pues a Tami, mi hermanita —respondió Verónica

— Y cuántos años tiene Tami? —pregunté

— Solo catorce. Pero ella también se fue. Ahora yo estoy sola.

— Y tú, Vero, ¿cuántos años tienes? —Volví yo

— Yo, diecisiete, tengo hambre. Yo no pude salvar a la bebita

— ¿Cuál bebita? —pregunté.

Vero habló de seguido en forma de preguntas y respuestas:

— Esa chiquitica con la carita hinchada. ¿no es cierto que ellas están en el cielo?, ¿me puedes ayudar a mi a ir al cielo?quiero estar con ellas. El viejo me odia. Me da miedo verlo...

— ¿Cuál viejo? —pregunté

— Ése que se casó con Felisa, nuestra madre —me respondió

— Y la bebita de la cara hinchada en dónde está? —le pregunté

— Yo la dejé en la puerta. Una señora de negro la recogió. Yo me fui a ver a Tami. Tami se fue al cielo. Yo tuve miedo, mucho miedo del viejo... ayúdeme, por favor!

En ese momento reaccioné y levanté a Verónica que se había sentado en el suelo y la metí a la casa de Adela y Otilia y le di leche y pan que había en la cocina. Ella comió y se durmió muy estirada en el piso.

Yo no sé cuánto tiempo me duró la lucidez del momento. El suficiente para esperar a Otilia y Adela y pedirles que le arreglaran una camita así fuera de paja para que Verónica descansara. Que estaba demasiado débil. Esas mamás fueron muy buenas enfermeras. Me alegra mucho que esto me haya sucedido cerca de la casa de ellas.

Lo siguiente lo escribí después de mirar el expediente de Felisa:

1. Un trozo de una hoja de periódico arrugado y un trapo blanco curtido por el tiempo, pero sin manchas de ninguna clase. En el pedazo de la hoja de periódico se lee la fecha: *14 de septiembre de 1937* y un título pequeño que dice:

P. J. López. Sospechoso de la desaparición de la joven Felisa Corrientes y su pequeña hija Verónica de tres años.

2. En el trapo está escrito con lápiz y repasado dos o tres veces, el nombre **f e l i s a**, nada más.

3. En un sobre, la partida de bautismo de mi Felisa: 4 de enero de 1951”

¿Cómo pudo estar al tiempo en el mismo lugar el cuerpecito recién nacido y moribundo de mi Felisa y una hoja de periódico catorce años anterior a ese día?

Entonces..., Verónica era hermana de Tami y Tami fue la mamá biológica de mi Felisa y otra Felisa a su vez había sido la madre de Verónica y de Tami. Cuando dio a luz , puesto que supo que había sido niña y sentía que iba a morir, Tami quiso que su niña llevara el nombre de su madre. Pero ¿por qué Tami a los catorce tenía esa hoja de periódico? o ¿Verónica?, a los diecisiete años? Y ¿quién era el padre biológico de mi Felisa? Y luego me perdí de nuevo. Y comencé a ver ‘al viejo’, yo también y a tener miedo y a temblar por Vero, porque a ella no la volví a ver.

Jorge me dice que han sido tres meses de sufrimiento terrible para mí y para todos los que me aman. Que Verónica está muy mejorada, en manos de los psiquiatras más hábiles y comprensivos. Que es una mujer increíblemente lúcida y resistente. Que yo soy su sol naciente, que ya me ve mucho mejor y que este escrito de mi puño y letra es de gran ayuda para descubrir cómo puede evolucionar la mente ante situaciones de extremo sufrimiento sin derrumbarse.

Nuestra Felisa solamente sabe que su mami ha estado con problemas cerebrales. Comprende la gravedad y está segura de que Dios sí existe y va a sanar a su mamá. La hermana Marta le ayuda a rezar un poquito. Eso sí ella y Camilo siguen enseñando a cantar a los niños. La tía Carlina quiere estar con ellos y ayuda un poquito a los menos buenos para que den el tono. Todos la quieren.

Bueno. Hoy me siento bien abrazando a Jorge y con él a nuestra niña. Nos reímos y me levanto sabiendo, por el relato de Jorge, todos los diagnósticos y los tratamientos que recibí y compartiendo

con él la certeza de tener en lugar seguro a Verónica, una tía aún no presentada en la familia. Entonces ahora tenemos dos tías: Carlina y Verónica.

Vimos a Verónica. Ella me abrazó y me dijo que yo la había salvado porque estaba volviendo a ver el fantasma del viejo y yo lo saqué corriendo. Todos estos grandes problemas son problemas de fantasmas. Lo que pasa es que si no los descubrimos, pueden matarnos, pero si conocemos sus mañas, los dominamos y dejan de tener fuerza para asustarnos, le expliqué; yo estaba convencida de que se trataba de un fantasma.

En medio de estos sucesos y diálogos que no terminaban en mi cabeza, yo me decía: "La cosa es que debemos quemar esos papeles y trapos horribles. Dejar solamente lo que sigue sirviendo como las fechas de nacimiento, los nombres de los seres que sabemos nos aman y los que los amaron a ellos... eso es. Los fantasmas que se asusten y se engañen entre ellos. Ya los conozco. No volverán a engañarme"...

En la realidad no llegué a cumplir ese plan y los papeles siguieron en donde estaban. Mi memoria los olvidó ...

Los doctores dicen que Verónica puede vivir bien en donde está hasta que ella quiera. Después, ella misma manifestará cómo y dónde quiere estar. Lo único que Vero no acaba de comprender es que nuestra Felisa es la sobrina suya, la bebita que nació con la cara hinchada y que se mejoró completamente y va a casarse.

Salgo de mi extraño viaje para disfrutar los preparativos de la boda de Camilo con nuestra niña. La tía Carlina lleva el control, Adela y Otilia revisan el ajuar y lo que llevarán al viaje de bodas; Andrés y Luis son los cargadores de bultos y maletas y Patricia es la supervisora general. Faltan cuarenta y siete días para la gran fiesta.

Alguien llega del mar

Estamos a veinticinco días del suceso. He vuelto a mi trabajo en el hospital pero solamente en las mañanas, por prescripción de los médicos. Me siento bien.

Ayer un señor llegó a Urgencias preguntando por los heridos del puerto.

— ¿Cuáles heridos?, le preguntó la enfermera que estaba a mano. Él sacó una lista de personas, algunas de las cuales tenían una señal hecha a mano en el margen izquierdo:

— Los que están marcados —dijo el señor.

— Ninguno de ellos ha venido por aquí. Seguramente los llevaron a otro hospital en alguna ciudad más cercana del puerto —le contestó la enfermera después de revisar todos los nombres de ingresados recientes y comparar con la lista del caballero. En ese momento la enfermera miró mejor la lista que presentaba el recién llegado y vio que la fecha estaba bien en cuanto al mes, pero el año que figuraba en ella era el año anterior. Prudentemente ella le pidió que esperara y me llamó a mi que estaba cerca, para mostrarme esa lista y explicarme el asunto tan raro...

Yo le dije que mejor preguntara al señor si estaba seguro de la fecha. Él miró de nuevo su libreta y se quedó como en el aire. Después dijo:

— Ah!, otra vez lo mismo. Me despierto pensando que tengo que ir al hospital a preguntar por ellos. Mi memoria no quiere aceptar los hechos —y se levantó en plan de salir.

Yo me acerqué y le dije que no se fuera, que conversáramos un poco. Que a mi me estuvieron pasando cosas similares por varios meses y que por eso creía que le podía ayudar. Que nos sentáramos a tomar un café como viejos amigos.

En la cafetería le dije mi nombre y él me dio el suyo.

— Soy Jaime Riot, llegué hace un año y me salvé por una casualidad de un accidente tremendo que tuvieron todas estas personas cuando bajábamos...

— ¿qué tipo de accidente? —le pregunté y enseguida él empezó a hablar:

— El accidente, para mí, sucedió así: Estábamos en cubierta listos para bajar. Yo acababa de recordar que había dejado mi reloj en una repisa y me devolví a recogerlo. Cuando estaba a punto de tomar mi reloj, el golpe me hizo caer al pie de esa repisa, dentro del barco. Yo perdí el sentido. Cuando abrí los ojos, estaba solo en el mismo sitio. Todo estaba oscuro. Me paré y traté de salir pero no encontré por dónde. Me entró pánico.

— Todos los que iban a comenzar a bajar por la escalera fueron golpeados y lanzados al agua porque un remolcador, no sé por qué, se acababa de incrustar en el costado exterior de nuestro barco. ... Solamente sé que desperté en una camilla en la entrada de un hospital.

— Pregunté y me dijeron que había habido un choque terrible y que todos los heridos estaban en el hospital. Que yo me había salvado de chiripa, que le diera gracias a Dios porque no tenía ni un hueso roto. Me levanté, les agradecí y salí al puerto para dar una vuelta.

— Bueno señor Riot y usted ¿a qué venía?, ¿Tiene familia aquí?, ¿ha logrado encontrar a alguno de los que busca? —le pregunté.

— La verdad yo no lo sé. Digo que me llamo Jaime Riot, porque eso dice el pasaporte que tengo en mi bolsa. De veras yo no sé ni si ése es mi nombre de verdad. Lo que sí sé es que yo vivía en esta ciudad antes de que mis padres me obligaran a irme con ellos cuando tenía dieciséis, hace casi veinte años. También sé que tengo dinero porque mis cheques son aceptados y en el Banco me saludaron con respeto cuando me presenté a ver si servían esos cheques —contestó él con mucha claridad y seguro de lo que decía. Yo opté por hacer las preguntas más elementales y darle confianza.

— Bueno, Jaime, vamos a ser amigos. Te ayudaré a saber primero quién eres y segundo a qué viniste —le dije

— Pues no sé bien quién soy pero sí sé que vine a buscar al amor de toda mi existencia a ver si está viva para jurarle que nunca más me voy a alejar de ella. Se llama Tami, pero no recuerdo su apellido. Y creo que Tami era un diminutivo de su nombre real.

En cuanto escuché el nombre Tami, reaccioné y sentí miedo otra vez:

— ¡Ojo con los fantasmas! —dije a mi cerebro—. ¡No te dejes engañar!

Y sacando mi cuaderno le dije al señor Riot:

— Jaime, hazme el favor de escribirme aquí lo que me acabas de decir: Lo del amor de tu vida, de cuándo te fuiste de aquí, de cómo le decías a ella, es muy importante. ¿Sabes que si uno se obliga a escribir, los recuerdos se aclaran casi solos y los fantasmas desaparecen?

Pues Jaime escribió lo mismo que yo le había oído. Desconfiando de mi memoria y de mi cabeza, para cerciorarme de que era real, lo invité a que me acompañara de nuevo a Urgencias. Allá le pedí a la enfermera que leyera lo que el señor había escrito. Ella leyó despacio y me dijo: "Tami"..., es un nombre que repite mucho la paciente del doctor Sters. ¿Por qué no van allá. El doctor está en Consulta Externa en este momento.

Así encontré por acción de la Providencia, tal es mi fe, pero otros pueden asegurar que la acción estaba escrita en los astros o que era cuestión de mi buena suerte no más, así encontré al padre biológico de nuestra Felisa.

Sucedió así: en lugar de esperar al doctor Sters, mi psiquiatra, resolví ir con Jaime a visitar a Verónica. Nos dejaron entrar sin ningún problema y ellos dos, en cuanto se vieron, ¡se reconocieron!: — ¡Vero! —¡Jaimito! —se abrazaron y empezaron a hablar de Tami, de la mamá Felisa, del embarazo de Tami, y

entonces Vero le contó a Jaime que la bebita había nacido muy mal pero que ella la había llevado y la salvaron pero que cuando regresó, Tami se estaba yendo para el cielo. Y luego al verme le dijo a Jaime que yo le había ayudado mucho porque el fantasma del viejo la perseguía y yo lo había espantado... La enfermera me preguntó que si llamaba al doctor y le dije que sí, que le dijera de parte mía que era muy urgente.

En cinco minutos llegaron Jorge y el psiquiatra juntos y vieron el panorama y la alegría completamente sana en las sonrisas de esos dos. Yo me sentí muy feliz. Me acerqué a Jorge y le dije:

— No comprendemos estas cosas. ¿Por qué nunca he vuelto a saber nada de mis hermanos?, dos hombres de los cuales conozco perfectamente sus nombres, a quienes recuerdo, que andan por los mismos lados por donde anduvo Jaime, y de ellos por ningún camino me ha llegado noticia, ni mínima. Claro que no me he puesto a buscarlos pero a Jaime y a Vero tampoco los busqué. Solo se atravesaron en mi camino, o yo en el de ellos y nos conocimos y nos reubicamos dentro de este mundo...

Jorge en tono de reflexión y convencimiento interior dijo:

— ¡Sí que existe una providencia paternal y una fraternidad real en el Universo!.

Esa noche dormí realmente sana y feliz. La tormenta había pasado y el tiempo volvía a obedecer a los relojes y a los calendarios. En el hospital me dijeron que mejor me quedara unos días más en la casa... No me opuse en absoluto. Tenía que completar detalles con mi bella Felisa que se casaría con un príncipe perfecto para ella.

Jorge se encargó totalmente de integrar a Jaime y a Verónica en los preparativos de la fiesta y en la familia. Ellos querían estar cerca uno del otro. Nosotros los mirábamos y sonreíamos.

Jorge me dijo:

—Dos nuevos amigos tuyos... ¡Sorprendentes!

Con cierto cuidado antes de presentarlos a nuestra hija y, después de haberlo hablado con ellos, hablamos nosotros con Felisa para ponerla al corriente. Entendió perfectamente: ellos eran sus tíos, porque, y fueron palabras de ella, sus papis éramos nosotros.

Ellos aceptaron perfectamente la posición de Felisa y nos agradecieron en su alma y en nombre de Tami y de la abuela Felisa, todo el amor y el cuidado que dábamos a nuestra bella niña. Querían estar siempre cerca pero no interferir.

Entonces se dio la presentación, y casi acto seguido se extendieron las presentaciones de los nuevos tíos a todo el grupo. Algo increíble fue el reconocimiento mutuo de Verónica y Carlina. Ambas se habían visto en algunos conciertos de Amelia Montejo, la madre de Camilo. En ese entonces Verónica y Tami, su hermana menor, tomaban clases de solfeo y canto con una alumna de Carlina.

Camilo se emocionó al saber de esas cercanías de antepasados tan próximos a él y a su amada novia. Jaime, superada su amnesia y habiendo encontrado a Verónica, no tuvo ni un instante de indecisión para volcar sobre ella su amor y pedirle que le permitiera cortejarla.

Verónica aceptó sin dudarle. Sintió que era 'para llegar a ese momento', para lo cual ella había tenido la fuerza necesaria que le permitió sobrevivir durante el larguísimo tiempo de soledad y temores. Ella representaba para él todo el pasado que añoró a lo largo de los últimos veinte años y él para ella, la totalidad de su familia y de sus allegados de infancia.

Fin de la segunda parte

Tercera parte

Acomodo provisional

Decidimos reservar la última alcoba del lado del jardín, que es la más clara y amplia, para acomodar en ella a los novios cuando regresaran de su viaje de bodas, mientras compraban casa o alquilaban un apartamento.

Jorge continuó con su oficio de acomodador: estuvo conversando con Luis y con Jaime. Luis espontáneamente, invitó a Jaime a compartir el apartamento que él y su hijo ocupaban. Jaime agradeció y contestó que de momento le parecía impertinente introducir cambios de ese género en la vivienda de Camilo, pero que pasada la boda, lo hablarían para tomar decisiones de más largo plazo.

Añadió que él durante esos pocos días, seguiría durmiendo en su hotel, en el cual llevaba un año de rutina medio sonambulesca, apegado hasta el día anterior, a los datos que tenía escritos y a lo que recordaba de su familia.

En cuanto a Verónica, yo la instalé en una de las habitaciones de huéspedes de nuestra casa y le ofrecí que buscara en mi guardarropa algunos vestidos mientras teníamos tiempo para salir al comercio y ella pudiera comprar todo lo que le faltaba. Ella me agradeció mucho y me pidió si podía salir con Adela para las compras de ropa interior y cosas de menor importancia. Claro que las alenté a hacerlo. Jaime le había dado unos cheques suyos para sus gastos.

Una tarde, mientras Patricia y la tía Carlina acompañaban a Felisa a casa de la modista, Jaime y Verónica conversaban en el jardín y nuestras ayudantes de oficios varios se afanaban en la cocina, Jorge y yo nos encontramos repentinamente solos y con tiempo para conversar.

Entonces, tranquilamente, él me dijo:

—¿Sabes que tú no has estado nunca fuera de tus cabales?. He preguntado por ahí y resulta que lo más posible es que "el viejo" esté vivo, en carne y hueso y ciertamente ha visto a Verónica y ella a él, aunque lo crea muerto. —Yo miré a mi marido y lo abracé.

— Qué bueno que tengas esas noticias. Aunque el que te han contado no sea el que Verónica piensa, es interesante, pues entonces yo no vi ningún fantasma —le dije.

— Es lo mismo que yo pensé. Lo malo es que nadie lo ha visto en estos últimos días, desde que Verónica fue internada en la casa de observación anexa a Psiquiatría. Eso me confirma que realmente ese viejo la buscaba a ella, que probablemente se dio cuenta del encuentro de ella con Jaime y se alejó.

La lógica de Jorge casi nunca le fallaba, de modo que acepté no adelantar ninguna conclusión hasta después de la boda. Si el hombre es inteligente, ya se habrá dado cuenta y se mantendrá al margen. También Verónica se acabará de tranquilizar completamente porque sin duda, tendremos que hablar con ella.

Solo acordamos estar pendientes de que Vero no saliera sola a la calle, por ningún motivo y sobre esto hablamos con Jaime. Él tenía exactamente la misma idea y estaba muy contento de que ella viviera, mientras tanto, en nuestra casa.

Con confianza, continuamos de lleno en nuestro tema de la fiesta. Sería en la misma iglesia en donde nosotros nos habíamos casado 'al escondido', pero al mediodía. Los niños cantarían dos pequeñas estrofas piadosas que ensayaban con Carlina, y Vero dijo que ella quería cantar algo en el momento apropiado... Jorge y yo nos miramos un instante un poco desconcertados. Él inmediatamente reaccionó y sonrió complacido:

—Vero, será muy emocionante escucharte —le dijo afectuosamente.

Carlina me hizo un guiño de que todo estaba bien.

Llegó el día. La misa estuvo llena de sorpresas. La fiesta con risas y algarabía comenzó en cuanto regresamos a la casa: almuerzo

formal, seguido de más cantos de los niños, luego fotos, torta con refrescos y más juegos. En algún momento los novios salieron disimuladamente a cambiarse y a tomar el vehículo que estaba esperándolos para viajar al mar. Los demás bailamos y jugamos un rato más.

Al día siguiente en la casa, después del desayuno compartido con los invitados adultos, incluidos Luis y Jaime que llegaron muy a tiempo, recordamos emocionados cómo todo fue sencillo y a la vez increíblemente refinado. Algo que no se iba de mi cabeza era la voz de Verónica: absolutamente preciosa. Cantó en la iglesia un Avemaría, guiada por Carlina. Ese canto nos hizo pensar en ángeles y música celestial. Los novios se emocionaron verdaderamente. Las caritas de los niños eran de un asombro inmenso. Ellos a su vez, parecían angelitos sonrientes y admirados.

— Ahora sabemos por dónde le llegó a Felisa su gran oído, su amor por el canto y su absoluta decisión de dedicarse a enseñar a cantar a los niños —comentó Jorge.

Pensamos con amor y ternura en nuestra bella hijita que se esforzaba con entusiasmo por transmitir un don que ella no podía expresar directamente.

La hermana Marta estuvo un rato corto, pero muy contenta comió algo y luego de felicitarnos por todo y en particular a Verónica por ese don de Dios, se fue a su casa porque la esperaban muchos deberes.

Jorge me preguntó si la hermana sabía quién era Verónica y yo le dije que no. Yo pensaba que no era necesario contarle, a menos que una circunstancia nos obligara a hacerlo. Al expresarle esta idea, Jorge pensó que era correcta. No era necesario divulgar información respecto de Verónica, ni de Jaime, ni de Tami a ninguno, sin que fuera preciso. En eso quedamos.

Luis y Jaime salieron juntos. Luis se empeñó en acompañarlo al hotel para retirar sus pertenencias, pagar, dejar el dato de su dirección y regresar a acomodarse en el apartamento, en el cuarto

de Camilo. Otilia había estado allá en la mañanita para acomodar todo de acuerdo con las instrucciones que el mismo Camilo le había dado.

Por la tarde Jaime y Verónica nos comunicaron acerca de su relación formal y de su propósito de prepararse para invitarnos en unos seis meses a ser padrinos y testigos de su boda. Todos aplaudimos.

El día siguiente recibimos una postal de los recién casados. Estaban muy contentos. Tomarían muchas fotos para que las miráramos a su regreso. Jorge volvió a repetirme lo de arreglar la alcoba para los recién casados... y yo le contesté: — No te preocupes. Estará lista hoy mismo.

Llegó al hora de reintegrarnos completamente al trabajo. Andrés y Patricia continuaban viviendo en mi apartamento. Las dos consuegras continuaban con su huerto muy contentas y Luis se iba integrando en algunas actividades sociales de los médicos, por razones del nuevo enfoque de su profesión.

Otilia se me acercó por la mañana del tercer día después del matrimonio para decirme misteriosamente:

— El joven Camilo me dijo que hoy la invitara a usted sola a conocer un lugar. ¿A qué hora la espero?

Sorprendida pero respetuosa del deseo de Camilo, pregunté cuánto tiempo calculaba ella que nos demoraríamos. Me contestó que media horita sería suficiente. Entonces le dije que estaría bien al mediodía. Que yo trataría de salir del hospital media hora antes para que hiciéramos esa vuelta y regresáramos a almorzar.

— Y esa cara tan sonriente..., ¿qué te traes entre manos? —me dijo Jorge cuando entré, después de la diligencia con Otilia.

Yo le dije que solo eran ganas de comer porque traía hambre. Comimos solos porque Verónica estaba con Jaime.

Esa tarde, cuando volvimos del hospital, Jorge me dijo :

— Miremos hoy ese paquete de Felisa que te dio la hermana Marta Sin nada en mente, yo lo saqué y se lo di. Él se sentó a mirarlo. No tuvo dudas respecto del nombre de Felisa pero al leer el trozo de periódico tomó nota de que nunca escuchamos el apellido de Verónica. Porque la mamá se llamaba Felisa Corrientes, lo cual parece un nombre de muchacha soltera, por lo tanto, o fue intencional lo de no escribir el apellido del esposo, o simplemente no estaba casada. Tampoco se dice de dónde desapareció, o si decía, el cuerpo de la noticia estaba en otro lado del periódico.

Jorge pensó un poco y luego me dijo como un secreto:

— ¿Por qué no adoptas a Verónica como hermana tuya, para que tenga un apellido?. Además es tía de Felisa, y necesita un apellido para casarse y para conseguir trabajo... Piénsalo, habla con ella. Y si ella está de acuerdo, Luis hace eso en una hora.

Contesté que me parecía perfecto y que en la primera oportunidad lo hablaría con Vero.

Sacó su libreta de bolsillo y anotó la fecha, el nombre del diario, y los nombres que aparecían. Mirándola dijo:

—Comenzaré por averiguar sobre el tipo 'López'... 1937... escándalos por desaparición o secuestro... a ver a dónde nos lleva..., también familia 'Corrientes'

— La funda dejémosla afuera y le preguntamos a Verónica quién escribió 'felisa'... para que no sigamos guardando esas cosas que huelen a viejo —fue lo que Jorge habló como para sí mismo.

Yo le dije que curiosamente, cuando yo abrí el paquete y miré su contenido, tomé la decisión de quemar todo eso, pero luego se me olvidó y no lo hice.

Un buen rato después llegó Verónica. Jaime la había acompañado hasta la puerta pero se marchó enseguida, porque él tenía una cita con su banquero.

Puesto que la funda estaba casi a la vista, empecé por ahí. Introduje el tema sin darle importancia:

— Vero, mira, entre las cosas de la Casa de la Esperanza, la hermana había guardado esta funda junto con el expediente de Felisa. Por eso fue que la bautizaron con ese nombre. ¿tienes algún interés en conservarla?

Verónica cogió la funda, la extendió y me dijo:

— No creo que eso sea importante —hizo una pausa y siguió:

— El pedazo de periódico que estaba con ella me lo dio mi madre cuando yo estaba enferma... me dijo:

— Aquí hay algo de la historia de ustedes dos... de la historia de su padre... de pronto te sirve... —por eso lo guardé y, cuando puse la niña en la puerta del hospicio, pensé que tal vez a ella le pudiera servir, porque yo no quería saber nada de mi padre.

Hizo una pausa con cara de tristes recuerdos y continuó:

— Yo estaba desolada. Cuando recibí el pedazo de diario, yo iba a cumplir dieciséis. Eran los días del comienzo del enamoramiento de Tami y Jaime, tal vez diez meses antes de la muerte de nuestra madre.

Vero volvió a mirar la funda y dijo:

—Era la funda de la almohada de Tami. Ella misma, temblando, escribió el nombre cuando le dije que era una bebida, sacó la almohada y me dio la funda para que envolviera a la niña. Pero no tuvo fuerzas ni para mirarla, ya se estaba muriendo.

Jorge le tomó la mano cariñosamente y le dijo.

—Si te hace sufrir no digas nada más, pero si te alivia, cuéntanos cómo fue ese parto.

Medio sonriendo Vero nos dijo que ella había estado leyendo lo de ayudar a una parturienta y que hizo lo que ahí decía pero que no fue nada difícil porque Tami de pronto dijo "¡Ya, Ya, Ya!"... y fue

casi en seguida que empujó y salió la chiquita con todo y la placenta detrás.

Verónica siguió:

—Yo tenía una piola limpia y lista y amarré el cordón umbilical como decía en el libro y luego lo corté con un cuchillo porque no teníamos tijeras y puse a la bebé sobre la frazada de Tami. Ahi fue cuando ella tomó fuerzas, escribió el nombre y me dio la funda y me dijo que la llevara a la puerta que ya antes habíamos mirado y planeado. Yo fui, puse el periódico debajo, encima la niña envuelta, golpeé en la puerta con una piedra pequeña, para que se oyeran bien los golpes pero no hicieran escándalo que los vecinos pudieran oír. Me escondí y esperé hasta que salió la monjita y recogió a la bebé. Tami no había visto esa carita tan hinchada y por eso me alegré. Así no se iría con un sufrimiento más...

— Cuando volví al lado de Tami, ella estaba en su último suspiro. Apenas se quedó inmóvil, cerré sus ojitos y me la llevé como pude para la casa. La dejé en la acera. Entré, cerré la puerta, me metí a mi cuarto y salí por la ventana al jardín y a la calle, golpeé duro con una piedra más grande y corrí a meterme de nuevo en mi pieza, por la ventana, para que el viejo no me viera. Él salió a abrir y cuando vio a mi hermana llamó a gritos a un pelao que nos ayudaba y le dijo que rápido fuera a llamar a la comadre Juana. Mientras tanto, yo me había quitado la ropa sucia y manchada y me puse el camisón y me metí en la cama haciéndome la dormida y temblando y llorando...

— La Juana era medio bruja pero buena persona. Solo le dijo que Tami se había muerto de anemia. No dijo nada del bebé.

— Eso se lo agradezco porque el viejo se habría puesto terrible conmigo. Él me tenía odio porque yo protegía a mi hermana para que él no se diera cuenta del embarazo. Pero él no sabía del embarazo sino que creía que mi hermana tenía algún enamorado y que yo les hacía cuarto. El enamorado era Jaime pero hacía mucho

que se había ido. Ni siquiera supo que iban a tener un hijo. —Así terminó y se quedó callada.

— Yo abracé a mi amiga y le dí un beso en la frente. Luego fui con ella sosteniéndola por la espalda y los brazos hasta la cocina para que tomara algo de leche con pan, igual que el día en el que nos conocimos. Luego la llevé a su cuarto, le ayudé a empijamarse y la dejé en cuanto se durmió.

Jorge me abrazó.

— Estas cosas tan duras es bueno que encuentren salida a través de palabras verdaderas... Verás que con esta confianza ella va a estar mucho mejor —me dijo.

Yo vi que él había puesto todo en orden y le agradecí. Por nuestra parte fuimos a comer algo. Él, sencillamente me expuso su pensamiento: Comenzar por quemar esos retazos de cosas. Teníamos los datos y con ellos él trataría de buscar pistas. Si no aparecía ninguna en un plazo razonable, máximo seis meses, olvidaríamos todo.

Los nudos difíciles

En la mañana Verónica se levantó descansada y tranquila. Se acercó a nosotros que estábamos en el momento de la colada del café y nos dijo que nunca había hablado de ese tiempo tan largo y tan duro.

Después fue pensándolo bien y nos dijo que al fin y al cabo no había sido tan largo porque hasta casi los seis meses, usando una ropa amplia de la mamá Felisa, Tami no parecía una mujer embarazada sino una niña gordita.

Jorge le preguntó que qué tipo de cosas les decía el viejo.

Ella le contestó que solamente decía: "Cuídense porque viene el diablo y se las lleva" y nosotros pensábamos que el diablo era él, pero nada más. Nos daba miedo, porque cuando nos hablaba nos señalaba con el dedo como si hubiéramos hecho algo muy malo.

— Y tú, ¿Qué hiciste después de que Tami murió? —le pregunté.

— Yo me encerraba en mi cuarto antes de que llegara el viejo del trabajo. Él dejaba en la cocina el mercado para que yo cocinara para los dos. Yo sí cocinaba y le dejaba lo de él ahí en las ollas, igual que cuando estábamos con Tami, y luego me encerraba hasta que oía que se iba por la mañana... eso fue largo tiempo. Como tres años o más...

— Y, qué pasó después? —preguntó Jorge

— Un día el viejo llegó más temprano. No traía mercado y me dijo:

— Coja su ropa y camine, pero rápido —y me llevó de la mano al cuarto y sacó mis cosas, las metió en un costal y me arrastró por detrás de la casa hasta que llegamos a descampado, donde no había casas y ahí me dijo: toca correr, porque viene el mismo diablo. Y de la mano de él corrí hasta que se hizo de noche y encontramos un rancho de paja y nos metimos. Él me dijo:

— Toca que usted se quede aquí un día hasta que yo esté lejos, para despistarlos. Luego salga con cuidado y no vuelva por la casa. Si no me cree, le va a ir muy mal. —Y así, todo oscuro él se fue y yo me quedé muy asustada.

— Al día siguiente, cuando era ya tarde, salí a ver si encontraba moras para comer. Y andando de un lado para otro vi la gente que vivía por esos lados y empecé a saludar y a preguntar si tenían algún oficio para mí. Gente pobre y buena, me acomodé a vivir así. Sabían que yo estaba viviendo en el rancho que se usaba para escampar y al final una mujer me invitó a que trabajara con ella moliendo maíz para preparar el cuchuco que ella vendía en la plaza. Así, entre unas y otras pasaron los años. Yo no tenía a nadie, de modo que me apegué a esa mujer, Carmen, quien me daba trabajo y comida, y me atrevía a venir aquí de vez en cuando,... hasta que lo vi. Otra vez el viejo. Él me miró y con el dedo me hizo la misma señal que nos hacía a Tami y a mí cuando nos amenazaba con el diablo.

— Yo perdí el juicio. Empecé a temblar y no regresé al campo sino que pasaba escondida desde el mediodía. A la mañana siguiente me metía al mercado, ayudaba a la gente a organizar sus cosas y así conseguía comida. Al mediodía me volvía a esconder..., pero el viejo me estaba buscando. A veces me decía, como antes, al pasar cerca de donde yo estaba: —toca correr— ... , entonces fue cuando te vi y fui capaz de hablarte y tú me miraste con tu linda mirada y me llevaste con las amigas del campo. Tú y yo lo vimos un día. Ese día que tú lo asustaste y me explicaste lo de los fantasmas" ..., y así acabó la charla.

Cuando Verónica sonriente se fue a su cuarto para arreglarse antes de que llegara Jaime, Jorge me dijo:

— Entonces el viejo sí existe y lo que trata de hacer es proteger a Verónica de alguien. Pobre hombre... Me voy ya para dar una vuelta cerca del mercado. Nos vemos en el hospital.

Jorge no había dejado de pensar en todos los elementos de la historia de Felisa que se habían puesto de presente en tan corto tiempo. Mientras salía dijo:

— Cada criatura en este mundo trae sobre su espalda una larga historia... nuestra pequeña Felisa, una niña prácticamente sin antecedentes de nada, un ser que no llamaría la atención de nadie en calidad de pariente u otra cualquiera... y mira por dónde vamos descubriendo hechos y personas relacionados con ella. De veras, cada ser humano es un punto en el cual muchos hilos de otras vidas humanas se anudan...

Yo sabía, por la razón y el mandado de Otilia, que no era necesario arreglar la alcoba que teníamos reservada para los recién casados pero hice que cambiaran los tendidos y que limpiaran todo bien y la cerré para que se conservara 'lista'. Así Jorge se tranquilizó en cuanto a tal cuestión.

Terminé mi trabajo en el hospital esa tarde y esperaba recibir alguna razón de Jorge. Efectivamente me avisaron que en la puerta había alguien con un recado solo para mi. Tranquilamente fui hasta

la puerta esperando una nota escrita o alguna indicación de un lugar. Un jovencito me dijo: Si usted es la señora del Doctor Jorge, venga conmigo, por favor. Ah!, dijo el muchacho. Que lleve su botiquín de ...auxilios. Le pedí al recadero que subiera a mi oficina y le pidiera a la enfermera mi botiquín de primeros auxilios y por favor me lo bajara.

Caminamos hacia el mercado. En un punto, el chico me indicó que dobláramos la esquina y caminamos hasta una entrada de una casa de dos pisos poco llamativa, bastante sucia. El muchacho subió a avisar y enseguida escuché a Jorge que me llamaba. Él estaba en mangas de camisa y se inclinaba ante una herida de varios días, un poco infectada, en el costado derecho de un hombre viejo. Inmediatamente me puse guantes y comencé a limpiar. Jorge le daba sorbos de un refresco comprado. Evidentemente el viejo estaba mal.

—No podemos llevarlo al hospital. Pero aquí no se puede quedar. Pone en peligro a estas buenas gentes. ¿En dónde se te ocurre?

Pues en la casa de las Hadas —que así llamaba yo a Otilia y Adela—. Allá estará bien, sin duda.

Entonces, vamos. Tú vete adelante y les avisas y nos esperas y yo con el chico llevo al enfermo, como si estuviéramos comprando verduras. Vete pronto. No podemos esperar a que se calme el mercado.

Salí sin despedirme de nadie y por otra puerta que el mismo muchacho me señaló, llegué a la calle y caminé tan rápido como pude hasta la casa de mis hadas. Ellas estaban descansando de su jornada cuando entré. Les fui diciendo y fuimos acumulando un buen colchón de paja. Encima pusimos una colcha limpia y una almohada y tuvimos a mano una frazada. En esas entró Jorge con el viejo en brazos, el chico salió pegado de la pared y se escabulló. Jorge puso al enfermo en la cama preparada y salió para quitar el carro que había dejado intencionalmente en un lugar en donde estorbaba mucho, haciendo alardes de que no lograba prenderlo.

Cuando volvió al sitio, se subió y completó la comedia hasta que al fin arrancó y lo llevó hasta el parque más cercano en donde lo ubicó tranquilamente y volvió con nosotras.

Nos pasamos mucho tiempo curando esa herida y controlando la temperatura.

Yo fui a nuestra casa por antibióticos y analgésicos y regresé. Estuvimos ahí hasta cuando comenzamos a ver el efecto de las drogas. Entonces recomendamos a nuestras madres familiares que se turnaran y que a las horas establecidas le dieran las correspondientes dosis. Si alguien lo viera, cosa que ojalá no pasara, le dirían 'tío Juan, estése quieto que va a asustar al perro', o algo parecido. Y que le hablaran como si fuera un borracho. Él entendió y sonrió. Jorge le dijo que ahí estaba seguro. Que no se le ocurriera asomarse. Que volviéramos en la madrugada. Miramos la calle y estaba absolutamente quieta. Salimos haciendo el papel de novios, hasta que llegamos al parque. Allí permanecemos media hora, nos paramos y regresamos a la casa en carro.

— Pues ése es el viejo. Casi lo matan, pero llegó la Policía que estaba en la plaza y se llevaron al otro y el chico llevó hasta su casa al herido, con la consternación de su madre. Yo vi el barullo y oí algo como 'lo va a matar' y me acerqué. Te mandé llamar inmediatamente —luego suspiró y en tono normal añadió:

— Claro que no tenemos ni idea de cómo va el asunto de esos criminales... Esperemos que nuestro viejo mejore y que no le dé por escaparse.

Muy a las seis regresamos a la casita de las hadas. Todo iba bien. Yo traía pantalones viejos de Jorge, recortados un poco para que no le arrastraran al viejo, un par de camisas y chancletas. Tomamos tinto, todos, y le prometimos que no permitiríamos que le pasara nada. Eso sí, queríamos saber qué relación había con la señorita y el matón.

Él, vestido con el pantalón y la camisa limpios, dijo que la señorita era la dueña de una finca grande, muy grande que se llamaba 'La

Pintada', que ella no sabía eso, y que el matón quería obligarla a que se la vendiera a él. Claro que sin darle plata. Que el papá de las señoritas se las había encomendado a él diciéndole que era la única persona de toda su confianza para que las cuidara, claro que el mismo patrón no sabía que ya venía otra, sino pensaba que él iba a cuidar solamente a la señora Felisa y a la niña que tenía como tres años, mientras se terminaban los problemas con el matón pero resultó que ese mismo diablo lo había matado a él y empezó a buscar a la familia para que le traspasaran la finca.

Ese mismo matón supo que la esposa y la otra señorita murieron pero que había una señorita que estaba viva y había descubierto en dónde y había venido a matarla.

Yo sentí necesidad de saber más, antes de seguir con el matón actual, así que pregunté al pobre viejo:

— Y ¿dónde nació la señorita menor?

— En el pueblo en donde nos quedamos cuando el patrón se fue. Está un poco cerca de mi pueblo. La misma señora Felisa buscó a la partera y ahí le dijo que yo era su marido, para que no hiciera preguntas —me contestó.

— ¿Cómo fue que se vinieron para la ciudad? —pregunté de nuevo.

— Pues cuando supimos que habían matado al patrón, entonces la señora dijo que nos viniéramos para la ciudad que ella quería buscar a sus padres y conseguir trabajo aquí. Y nos vinimos. Y ella no encontró a ninguno de su familia, pero se contrató de secretaria y llevaba las niñas a una casa con una señora que las cuidaba. Y arrendamos una casita, porque yo trabajaba cargando bultos en el mercado —contestó.

— Y alguien conoce a la otra señorita ? —preguntó Jorge

— No. Esa es la suerte. Solo yo la conozco y por eso no me van a matar hasta que les diga cuál es. —Nos miró y dijo: Cuídenla, porque yo le prometí al patrón que las cuidaría. Las otras murieron

de enfermedad, no fue mi culpa. Pero la mayor de las hijas está bien de salud.

— Y ¿cómo se llama esa señorita? —le pregunté

—Pues algo difícil el nombre para mi. La gente tampoco sabe. Esa es la ventaja. Algo que yo oigo como 'pelotica', pero no tan fácil de decir. Pero ellos quieren forzarme a mostrársela. Por eso no me mató. Esta es la segunda vez que me cortó en el mismo sitio mientras me decía: esto es para que cuando le duela se acuerde de lo que tiene que hacer, —siguió contestando mi pregunta— el apellido yo creo que ni ella lo sabe. La señora nunca dijo cuál era el apellido de su esposo y él no me lo dijo a mi.

— Y la señora Felisa, cuándo murió? —seguí con mi interrogatorio

— Ella siempre estuvo un poco enferma. Pero iba a trabajar y las niñas estudiaron en un colegio, y les gustaba cantar y yo me escondía para poder oír esas canciones... —interrumpió para volver sobre el relato—: La señora Felisa se puso más mala cuando cuando la niña menor había cumplido trece años, me acuerdo porque hicieron una fiesta y a mi me guardaron torta y refresco. Como unos seis meses después fue que la señora Felisa murió —Contestó

— Y ¿qué hizo usted entonces? —preguntó Jorge

— Yo seguí trabajando en el mercado y les traía para que las señoritas hicieran comida. Ellas siempre me dejaban la mía en la estufa. Así pasamos casi un año hasta que la señorita menor apareció muerta en la puerta de la casa —dijo en voz muy baja con verdadera tristeza.

— Y usted tiene para donde irse? —le pregunté

— Pues yo estaba en mi pueblo y nadie fue a buscarme, pero uno supo que yo conocía al capataz de toda la Pintada y aflojó la lengua y ahí está que a él lo mataron cuando les mostró quién era yo. Yo alcancé a venirme para volver a esconder a la señorita mayor pero ella no me quiso hacer caso. Y esos me siguieron y me hirieron. Así que ahora no tengo para dónde irme —respondió.

Jorge le dijo:

—Lo primero que vamos a hacer es cambiar su nombre. Usted se va a llamar de aquí para adelante José María Cordero y nadie lo va a sacar de ahí. Usted va a empezar a trabajar para un señor que tiene un negocio en la ciudad. Ya con eso, empezamos a resolver el laberinto en el que está metido. Por la señorita no se preocupe. De aquí en adelante usted no la conoce. Si la ve, no sabe quién es. ¿Me comprende? José María?.

— Sí, claro, pero ¿cómo me cambio la cara?, y ¿con qué me visto?

— No se preocupe que eso es más fácil de lo que cree —le dije.

Agregué hablándole con firmeza:

— Por ahora quédese quieto aquí, José María!

Él entendió que de veras le queríamos ayudar y se mostró muy sonriente y sumiso. Le dijimos que le iban a dar comida para que recuperara sus fuerzas, que no se preocupara que no tendría que pagar nada. Nosotros también queríamos a la señorita y entre todos, con maña, sin poner furiosos a los malos, la cuidaríamos muy bien.

Adela se comprometió a cuidarlo. Otilia estuvo muy de acuerdo. Jorge escogió el lugar para la cama, por la mínima luz directa y alejado de la puerta, de modo que pareciera un montón de trapos cuando alguien entrara.

El séptimo día después de la boda, la víspera de la llegada de los recién casados, José María estaba mucho mejor. Con el cambio de vestimenta, un corte de pelo actualizado, obra de Patricia, y unos anteojos grandes de marco grueso que lo hacían parecer tonto y ciego, estaba irreconocible. Por otra parte le dimos trabajo permanente como jardinero de nuestra casa y ayudante de la huerta de sus proveedoras. Allá mismo planeamos para él, sobre el costado exterior de la casa de las hadas, el más alejado de la calle, un pequeño cobertizo cerrado, con puerta y tragaluz. Fue construido entre Andrés y el mismo José María en dos días. Parecía

un cuarto para herramientas, y lo era realmente. Allá se guardaban los elementos de esa categoría.

Luis, quien a medias se fue enterando del asunto, revivió sus días de penalista, pero esta vez para acercarse al núcleo de la problemática de la ambición, la codicia, la traición y se sintió abrumado ante los incansables ataques que motivaban esas pasiones, a la vez que se proponía averiguar sobre el caso que nos tocaba tan cerca.

Así iba evolucionando el grupo cuando aparecieron los esposos Beltrán Guerrero muy felices de todo: del matrimonio, del viaje y del regreso. Jorge iba a invitarlos a ocupar la alcoba que les teníamos reservada pero Felisa lo tomó del brazo para decirle:

—Papi tenemos una casa y queremos que vengan todos a conocerla.

Todos salimos detrás para ver una linda casa, no muy grande pero bien hecha y completamente lista. Ese trabajo de revisión, evaluación y negociación lo habían hecho Camilo con su padre, después de que Felisa y Camilo miraron todas las opciones factibles en el momento, y juntos se decidieron por ésa. Luis les había dicho que mejor dejar la escritura para después de la boda, así no habría que hacer ningún tipo de añadidos a la constitución de la sociedad conyugal. El día siguiente sería la firma en la Notaría.

—¿Y el piano, en dónde lo van a poner? —pregunté yo

Camilo me contestó sonriendo:

—Pues decidimos seguir pagando arriendo por el espacio que ocupa actualmente..., quizás los dueños acepten ampliar el contrato un tiempo más.

Jorge me miró con cara de que yo sabía y no le conté..., pero Otilia se dio cuenta y enseguida se culpó de la infidencia, que realmente no fue tal. Yo, por mi parte, aunque con nostalgia, sentí que era bueno que ellos comenzaran realmente a dirigir sus propias vidas.

El día siguiente y en pequeños grupos, fuimos enterando a todos del asunto del 'viejo'. No lo hicimos antes para no angustiar a Vero o preocupar a Jaime, pero era muy importante que todos estuviéramos firmes en las medidas que se iban tomando. Una de ellas era no hablar de esto sino en espacios cerrados, en voz apenas normal y sin hacer ningún tipo de repetición o alharaca. El tema de la riqueza en el núcleo del problema se lo dejamos a Camilo y a Luis para que lo estudiaran y aclararan para Jaime y Verónica. Después nos informarían al resto. Era necesario extremar la prudencia.

Otro retroceso del tiempo

Luis, habiendo tomado nota de los datos que Jorge tenía muy ordenados, empezó por hacer averiguaciones sobre 'La Pintada'. De las fincas y haciendas de la región que respondían a ese nombre en registros notariales, eligió las tres más extensas. Anotó los datos de ubicación, superficie, dueño actual y, en la División de Impuestos averiguó uno por uno, cómo se encontraban esas propiedades en cuanto a pagos.

Solamente una de ellas estaba al día. Otra tenía cinco años de atraso y la tercera aparecía en una situación 'no definida', debida a irregularidades en el último traspaso.

Luis separó una cita para consultar ese expediente en su totalidad y comenzó por el final, en un folio fechado 35 años antes, que era el último, en donde aparecían, en el lugar del número de Registro las palabras: "No registrado. Operación fraudulenta".

Miró la escritura correspondiente, en la cual el dueño anterior, un señor llamado Gregorio Alberto, firmaba el traspaso a alguien de apellido Frontera. Con las anotaciones de los datos de esos dos, Luis se fue al Registro Civil. Tardó una semana completa para llegar a que:

El señor de apellido Frontera, el comprador, había muerto asesinado seis meses después de la firma de esa escritura. "Esto

sucedió en el mismo año en el cual Verónica de tres años llegó con su madre a vivir, al cuidado de 'el Viejo' en un pueblo retirado de 'La Pintada'.

El señor Gregorio Alberto, el vendedor, había muerto de muerte natural cuatro meses antes de la fecha en la cual firmó la escritura.

En resumen esa propiedad pertenecía a los herederos del señor Gregorio Alberto, ninguno de los cuales aparecía entre los que reclamaban derechos o créditos sobre La Pintada.

Quienes revivieron al hacendado Alberto y consiguieron al comprador, muy posiblemente engañado, fueron los asesinos del mismo señor Frontera, quienes parecían ser los que andaban detrás de Verónica, a menos que hubieran revivido al señor Frontera para vender la finca a otro ingenuo comprador que tenía mujer e hija...

La historia del señor Frontera no existía en ningún archivo aparte de su nombre y firma como comprador en un negocio fraudulento y su identificación como víctima de un homicidio premeditado cuyos autores no habían sido identificados.

Jorge escuchó a Luis y le preguntó:

— ¿No podríamos lograr que alguna autoridad convocara a todos los interesados en la sucesión de la hacienda "La Pintada", para ver si los actuales perseguidores de Verónica dicen algo que nos permita identificarlos?"

Luis pensó que sí se podría. Era importante plantear el asunto sin hacer hincapié en los datos de fraude. Además, según sus observaciones, los archivos notariales que él consultó no habían sido abiertos en muchos años, muchos más de los que habían transcurrido desde que el viejo sacó a Verónica de la casa para esconderla en el campo. Lo más posible es que ellos, los perseguidores, no supieran que se había detectado fraude respecto del último vendedor notariado y los herederos legítimos tampoco.

Luis, Jorge y yo, decidimos conservar la idea de este movimiento solo entre nosotros, mientras Luis encontraba posibilidades de conseguir la convocatoria oficial.

Felisa y Camilo, con la tía Carlina, pasaban largos ratos en nuestra casa entretenidos alrededor del piano. Verónica, se les unía cuando no andaba con Jaime. Todos decidimos llamarla únicamente con el nombre 'Vero', que pasaba desapercibido, incluso para José María.

Una noticia alegre llegó a pocos días de la iniciación de los trámites que Luis empujaba con la colaboración de dos abogados vinculados con asuntos civiles, quienes recibían preguntas y exigían respuestas legales sobre deudas, de las cuales los acreedores venían esperando desde hacía años pago o compensación por perjuicios, de parte de los dueños de la Pintada o de sus herederos. Casi todos sabían que esos dueños habían muerto, pero ellos tenían los comprobantes de las sumas que se les adeudaban.

La noticia alegre fue dada por Adela quien nos dijo que su hija Patricia estaba entrando en el complejo mundo de la maternidad. Andrés estaba radiante. Ese mismo día me dijo que en esos seis meses que seguían, ellos querían aplicar para una compra de propiedad a plazos, de modo que antes del nacimiento, se pudieran instalar de una manera definitiva para los siguientes veinte años...

Yo les dije que buscaran con tranquilidad. Que yo no tenía problemas ni urgencia de recuperar mi apartamento... Más tarde le conté a Jorge.

Él comenzó a pensar en eso pero se interrumpió para enfocarse en lo presente: me dijo que de momento nos debíamos concentrar en el asunto de La Pintada. Ya iban a aparecer los avisos de la convocatoria. Decidimos que ni Verónica ni José María aparecerían por allá. Jaime iría en plan de representante de un bufet de abogados, buscando clientes que quisieran contratarlos, pero sin decirlo expresamente. Solo como una respuesta lista en caso de necesitar una justificación por algún motivo.

Y apareció la convocatoria oficial, escueta pero absolutamente clara y referida solamente a la finca localizada por Luis como la más probable de ser la que se relacionaba con nosotros. Explicamos a José María que queríamos que nos acompañara. Él no entraría en el lugar sino solamente miraría a los que llegaran para ver si reconocía alguno como relacionado con los que buscaban a la señorita Vero. Le di ropa para que luciera de manera muy diferente y él, ya despejado y sin temores, se fue con Jorge como si fuera su secretario. Yo entré un poco después de ellos. Cada uno de los que llegaban se presentaba con el secretario, quien escribía el nombre y el tipo de reclamo y la época del negocio. Ese día solamente se tomarían los datos. Una semana después tendrían por escrito las respuestas para cada uno de los reclamantes.

El cliente número 45 fue plenamente identificado por José María como 'el más amigo del que está en la cárcel'. Después de que tal sujeto se retiró y yo vi que se alejaba, salimos José María y yo para la casa de las hadas. Allá lo dejé y de ahí regresé al hospital, al cual Jorge había regresado directamente.

Luis tenía acceso a toda la información. Nos dijo que para quienes reclamaban por deudas del señor Frontera y sus herederos, la carta era contundente: Ninguna indemnización porque la escritura era falsa. El comprador había sido engañado, porque el vendedor, que era el dueño anterior de la finca, estaba muerto en el momento de la venta. De todos modos, el comprador había pagado la finca a quien se hizo pasar por el vendedor. Además fue asesinado poco tiempo después. Imposible esperar que los herederos, quienes quedaron en la miseria, paguen nada.

En la reunión al octavo día, hubo muchas lamentaciones pero la gente se retiró callada. Algunos furiosos. No se podía hacer nada. Solamente al final, alguien llamó a Luis desde la oficina del gobierno para que se presentara en cuanto pudiera. Él fue enseguida.

Un hijo y dos nietos del señor Gregorio Alberto querían agradecerle como iniciador de esa convocatoria. Ellos dijeron que

querían entregarle a él una suma para los más perjudicados de la familia Frontera y allegados. Que no deseaban que nadie más lo supiera. Que se la entregaban a él para que él la hiciera llegar a quienes sin duda conocía como víctimas reales del engaño y del homicidio siguiente. Con sencillez le entregaron un sobre cerrado y se despidieron amablemente.

El buen final del asunto nos permitió hablar de todo el tema con Vero y, ella sorprendida y triste por haberse equivocado tanto con el viejo, recibió el dinero, lo abrió y dividió por mitades. Quiso ir de una vez a visitar a José María y darle una de las partes. La otra debería compartirla con Felisa, quien ocupaba el puesto de su madre, pero Jorge la disuadió completamente. Así que nos fuimos a las hadas en plan de celebración.

Yo le conté a José María el final de la convocatoria y le dije que alguien quería saludarlo. Él se lavó bien las manos, arregló un poco su pelo y salió para saludar a la señorita quien quiso abrazarlo y decirle que ella le tenía miedo por eso del diablo que él les decía, pero que ahora sabía que siempre las había cuidado como si fuera un ángel. Y además le explicó que, por los males que les hicieron esos que sí fueron malos de veras, los hijos del primer dueño de la Pintada les habían mandado un dinero para entre los dos y que ahí le llevaba su parte. Que podía hacer lo que quisiera, pero que si necesitaba ayuda o consejo, le dijera a la enfermera Pinzón que era la persona más práctica en todos esos asuntos. Verónica se despidió alegre y despreocupada, ya para siempre, del problema del viejo, quedando muy amigos entre ellos.

De estos tratos, yo resulté siendo la administradora del capital más grande que José María Cordero había visto en su vida. Con él, fui a la casa de los amigos del mercado y ellos estuvieron muy contentos. El chico le dijo que el otro hombre, ése al que no habían metido en la cárcel, lo había buscado y le había dicho que si volvía a ver al viejo, le dijera que él estaba decidido a convertirse en una persona honrada. Que se iba lejos pero que le mandaba saludos. José María le dijo a la madre del chico que todos los domingos le

quería mandar un mercado porque ella había compartido su pan con él muchos días. Ahí mismo establecieron la hora y el punto en donde se encontrarían el chico y él cada domingo. En ese encuentro les dejó en plata lo del primer mercado.

Cuando le conté a Jorge me dijo:

— José María, con educación habría sido un excelente administrador. Fíjate que no presumió de nada ni se excedió en obsequios. Él sabe que la plata no dura mucho y que siempre hay que medirse a la hora de gastarla. Así que ayúdale para que tenga una cuentica de ahorros en el banco y explícale lo de consignar ahí cuando le sobre algo de dinero y de hacer bien las cuentas y sacar lo necesario, por ejemplo semana a semana.

Haciendo cuentas supimos que José María, 'el viejo' tenía sesenta y un años por los días de su repentino enriquecimiento. Con toda naturalidad se quedó viviendo en su cobertizo y formando parte de nuestro estupendo grupo.

Un nuevo habitante del planeta

Patricia y Andrés esperaban su bebé. Hablamos del apartamento. Jorge les dijo que podían pensar en esperar una ocasión muy especial para comprar cuando estuvieran construyendo algún barrio nuevo que les gustara mucho, o, si querían de todos modos comprar de una vez algo ya terminado, podrían conseguir un préstamo bancario para comprar de contado y pagar al banco mes a mes por los años que acordaran con el banco. Ahí Camilo les ofreció su ayuda en los aspectos contables. Esa noche Camilo me preguntó si yo vendería el apartamento, y en cuánto lo estimaba.

Conversamos un rato y luego me dijo que les iba a proponer ésa como una solución muy cómoda, a ver cómo les parecía.

Dos días después, Camilo me contó que Patricia no podía creer que ellos podrían ser los dueños de ese apartamento en donde ella se sentía muy feliz y que pensaba que sería algo absolutamente

maravilloso. Por supuesto Andrés estuvo también admirado y dijo que sí, que comenzaran a hablar a ver cómo podían hacerlo. Camilo les recordó que quedarían endeudados con el banco, no conmigo y que el banco exigía cumplimiento y ponía multas a los atrasos. Andrés le pidió que hablara él primero conmigo con toda tranquilidad y después que les explicara a ellos, concretamente, cómo se haría.

De esta forma, a los quince días Andrés comenzó a hablar con el banco y el negocio se veía posible por ambos costados. Entonces nos reunimos todos y conocido lo relativo al asunto del negocio, pasamos a proponer nombres para el bebé. Todos mencionamos algún nombre en cada caso. Patricia escribía las propuestas que incluían combinaciones como 'Carlina Adela Patricia Selma Felisa', o 'Jorge Luis Andrés Camilo '.

Jorge se reía de buena gana.

— Veremos qué pasa, porque se puede confundir mucho ese bebé —comentó en voz alta

Yo les dije que mejor no pusiéramos a un bebé el nombre de uno de nosotros que no fuera alguno de los padres o abuelos de ese bebé, para evitar repeticiones de nombres en personas muy cercanas.

Al final Patricia decidió que si era niña, la llamaría Adela Patricia... si era niño, Juan Andrés.

Felisa estaba muy entusiasmada con el tema de ayudar a Patricia a preparar el ajuar para el bebé. Todas las tardes había reuniones de costura, con ayuda de revistas. La tía Carlina enseñó a las jóvenes a tejer y consiguió agujas y lanitas. Eso fue toda una escuela de tejidos de dos meses. Las alumnas aprendieron y produjeron no muchas prendas pero bien hechas.

Empecé a sentirme mal, a ratos mucho más mal que lo que era común debido a las variaciones de mis ciclos. Felisa se me acercaba y me miraba preocupada. "¿Estás muy cansada?", me

preguntaba cuando yo no tenía muchos ánimos. Yo trataba de no alarmarme ni alarmarla a ella y tomaba mis vitaminas regularmente. De repente me volvía a sentir bien y me olvidaba de todo lo demás.

Yo quería preguntar a mi hija qué pensaban ellos en cuanto a encargar un bebé, pero no quise hacerlo por el principio firme que significaba el derecho a elegir ese tipo de asuntos con absoluta independencia de los pensamientos de los demás.

Una cosa cada vez. La primera fue que vendí mi apartamento a los próximos padres. El pago al banco sería el mismo arriendo que me pagaban a mi, pero a lo largo de quince años. Además debían aportar una suma inicial que se acomodaba a los ahorros que venían haciendo. Así que se firmó una escritura conmigo y otra con el banco. Yo recibí el total de dinero, lo cual representó un ingreso no esperado que llevé al banco en plan provisional... Ya veríamos qué sugería el desarrollo de la vida. De momento, escogimos el subsiguiente viernes para celebrarlo.

La segunda fue la llegada de Andrés junior o Juan Andrés. Un muchachote encantador. Alegría para todos. Patricia, una joven mamá absolutamente orgullosa y feliz.

La tercera, unos pocos días después. En la tarde de la cena prevista para celebrar la firma de la compra-venta de mi apartamento, Jorge había salido del hospital antes y yo me quedé en mi oficina, muy cansada y un poco mareada. Creo que sentí sueño. Cuando desperté estaba en una camilla y el médico de Urgencias me miraba sonriente.

— Dios mío!, mi doctor, qué me pasó? —le pregunté

— Solo un bajonazo de presión. Permanezca quieta. Ya viene su esposo, pero no se preocupe, me dijo e insistía en sonreír —yo pensaba para mí:

— Debo haberme anemizado mucho en estos días de tantos quehaceres... y comencé a hacer cuentas de qué alimentos de valor

había abandonado por las prisas y por comer cualquier cosa demasiado frecuentemente.

Escuché la voz de Jorge:

— No es posible, —le decía al doctor. — Pero es!. —Contestaba el doctor.

Jorge se paró al lado de la camilla, vi su mirada y que se acercaba mucho a mis ojos...

— Seguro estoy anémica. Eso es lo que está mirando..., seguí pensando. Entonces, sin más, me besó dulce y largamente ahí sobre la camilla, en presencia del médico y de tres enfermeras...

— Estás loco —le dije—. No te preocupes que no me voy a morir todavía..., —todos los presentes se rieron.

— Eres una bruja..., sabes..., haces prodigios... —dijo, se inclinó más y murmuró muy bajito en mi oído—: me vas a dar un hijo... —y me volvió a besar.

Todos mis males se fueron ante semejante noticia. Quise pararme, pero él me sostuvo y empezó a mirar su reloj:

— Cinco minutos de quietud absoluta, luego yo te ayudo a pararte.

Diez minutos después salíamos del brazo. Los de Urgencias, desde la puerta nos hacían adioses llenos de sonrisas.

Llegamos a la cena en el apartamento objeto del regocijo. No dijimos nada de lo nuestro. Celebramos con todos. Levanté mi copa de agua para brindar. Todos aplaudimos a los amigos Andrés y Patricia, jóvenes padres y felices propietarios de apartamento para los siguientes veinte años...

Felisa vino a preguntarme cómo me sentía y le dije que muy bien. Que tenía la presión un poco baja y que por eso era el desaliento.

Las fiestas cuando hay bebés involucrados son cortas. No hay remedio. Pero son irrepetibles. Todos lo sentíamos así. Y todos nos separamos pronto, cada uno a su lugar.

Camilo se me acercó y me dijo:

— Tienes algo muy especial hoy... tus ojos brillan más que siempre. —Me besó la mano y se fue del brazo de mi Felisa.

Nosotros salimos detrás de ellos. En la puerta Otilia me hizo una seña. Me acerqué.

— ¿Será que le puedo llevar un vasito de vino a José María?, ... es que él siempre come solo y nunca hay vino en nuestra casa porque nosotras no tomamos,

— Llévale y dile que le mandamos un abrazo. Que esperamos que esté bien. Que mañana o pasado nos vemos.

Otilia sonrió y metió la botella que estaba menos de media en la bolsa que llevaba. Adela le pidió que la esperara. El bebé estaba pasando buenas noches y ella quería dormir en su propia cama sin preocupaciones. Así se fueron las viejas para celebrar un poco con el hombre fiel y humilde que les ayudaba y con el cual ellas podían conversar tranquilamente.

Cuando llegamos a la casa, Jorge me abrazó y me llevó hasta nuestra alcoba como si yo fuera un bebé. Yo me reí mucho... me sentía inmensamente feliz.

— Entonces ¿te mejoraste de tu infertilidad?... —le pregunté riendo.

— Pues es un caso en un millón que alguien con ese número tan bajo como el mío, pueda presumir de haber concebido un hijo..., pero alegrémonos y cuidemos a ese pequeñín. ¡Seis semanas tiene ya!, no fue ayer..., por eso el Gómez se reía de ti... que no se te hubiera ocurrido por qué te sentías tan mareada...

Quedamos en no dar la noticia de sopetón sino con pequeñas pistas... sobre todo por Felisa.

Comenzó una época realmente importante por la calidad de los sentimientos de amistad y solidaridad que nos unían a todos. El ambiente en cada una de las viviendas de la 'tribu' ayudaba

inmensamente al crecimiento como individuos y como parejas y como una super familia a la espera de retoños.

— Bueno, pues lo que vamos a necesitar si seguimos a este ritmo son cunas y niñeras... Camilo y Felisa, Jaime y Vero, más el que ya da gritos y este de por aquí, —decía Jorge mientras tocaba mi barriga—, y si les da por repetir..., —y se reía—, ... terminaremos montando nuestra propia escuela.

Hablamos de los mayores de la tribu. Su ánimo, su trabajo, su integración: Carlina, las hadas, Luis, José María, cada uno con su personalidad, su cultura y sus valores, y, no olvidamos a la hermana Marta y sus ayudantes, mucho menos a los niños que llegan con su carga de antecedentes a esa Casa de la Esperanza. Suena como un ideal demasiado perfecto. Sabemos que no somos perfectos pero es mucho mejor tener un esquema en donde se pueda soñar e intentar vivir según los sueños, que tener que vivir a los trompicones, dando palos de ciego... sin mirar a nadie.

Reubicando gente

Hablando de mirar a la gente, dos días después de que festejamos el negocio del apartamento, llegó a mi casa Otilia cuando yo estaba en plan de acabar de organizar algunos desórdenes que andaban medio escondidos. La hice entrar y ella de inmediato empezó a ayudarme y a decirme que si yo no podría emplearla del todo en la casa, porque... y bajó la voz, aunque nadie más que las dos estábamos, para decirme:

— Es que yo quiero ayudarle más y..., —yo pensé que ella sabía de mi embarazo porque hay personas que lo adivinan sin equivocarse, entonces le pregunté— “¿por qué quieres ayudarme más?” ... iba a preguntarle si sabía algo pero ella entró en el tema que traía que era muy diferente de lo que yo suponía: Entonces se enderezó y me tomó un brazo para decirme:

— Es por Adela..., usted sabe que es mucho más joven que yo, como seis años menos. Bueno..., ella y el señor José María se

miran y se sonríen mucho entre ellos y creo que yo estoy haciendo estorbo ahí.... —Yo le sonreí francamente y pensé para mis adentros—: Ojalá estuviera Jorge escuchando esta conversación... la disfrutaría mucho y ayudaría también mucho. De todos modos yo le di la razón a Otilia. Y al fin esos dos, estaban en su derecho de dar salida a sus sentimientos mutuos sin interferencia de nadie, de modo que le dije:

— Pues qué casualidad.! Antier estuve un poco mal en el hospital y el médico que estaba cerca me dijo que mejor descansara y me dio unos días más de incapacidad

Otilia me miró y me dijo:

— Yo sí me di cuenta, y el niño Camilito también,... que usted nos tiene noticias escondidas..., —interrumpió para mirarme a los ojos y continuó—: sabe que él es de los pocos hombres que pueden ver cuando hay una nueva vida naciendo...?

Yo dije algo como:

— Ah, bueno. Nosotros pensábamos contarles un poco después, porque apenas antier supimos. Pero desde anoche yo había pensado pedirte que vinieras todos los días a ayudarme, Otilia querida —y comenté convencida de que él lo iba a proponer—: Jorge va a decir que mejor si se viene a vivir aquí. —Otilia lo tomó como una decisión de nuestra parte.

Terminamos de arreglar ese barullo y ella se paró y me dijo que entonces se iba de una vez a avisarles que yo la necesitaba del todo porque así había aconsejado el médico que me había encontrado débil y que don José María podía ocupar el cuarto de ella. Añadió al final que no iba a decirles nada más. Ellos verían cómo organizaban su vida.

Por la tarde Jorge se divirtió con la noticia pero no opuso ningún reparo ni al hecho en sí mismo, ni a la solución relativa a la vivienda de esos tres.

Eran casi las ocho de la noche cuando llegaron Andrés y su mamá, con una maleta de ropa y algunos elementos de ella, para dejarla acomodada en el cuarto que la casa tenía cerca de la cocina, quizás pensado como cuarto del servicio, aunque se había usado siempre para almacenar el mercado de larga duración. Jorge mismo ayudó a mover algunos estantes para poner una cama, una mesa y dos asientos. Despejó el espacio central y solamente dejó unas repisas cerradas y con puertas que estaban contra la pared al lado de la entrada del cuarto, en las cuales había paquetes sin abrir de azúcar, sal, granos...etc.. Lo demás lo llevaron a la cocina. La misma Otilia se encargaría a partir del día siguiente, de reubicar todo.

— Este Andrés es serio y prudente como él solo —me dijo Jorge—. Otro habría dejado salir sus frases picantes y maliciosas relativas al romance en el rancho, pero este chico ni siquiera parece enterado de esa posibilidad.

Yo le dije que sin duda, era así de sencillo e indiferente porque no se trataba de su mamá... a lo cual Jorge me dijo que probablemente yo tenía toda la razón... — Los hijos varones suelen celar a sus madres sobre todo si ellas no tienen pareja —dijo para terminar. Yo reforcé su opinión señalando el hecho de que Patricia no parecía preocupada al respecto.

En resumen, Jorge se alegraba con el asunto, sobre todo por el pobre viejo a quien veíamos como la imagen misma de la fidelidad y de la inocencia. Sin duda se hubiera dejado matar por defender a la hija del difunto patrón de quien no sabía bien ni el nombre. Solamente recordaba hasta el más mínimo incidente de su amistad de infancia y de la recomendación que Rodolfo le hizo de cuidar de su mujer y su hija.

Sorpresas nos da la vida

El día siguiente a la llegada de Otilia a nuestra casa, me acordé del tema del apellido para Verónica, dejé a Otilia el encargo del desayuno y fui a buscar a la tía de mi niña. Le propuse lo que Jorge

y yo pensábamos. Ella estuvo encantada de llamarse Verónica Pinzón. A partir de ese día seríamos las hermanas Pinzón. Mirando las fechas de nacimiento, resultaba que Vero era cuatro meses menor que yo y eso no es posible entre hermanas, así que cambiamos el año de nacimiento de Vero al siguiente.

Con esos datos fuimos por la tarde a casa de Luis. Realmente Verónica no tenía ninguna idea de si había sido bautizada o registrada en algún lugar, ni con qué apellido. Luis estuvo muy acorde con la solución y puso manos a la obra.

Una tarde Felisa llegó a nuestra casa. Venía de su clase de piano con la tía Carlina y nos dijo que la había invitado a cenar con nosotros porque le pareció que la tía estaba como triste de quedarse sola. Que ella le había dicho que a las siete estaría bien porque era más o menos la hora en la cual acostumbrábamos sentarnos a la mesa.

— Y ¿Camilo, lo sabe? —pregunté.

— Sí, y como está con su padre, me pidió que te preguntara si ambos podían venir también.

— Perfectamente amor —contesté y añadí:

— Por favor ve a la cocina y dile a Otilia que seremos en total ocho para la cena. Llamé a los Beltrán para decirles que serían muy bien recibidos a cenar en esta casa, y volví a sentarme en la salita.

Noté que Felisa quería decir algo pero luego cambiaba de tema..., al final le pregunté:

— ¿Pasa algo, mi niña? —ella suspiró y respondió directamente:

— Es que yo quiero ir a una universidad... claro que yo sé que puedo ganarme la vida como la tía Carlina, enseñando música y canto, pero me da envidia, un poquito, de esos estudiantes que se reúnen y conversan a gritos, se pelean y se ríen y luego se van a bailar...

— ¿Has hablado con Camilo al respecto? —pregunté

— No. Quiero saber antes qué piensas tú... y también qué piensa mi papi, porque al fin y al cabo él es hombre y puede imaginarse cómo se va a sentir Camilo cuando yo le diga...

Acaricié su mano que estaba sobre mi hombro y le dije:

— Creo que lo mejor es esperar a que estemos tú y yo con tu papi. Esto, porque cuando él y yo estamos juntos, llegamos más fácilmente a encontrar las respuestas, que si cada uno se pone a imaginar por su lado..., mucho más si somos tres.

— Claro que sí! —contestó Felisa sonriendo optimista.

Yo misma me quedé pensando en que ella tenía toda la razón y estaba en todo su derecho. Pensé en Patricia tan orgullosa de su título y su profesión, y en Andrés bregando por el suyo, hasta que lo logró. También pensé que estaría muy bien que nuestro retoño a seis meses de nacer, se adelantara unos años, así fueran solamente dos, a la llegada de su sobrino..., porque no tenía dudas sobre el deseo de Felisa de tener un bebé. Pero, claro que era mejor que ella completara su formación como profesional, antes de ser mamá...

Con esto en mente, le hablé de mi tiempo de soltera: era entonces muy común que las jóvenes de familias pudientes no cursaran una carrera profesional, sino que del bachillerato salían a prepararse para el matrimonio, lo cual significaba criar y cuidar bien a los hijos, atender la casa y administrar los recursos, practicar la etiqueta social con arte y finura y sobre todo cumplir con los deberes de atender al marido y ayudar en cuanto fuera posible al éxito de su carrera y de su buen nombre en la sociedad. Además me parecía que la mayor parte de los hombres de nuestro nivel social, lo preferían así. Terminé hablando del presente:

— Pero los tiempos han cambiado mucho y ahora, muchas de esas mamás de cuarenta años, después de criar dos o tres hijos, están entrando a hacer una carrera, generalmente en universidades nocturnas..., porque sienten que su inteligencia se quedó dormida por unos cuantos años, aunque su posición y su dinero aparezcan como símbolos de gran triunfo.

— Indudablemente, ellas lo saben hoy y reconocen que hubiera sido muy preferible comenzar por hacer crecer sus niveles de inteligencia y conocimientos, aunque les tomara cuatro o cinco años de carrera, que llegar demasiado jóvenes a desempeñar el rol de madres para el cual se creían preparadas, aunque realmente no lo estaban .

Así hablamos un rato, fundamentalmente por parte mía, describiendo ante mi hija aspectos de mi propia vida y escuchando su percepción de la vida actual de los jóvenes, obtenida por ella a través de intercambios mínimos con amigos de Camilo, de las noticias de la radio y sobre todo de los programas de la televisión que comenzaba a meterse en nuestras vidas.

A las seis llegó Jorge. Me dijo que se había encontrado con Jaime quien venía acompañando a Verónica y lo había invitado a cenar.

Me reí de la gran concurrencia y pedí en voz alta:

— Felisa dile por favor a Otilia que Jaime también se queda a cenar. En total seremos nueve. —Al oírme, Jorge me miró medio burlón y dijo:

— Se nos creció la familia y eso que no vienen los del bebé ni ...

—Pórtate con seriedad y no sigas enumerando gente —le dije sonriendo, pero en voz baja.

Comencé a informar a mi marido, en voz apenas normal:

— Tenemos que hablar con Felisa. Nos trae asuntos para resolver...

En ese momento llamaron a la puerta y Felisa abrió a la tía Carlina. Detrás de ella entraron de una sola vez, los cuatro restantes.

Cenamos contentos por el encuentro. Hablamos de la identidad ya registrada de mi hermana Verónica Pinzón, y luego con cierta prudencia, les conté lo relativo a la buena armonía existente entre nuestro experto jardinero y Adela quien fue mi niñera.

Verónica tomó la palabra para decir que quería que todos supiéramos lo mucho que ella se equivocó respecto de José María,

quien, en ese tiempo después de la muerte de Felisa, su madre, había sostenido él solo la casa y las había alimentado a Tami y a ella con su trabajo de cargador de bultos en el mercado, y después de la muerte de Tami, además de costear el entierro, continuó pagando el arriendo y proveyendo para ella, Vero, la comida que llevaba a diario y dejaba en la cocina. De veras fue un ángel para todas tres.

Terminó diciendo:

— Uno se equivoca mucho y ni se le ocurre que las cosas pueden ser muy diferentes de lo que se empeña en pensar de los demás.

Finalmente quiso brindar por el futuro de esos dos y de Otilia y Andrés y de toda la familia.

Carlina solamente dijo:

— ¡Dios!, ¡Sí que hay gente buena en este mundo!

Brindamos y conversamos un rato. Todos se despidieron.

Mientras salían los demás, Felisa se acercó y nos dijo que madrugaría para conversar con sus papis. Nos dio un beso y rápidamente fue a reunirse con Camilo.

Una vez solos, le conté el deseo de Felisa. Jorge permaneció pensativo unos minutos y al fin preguntó:

— ¿Te dijo qué le interesa estudiar?

Le contesté que solo manifestó deseo de vivir la vida universitaria. Casi como una curiosidad de su parte.

Jorge comentó :

— Puede parecer hoy solo una curiosidad pero es importante, sobre todo será muy importante en el futuro si no se satisface ahora y deciden tener hijos muy pronto, porque el mundo está entrando en una época muy diferente y el solo trabajo totalmente absorbente de criar, siendo el más alto e importante que una mujer pueda tener, se puede tornar muy pesado cuando la madre se da cuenta de que, dedicada a criar, se quedó ignorante de lo que se cocina en materia

de nuevos conocimientos a niveles profesionales y que tendrá que esperar unos cuantos años para optar por instruirse...

Me dormí pensando que mis palabras con Felisa apuntaron en esa misma dirección, en un plano más casero. Estará muy bien que hablemos con ella.

Felisa llegó temprano, con Camilo. Los recibimos sonriendo y ellos entraron directamente a desayunar. Felisa nos dijo que le había contado a Camilo sus deseos de ir a la universidad como estudiante y que pensaba consultarnos antes, pero, nos dijo con su gesto de 'no es mi culpa':

— Como él adivina lo que uno piensa, pues tocó decirle todo

— ¿Y qué es todo? —preguntó Jorge sonriendo

Camilo, también sonriendo la animó a hablar.

— Quiero entrar a hacer una carrera universitaria. Esto no lo pensé antes de casarnos, entre otras cosas porque no conocía muchos universitarios y no había escuchado sus conversaciones y sus alegatos y lo bien que opinaban y que seguían tan amigos entre ellos, aunque no se pusieran de acuerdo sobre los temas de la vida, de la política, de la ciencia, del arte.... Yo no sé casi nada de esas cosas y quiero tener la experiencia. Creo que me hará falta cuando tenga hijos, porque ellos van a nacer en este mundo de hoy...

Yo pregunté a Camilo cuál era su opinión.

— Felisa está en todo su derecho y además, tiene mucha razón. Nosotros tres, fuimos a la universidad, mis padres, ambos fueron a la universidad, yo, entré a contrapelo e hice una carrera elegida al aire, porque no me lo había planteado así, sin embargo hoy conscientemente lo volvería a hacer, porque el paso por la universidad es, de veras un escalón en nuestro camino, que nos permite mirar la vida y el mundo con una mejor perspectiva.

Terminó explicándonos que él pensaba que el momento era bueno para buscar esa carrera y poner manos a la obra.

Vino entonces el planteamiento decisivo: ¿Cuál carrera?

Felisa, a la pregunta calmada y llena de interés y afecto de Jorge sobre qué quería ella aprender especialmente en la universidad, contestó:

— No quiero entrar a hacerme pianista de universidad porque en ese campo quiero continuar con mi coro para niños comunes, en particular los de la Casa de la Esperanza. Lo que quiero es saber algo de lo que ignoro totalmente...

— Danos ejemplos —habló de nuevo Jorge

— Pues por ejemplo: ¿Cómo fue que los hombres llegaron a cosas como construir nuestro piano?... ¿Cómo se formaron las ciudades antiguas y fuertes?... ¿Cómo comenzaron a existir los médicos, los ingenieros,... antes de que nadie supiera de esas cosas... También quiero saber de los griegos y de los egipcios y..."

Jorge la miraba embelesado. Yo, admirada, completamente admirada de que mi niña pensara en esa forma y quisiera respuestas a preguntas que todos habíamos escuchado pero yo nunca tuve interés por saber las respuestas, así de fuerte y claro, ni conocí a ninguno que lo tuviera. Camilo, sonreía a su lado, en un momento la abrazó, la besó en la frente y contestó:

— Pues creo que la Historia es el estudio que mejor puede acercarte a esas respuestas. Podrías estudiar una carrera de Historia.

— Uy, ¡Sí! —afirmó Felisa y nos miró antes de añadir con mucha firmeza:

— No conozco a ninguno que haya estudiado una carrera de Historia, pero si esa carrera existe, es la que yo escojo, con seguridad.

Jorge y yo estuvimos completamente de acuerdo. Enseguida salimos porque teníamos que llegar al hospital. Camilo quedó en preguntar a su padre si conocía algún historiador no demasiado viejo, que fuera accesible y quisiera hablar con Felisa y todos nosotros. De momento lo que estaba a mano era ir a preguntar por

la carrera en las dos universidades que Jorge consideró más apropiadas por el nivel del profesorado y por la ubicación no demasiado alejada del centro de la ciudad.

Verónica había escuchado la última parte de nuestro diálogo y se ofreció a acompañar a Felisa en todas esas vueltas. Si Jaime quisiera, él también podría acompañarlas.

Nos despedimos y los dejamos con Otilia, por si querían otro café o algo más de comer. De camino tuvimos tiempo para asombrarnos de todo lo ocurrido. Jorge afirmaba que los jóvenes de hoy eran sabios. Ese diálogo que acabábamos de tener con Camilo y Felisa, además de totalmente imprevisto, fue increíblemente sereno, lúcido, bien documentado y fructífero... Yo, personalmente no creo que todos los jóvenes sean así. Me basta pensar en los dos que llevaron a Andrés a pagar un delito no cometido.

Mientras caminábamos, volvimos a nuestra cuestión del momento: buscar la oportunidad de comunicarles la existencia de un peregrinito que llegaría en siete meses..., llegamos al hospital y nos separamos.

Adela me esperaba al mediodía en la puerta del hospital. Estaba un poco alarmada y llevaba un diario en la mano. "Prófugo de la cárcel. Peligroso. Armado"... el artículo se refería exactamente al hombre que había herido a José María. Me dijo que José María se había metido en el cuarto de las herramientas y que de ahí no iba a salir hasta que escuchara la voz de ella o de uno de nosotros, Jorge o yo.

Busqué a Jorge, le enseñé el diario y él me dijo:

— Saldremos a las cuatro y nos vamos directamente a buscar a Luis. Que sea él quien nos dirija.

Como yo tenía toda la información decidimos que lo mejor era que Adela fuera a su casa a trabajar en su jardín y no hiciera nada raro, sino que llegara con algunas compras y que dijera que ella vivía

con Otilia y su hijo, si alguien preguntaba. De hecho entramos en una tienda y compramos aceite, harina, sal, y dos panelas y la despachamos para que llegara cantando a la casa, recomendando que José María no se dejara ver. Que yo iría con alguna razón en cuanto terminara mi turno, a eso de las cuatro o un poco más tarde.

Luis reflexionó un poco. Pensó que la familia del mercado sería el primer lugar que buscaría el prófugo. Entonces llamó a la Policía para encarecer que cuidaran a esa familia. Habló de la madre y el jovencito. Él y Jorge estuvieron de acuerdo en que yo fuera con Luis a la Policía. No diríamos nada aparte de la noticia del diario y de los antecedentes en los días de la convocatoria por el asunto de la Pintada y para poner de presente el hecho de que el día en el cual el agresor fue apresado por la policía en el mercado, yo curé en una casa cercana al lugar, a un hombre viejo herido con un cuchillo en el costado: una herida reciente junto a otra de varios días que se estaba infectando; nunca vi al agresor y no volví a ver al herido. Jorge estuvo muy de acuerdo y regresó al hospital para terminar dos informes cortos . Quedamos de encontrarnos en la casa.

Resultó que la Policía tenía muchos datos sobre el sujeto: Sospechoso del engaño, de la venta fraudulenta y de la muerte del señor Frontera. Había sido plenamente identificado por una persona del pueblo de José María, como el hombre que mató a quien había señalado al viejo Tobías como alguien que conocía al capataz de la Pintada. Finalmente había herido por segunda vez al viejo Tobías y la Policía lo arrestó.

Luis confirmó esas sospechas y acusaciones, así como el final de la convocatoria relativa a la Pintada y la noticia popular de que el amigo, el 'otro ', que andaba con el que hirió al viejo, se había perdido desde el día de los resultados de la convocatoria. Nadie lo había vuelto a ver, o al menos Luis no lo había sabido, como tampoco sabía nada sobre dónde podría estar Tobías mismo, quien evidentemente era un objetivo importante para el prófugo, sobre todo si no sabía que la falsedad de la escritura había sido descubierta.

Firmamos nuestras declaraciones y salimos. Yo ni siquiera sabía que el nombre del viejo era Tobías y Luis me dijo que él tampoco. Luego hizo un movimiento de conformidad mientras expresaba: "Es bueno ver que la Policía puede ser eficiente". Añadió que el prófugo oficialmente es un asesino, no solo un delincuente que hirió con un cuchillo a alguien. Por eso se empeñaban en encontrarlo. Además expresó claramente que debemos evitar que encuentren a José María porque, a la Policía, él no le servirá de nada y en cambio él sí se pone en gran riesgo. No sabemos si existen otros secuaces del que huye, a quienes no les temblará la mano para hacérselas pagar al pobre viejo.

Yo me fui directo a la casa de Adela. Todo bien. Con cuidado les informé acerca de lo que sabía la Policía y de lo que no. No tendrían ninguna razón para buscar ahí, pero de todos modos que nuestro amigo permaneciera el mayor tiempo escondido o camuflado trabajando en la huerta, con vestimentas y peinado diferentes y que no olvidara que su nombre era José María Cordero. Que comiera y durmiera bien.

Cuando llegué a la casa, Jorge me esperaba. Le conté el asunto completo y no se preocupó demasiado. Ciertamente debíamos tener cuidado, pero no le parecía que para el prófugo fuera primordial aniquilar al viejo. Tenía cosas mucho más graves y urgentes que resolver.

Fueron cinco días de ansiedad, sobre todo para Adela y José María . El sexto día, en un encuentro final, un policía resultó herido y el asesino que buscaban muerto por otro policía. Entonces cerramos definitivamente el asunto de la Pintada.

Fin de la tercera parte

Cuarta parte

Vida universitaria y vida de negocios

Dos o tres tardes, después de superados los asuntos policiales, Jorge estuvo pensativo un largo rato después de nuestro regreso del hospital. Finalmente tomó una hojita en la cual había anotado las cosas pendientes y me las leyó:

- Regularizar totalmente a José María, como ciudadano activo.
- Pensar sobre viviendas y pianos.
- Prepararnos para ser padres.

Luego fue desenvolviendo su pensamiento respecto de cada una:

En cuanto a lo primero, sería asunto para poner en manos de Luis.

Lo de las viviendas me tomó por sorpresa. Ni se me había pasado por la mente. Jorge comenzó a exponer su opinión:

— Pues creo que debemos convencer a Camilo de que lo mejor es que ellos se pasen a vivir aquí. Van a tener una universitaria en casa y eso significa reuniones y discusiones y alborotos... además música. Por otro lado, los posibles huéspedes, si aparecen serán relacionados o parientes más cercanos a ellos que a nosotros dos que ya éramos bastante solitarios cuando nos encontramos.

Yo pensaba que era cierto eso que Jorge decía, pero me parecía que no estaba completo el razonamiento. Él continuó:

— Tu esperas un bebé. Seguramente estarás bien, pero ellos sentirán que deben tener demasiados cuidados y preocupaciones a la hora de organizar alguna reunión con amigos y piano, y tratarán de restringirse a la sala pequeña de su casa, a la cual van a añadir, según Luis me contó que Camilo estaba buscando, un piano vertical que no ocupe mucho espacio —Jorge hizo una pausa antes de continuar:

— Nosotros dos no tocamos piano, al menos no todavía. Cabemos perfectamente en esa casa con todo y Otilia, porque a ella la quiero tener cerca de ti permanentemente. Con el piano vertical, cuando ellos, sea juntos, o uno a uno, o con la tía Carlina y Vero y Jaime nos visiten, tendremos la posibilidad de escucharlos tocar y cantar...”

Muy admirada de la sencillez y claridad de esas reflexiones, asentí con toda mi mente y mi corazón y le dije que claro, que eso estaba muy bien pensado y que comenzara él por hablar con Camilo, diciéndole que yo estaba especialmente interesada en esa nueva distribución familiar. Que por favor fuera a buscarlo esa misma tarde para que después Camilo hablara con Felisa y se vinieran juntos con Luis. Verónica y Jaime sin duda llegarían en buena hora y entonces, les contaríamos de mi embarazo.

Pasadas las nueve de la noche terminamos la reunión. Realmente todos comprendieron que era una jugada perfecta en el terreno de nuestras vidas y que lo mejor era ponerlo por obra de inmediato. Los asuntos legales llegarían y serían atendidos y despachados después. No había ningún afán a ese respecto.

Camilo se comprometió a pasar al día siguiente por el trabajo de Andrés y contarle y pedirle que él le contara a Adela y a José María. Yo buscaría a Patricia en el hospital. Así todos estaríamos en la jugada antes de que el retoño que yo cargaba, se percatara de los muchos movimientos del clan.

El sábado fue el intercambio de viviendas. Pocos muebles se movieron. Camilo llevó a nuestra sala un piano vertical mediano, bien afinado, de madera de nogal de bello color. Verónica prefirió continuar viviendo con nosotros, así que ocupó el cuarto de huéspedes de la casa y Otilia encontró para ella un cuarto de buen tamaño, cercano a la cocina.

El domingo, con el clan completo en el cual hizo presencia el nuevo miembro, José María Cordero, inauguramos la nueva casa Guerrero-Pinzón y escuchamos el piano recién llegado y las voces

de los niños de la Casa de la Esperanza, repitiendo sus mejores canciones.

Todos estábamos emocionados con el bebé que llegaría... Patricia emocionada, se alistaba de una vez para atenderlo como si el nacimiento fuera al día siguiente.

Nos despedimos esa tarde contentos y con el compromiso de acudir al re-estreno de la casa Beltrán-Guerrero, evento a realizarse un domingo del futuro próximo, el cual nos sería anunciado oportunamente.

Esa noche me soñé a mí misma recorriendo un camino en el cual se alternaban hechos reales, hechos vividos en sueños y cuentos de hadas muy cercanos... No todos los hechos era buenos y alegres. No. A ratos se escuchaban llantos o gritos de temor, otras gruñidos y amenazas, pero siempre se apagaban cuando alguna luz pequeña o un susurro los metía en orden...

Las diligencias de Felisa y Vero encontraron opciones muy claras y realizables para una carrera de Historia de Felisa que podría tomarse entre siete y diez semestres, de acuerdo con el rendimiento y el ritmo que la alumna pusiera en ello. Además Verónica tomó nota de la existencia de 'Cursos libres', abiertos para cualquier persona que lo deseara. Que fueran 'libres' significaba que no se exigían comprobantes de título de 'bachiller', pero los contenidos y los períodos de inscripción y matrícula estaban programados con toda precisión y seriedad. Verónica pensó que para empezar tomaría dos de esos 'cursos libres' y trataría de validar el bachillerato simultáneamente.

Jaime, quien nos había agradecido nuestro aporte para 'concretar oficialmente la 'identidad' de Verónica, se les unió cuando salían de la universidad y en cuanto conoció las nuevas apoyó sin objeción alguna la decisión de su novia. Ella, por su parte estaba muy contenta por ese paso y por la oportunidad que tendría de compartir la vida universitaria, de visitar la Biblioteca, de mejorar sus niveles básicos por el método de autoeducación para lograr lo

más rápido posible un diploma que quizás le permitiera hacer una carrera completa.

Camilo en particular se mostró muy contento y expresó:

— Juntas para comenzar es un muy buen comienzo. Así siempre contarán de cerca, cada una con la otra, por si algo difícil se presentare a cualquiera de las dos.

Y comenzó la vida universitaria. En las tardes Felisa llegaba frecuentemente con Vero para saludar a sus papás y comentarles de los sucesos especiales. Camilo llegaba también y pasaban momentos muy gratos de reunión familiar.

Jaime se les unía de vez en cuando. Al comienzo comentaba sobre los negocios que consideraba apropiados para él. Su formación en el extranjero en el área de finanzas más la colaboración con su padre, lo había llevado a conocer aspectos buenos y malos del comercio internacional. Por su parte y como resultado del intercambio de ideas con Jaime, Camilo comenzó a ocuparse como si se tratara de una prolongación de su propia carrera, de estudiar el tema de las cuentas, pagos, impuestos y relaciones con fiscos de los países participantes en un negocio internacional.

Naturalmente fue surgiendo la idea de una empresa conjunta de importación y exportación. El objeto material de esos negocios no estaba claramente definido. En cuanto iban conociendo casos relativos a cada género, hablaban de telas y ropas, de licores, de maquinaria, de alimentos, de materias primas, de juguetes... etc. Todos tenían aspectos muy positivos pero también otros muy negativos; sin embargo era evidente que se podría salir adelante si se planeaba sensatamente y no se pretendía lograr grandes ingresos con la velocidad con la cual los adolescentes desean conseguir los tenis de última hora.

Jorge los escuchaba atentamente y cada vez que tenía una oportunidad de saber algo de ese mundo, la aprovechaba y llevaba noticias, dudas, insinuaciones y preguntas a los ya bien perfilados socios de tal empresa.

Yo escuchaba las charlas pero dedicaba mi tiempo a preparar cositas para el bebé,... 'Jorge', a quien sin duda diríamos 'junior'?, o ..? eso lo diría Jorge, porque hicimos un acuerdo: si era niño, el nombre lo escogía yo, si era niña, lo haría él. Otilia tejía saquitos y patines siempre con lanas de colores vivos. Jorge las miraba muy complacido. Felisa sentía curiosidad, pero de momento estaba completamente sumergida en la emoción de su carrera. Eso sí quería saber qué sentía yo, qué me dolía, aunque fuera una uña, todo lo relativo a mi salud le preocupaba muchísimo.

En esos meses, Verónica se sentaba al piano a repasar las viejas canciones que había aprendido de niña. Ella leía nota y solfeaba. Carlina venía a nuestra casa para conversar y daba ligeras lecciones a Vero quien sin duda era una mujer muy bien dotada para la música. "Cuando sea bachiller, me casaré. Cuando esté casada, me dedicaré a la música. Un paso a la vez", me dijo sonriente un día.

Lo que más difícil le parecía era lo de preparar los exámenes para validar los cursos del Bachillerato. Jaime y Camilo preguntaron por maestros que quisieran ayudar y encontraron una pareja de pensionados que lo hacía por contratos: un contrato por materia a validar, hasta lograr la aprobación de cada curso, totalmente independiente del tiempo que se tardaran en preparar al candidato.

Nuevos movimientos

Terminado el primer semestre de universidad, Verónica inscribió para el siguiente un solo 'curso libre', en la tarde. En las mañanas comenzó a estudiar con los maestros para las validaciones, en la casa de ellos, rigurosamente de lunes a jueves, de diez a doce. Además dedicaba dos o tres horas diarias al estudio individual.

Cuando iban seis semanas de este ritmo, un sábado temprano apareció Jaime para que salieran a dar un paseo. En ese paseo él la llevó a mirar un apartamento muy cerca de nuestra casa, apartamento que él pensaba alquilar para ellos dos. Podían irse de una vez a vivir allá, mientras ella continuaba con su estudio.

Además eso nos podría servir sin duda a Jorge y a mí por si tuviéramos necesidad cuando naciera nuestro hijo, de la alcoba que ella ocupaba. Ya juntos, ella continuaría con sus estudios pero el tiempo libre podrían entre los dos organizar su propio matrimonio para celebrarlo con todos cuando las circunstancias lo mostraran más conveniente. Miraron el apartamento y Vero quiso venir antes de decidir, para hablar conmigo.

Ella me habló del gran amor que representaba Jaime en su vida. Yo la animé a que atendiera de una vez su petición. El amor tiene sus momentos y sería tonto demorarlo por razones que eran externas a ese mismo amor. Ella me abrazó y se fue feliz a aceptar la propuesta de Jaime.

Jorge escuchó a los novios y estuvo completamente de acuerdo. La vida seguía pasando. Ya estaban seguros de que querían recorrerla juntos. Entonces, comenzar a hacerlo cuanto antes era apenas razonable.

En el transcurso de la semana todos lo comentamos, los felicitamos y les colaboramos en la organización y el trasteo de cosas de una y otra parte que les podrían servir y que nos sobraban en nuestras casas.

El fin de semana siguiente se ubicaron en un pequeño pero bonito y acogedor nido, en un tercer piso de una casa nueva. Intencionalmente Jaime no quiso entrar en el tema de comprar casa. Eso sería posterior al matrimonio y de acuerdo con el futuro del negocio que se andaba perfilando entre Camilo y él, y con los planes de Verónica en cuanto a su estudio universitario. Porque el bachillerato, no les quedaba duda, era lo primero y se tomaría un año y medio más o menos hasta lograrlo.

Luis se quedó solo en el apartamento de Jorge. Vino a vernos para decirnos que si Jorge no tenía otros planes, él quería continuar viviendo y pagando el arriendo como hasta el momento pero que si pensaba venderlo, él sería un candidato. Así que por favor le avisara para mover sus piezas y conseguir los fondos necesarios.

Jorge le dijo que claro que podía continuar ahí. Lo de venderlo, de momento no lo había pensado, pero guardaría en mente su propuesta y le avisaría cuando el tiempo y las circunstancias dieran la señal de 'manos a la obra'.

Historia de Jaime

Jaime y Verónica, una vez en el apartamento, se miraron y revivieron simultáneamente encuentros de su infancia, como si tales encuentros, junto con los sentimientos asociados a ellos hubieran permanecido, desde un tiempo lejano, guardados bajo presión en el fondo de todas sus emociones, conocimientos y experiencias, hasta ese momento del presente cuando aparecían ante ellos nítidos, limpios e intocados. Algo como la felicidad de los días perfectos llenos de inocencia, de curiosidad, de alegrías y descubrimientos; como un rayo de sol que llegara desde el pasado para llenarlos de optimismo.

Verónica fue la primera en hablar:

— Te recuerdo muy bien. Eras mi amigo pero seguías todos los caprichos de Tami que no te dejaba ni un minuto de paz..., yo deseaba conversar contigo, pero ella te absorbía y tu gentileza te impedía negarte.

Jaime mirándola con inmenso afecto, contestó:

— Yo tenía diecisiete, tu tenías dieciséis y Tami trece en ese último tiempo de nuestra vida de familia aquí. Mi adolescencia, mis hormonas, mis conflictos con mis padres que no me comprendían, mi enamoramiento casi infantil de tu mami Felisa. Ella representaba para mí lo máximo que cualquier hombre pudiera desear, pero ella no se daba cuenta ni veía cómo temblaban mis manos cuando le ofrecía un pequeño obsequio como una flor robada o una fruta. Siempre me decía sonriendo: "Gracias Jaimito", pero nada más. Ella trabajaba y las cuidaba a ustedes. Yo te veía bella pero Tami me dominaba completamente con su alegría y su curiosidad insaciable y sus impulsos irresistibles..., fue

ella quien me llevó a conocer eso del sexo, y entonces nos atrapamos mutuamente. Me parecía imposible vivir sin verla. Un día mi madre nos descubrió, no me dijo nada pero lo que siguió fue que nos fuimos mis padres y yo para los Estados Unidos, en lugar de que fuera mi padre solo como eran los planes. Nos fuimos sin despedirnos, sin tener ni idea de que Tami estaba embarazada, sin esperar siquiera hasta el día de sus catorce años. Salimos ocho días antes de esa fecha. Cuando me di cuenta de que no volveríamos, entré en una noche interminable ... mi vida fue muy oscura por largo tiempo...

Jaime miró de nuevo a Verónica y añadió:

— Realmente te amo a tí. Sí, amé a Tami como los adolescentes se aman: deseando todo el día estar con ella, satisfaciendo esa hambre desesperada en cuanto se podía, abandonando todo lo de estudiar y cumplir,... Hoy, creo que mi madre hizo bien en forzar nuestro viaje, pero pasé muy infelizmente los años del High School, obsesionado por regresar para vivir con Tami, sin tomar conciencia de que en tal estado de abandono de mi cabeza y de mis obligaciones no podría hacer nada aunque lograra venirme.

Verónica pasó sus manos por la cabeza y los hombros de Jaime y esperó un poco antes de preguntar:

— ¿Supiste de la muerte de nuestra madre Felisa?, ella no alcanzó a darse cuenta del embarazo de Tami. Murió dos o tres meses después del viaje de ustedes.

— No, ni una palabra. Mi padre tal vez supo algo pero no lo comentó. Lo que sí hizo fue hacerme reaccionar y empujarme a conocer el negocio, a estudiar las leyes de los países con los cuales comerciábamos, que eran China y Estados Unidos... Pasaron varios años, me gradué en Comercio Internacional y entré a trabajar de tiempo completo en la empresa de la familia. Mi madre murió y el viejo entró en un período de debilidad mental, del cual no se recuperó. Así le llegó su final dos años después y quedé solo, con un negocio y un montón de problemas y una necesidad profunda,

muy profunda, no ya de la forma externa del amor, sino de afecto real, interior, sincero, generoso..., entonces decidí vender la oficina de los Estados Unidos y quedarme con la de aquí y la de China. Hacer eso me tomó más de un año. Lo soporté pensando en ustedes. En tu mami, como madre: yo necesitaba una madre. En Tami como la chispa para recuperar mi entusiasmo y para casarme con ella, pues estaba seguro de que ella me esperaba. En cuanto a ti, te imaginaba casada con un hogar seguro, tranquilo, como lo que yo deseaba tanto —hizo una pausa antes de terminar:

— Al fin me vine. Al fin llegamos a puerto aquí en la patria. Ahí fue el accidente y la amnesia, y la búsqueda de los muertos..., todo un año, hasta que la enfermera, hoy tu hermana Selma, me descubrió y me llevó contigo...

Se abrazaron sin palabras. Verónica se paró y fue a la cocina en busca de elementos para preparar un café. Jaime la siguió.

— He hablado mucho. Gracias por oír este relato. Yo necesito escuchar el tuyo, completo. No hace falta mucha sabiduría para entender que fue un tiempo muy duro. Sobre todo desde la muerte de Tami... Tú, solita en el mundo. Con miedo de ese buen hombre a quien llamabas 'el Viejo', quien realmente te cuidaba...

Jaime terminó diciendo:

— Poco a poco iremos recuperando todos los años de nuestro forzado alejamiento, compartiendo recuerdos...

Se sentaron en la cocina para tomar el café. Luego Verónica le prometió que le contaría todo lo sucedido en la vida de ellas tres, pero le aseguró que en el momento actual ella estaba bien y muy feliz de recomenzar la vida junto a él.

Cambiando de tema invitó a Jaime para que comenzaran por poner algunos adornos en las paredes y arreglar el apartamento de forma que resultara siempre acogedor para ambos. Después vendría la programación de actividades y tiempos reservados al descanso y a

la compañía de los buenos amigos que formaban ese grupo especial que los había acogido sin dudarle ni un momento.

En relación con Felisa, acordaron mutuamente ser siempre para ella sus tíos amorosos, felices de verla y dispuestos a compartir y colaborar en lo que fuera posible, sin interferir con sus decisiones personales, ni con las de su matrimonio, ni con las de sus padres.

Verónica había traído cuadros y adornos que yo le había ofrecido cuando cambiamos de casa y los dos pusieron manos a la obra.

En ese apartamento no había piano pero Jaime tenía un buen equipo y discos muy escogidos, así que pasaron largo rato trabajando mientras escuchaban buenas grabaciones de los grandes compositores clásicos cuya música ambos amaban.

Hacia las cinco de la tarde llegaron a nuestra casa, contentos de haber organizado completamente su vivienda. Yo hablé con Otilia para que nos preparara una cena sencilla. Luego conversamos largamente en el estudio.

Jaime quería que los cuatro habláramos sobre el tema de descendientes Riot. Ellos no querían tener hijos propios. Querían adoptar un bebé. Vero dijo que la tarde misma del parto y muerte de Tami, ella tomó la resolución de no tener hijos propios nunca, nunca, aunque tuviera que quedarse soltera toda la vida. Jaime agregó simplemente que él pensaba que ese pensamiento era correcto y oportuno. Vero había vivido una vida muy difícil, y el período del embarazo y parto de su hermanita la habían agotado demasiado, física y emocionalmente. En el presente, ambos estaban en buenas condiciones y tenían un gran deseo de criar un niño y darle amor y ayudarlo a encontrar su propio camino en la vida, así como nosotros habíamos hecho con nuestra preciosa Felisa.

Jorge de una vez les explicó que para evitar de forma definitiva la concepción, podía esterilizarse cualquiera de ellos. Les explicó los métodos y al final Jaime dijo sin sombra de duda:

— Que sea yo a quien operen. Veo que es más fácil y mucho más corto el tiempo que se tomará todo el proceso. Yo no he vivido ni de lejos con tantas penurias y sufrimientos como Vero, de modo que si puedo evitarle a ella una operación, pues... ¡claro que lo hago!. Así que díganme por favor con quién debo hablar para acordar los pasos a seguir. Programaremos nuestro matrimonio para después de ese asunto... —luego añadió:

— Lo que sí deseamos hacer mañana mismo es ir a la Casa de la Esperanza, para comentar con la hermana Marta y pedirle su colaboración en cuanto al bebé

Acordamos nosotros cuatro no hablar a la hermana Marta de la vida de Tami ni de la paternidad de Jaime relativa a Felisa. En cuanto a Vero, simplemente su apellido, el mismo mío, la identificaría como tía de Felisa y no se necesitaban más explicaciones. Si la hermana, muy en privado quería más detalles, sería Jorge quien se los daría, referidos solamente al proceso de la Pintada y a la ignorancia del lugar del bautismo y del registro de nacimiento y por consiguiente, del apellido de Vero.

Otilia se asomó para avisar que la cena estaba lista. Podíamos pasar cuando quisiéramos. Nos levantamos de una vez y pasamos al comedor. Brindamos por el futuro de todos y cenamos alegres. Vero se veía completamente libre de tensiones y así continuaba cuando se despidieron para ir a su apartamento recién arreglado.

Jorge y yo acordamos ir al día siguiente temprano a casa de los Beltrán-Guerrero para ponerlos al corriente de lo hablado y cerrar el capítulo sobre los antecedentes de los Riot-Pinzón, tíos de Felisa y muy queridos por todos.

Felisa, después de saludarnos con besos, manifestó de inmediato, con total seriedad, que ella tenía sus papás Guerrero-Pinzón, sus tíos Riot-Pinzón, su marido Camilo Beltrán, su suegro Luis Beltrán y su tía abuela Carlina Montejo: Esa era su familia paterna total hasta el momento. Los demás, con quienes formaban un grupo parecido a una tribu, eran amigos muy queridos y especiales, pero

no miembros de la familia. Así que las relaciones familiares, para ella, quedaban entre los que acababa de nombrar y los que nacieran de ellos pero nadie más.

Habiendo expresado categóricamente su pensamiento, nos dejó conversando y se retiró a estudiar en su cuarto. Jorge miraba a Felisa con expresión clara de aprobación mientras ella hablaba y se despedía. Realmente era su hija. Se parecía a él.

Camilo opinó que era necesario llamar a su padre y a su tía para completar con ellos la información referida. Además, él quería hablarles de los planes de negocios con Jaime Riot, los cuales también eran parte de los asuntos familiares.

Eso se hizo. Luis y Carlina llegaron juntos. Después de saludos afectuosos para todos, se sentaron para escuchar a Jorge la exposición del resumen de los hechos y decisiones, incluidas las medidas tomadas por Jaime y Vero en cuanto a evitar descendencia y el nivel de información que compartirían con la Hermana Marta si ella preguntaba. Todos estuvieron de acuerdo y no se hablaría más del tema.

Camilo presentó el estado de la empresa comercial Riot-Beltrán y las funciones que desempeñarían en ella a saber: Jaime como Gerente, Luis como asesor jurídico y él, Camilo, como contador. Todo entraría en vigencia dos semanas después del matrimonio de Jaime y Verónica.

Así comenzó el tiempo de consolidación de la tribu.

Una vez más el pasado re-aparece

El matrimonio de Jaime Riot y Verónica Pinzón se celebró el primer sábado de mayo, con presencia de todos los amigos, incluidos Adela y José María como pareja bien establecida.

La Hermana Marta y los niños con dos encargadas de cuidarlos llegaron también puntualmente al restaurante campestre contratado por Jaime. Cerca de ellos, Patricia con su gritón Juan

Andrés de un año, facilitaba acercamientos sociales de 'los enanos', como ella los llamaba.

Yo estaba en el último mes de la dulce espera. Me senté junto a mi 'hermanita' Patricia para escuchar sus relatos y experiencias de ese primer año de ejercicio maternal. Jorge nos miraba sonriendo con un tris de burla que no intentaba disimular.

Felisa, junto con Verónica y Camilo, sin piano, dirigieron los cantos de los niños y la tía Carlina les colaboró como siempre, reforzando en donde hacía falta o se notaban dudas.

Puesto que los recién casados deseaban adoptar un bebé, la Hermana al felicitarlos les aseguró que ella estaba pendiente. De acuerdo con su experiencia, ese tipo de casos de recién nacidos abandonados, era el más frecuente. Solo faltaba esperar con paciencia.

Después de un viaje al mar, Verónica y Jaime regresaron con gran ánimo a sus proyectos.

La empresa comercial Riot-Beltrán (R&B) inició actividades el día primero de junio. Verónica se hizo cargo inicialmente de la Secretaría junto con una chica llamada Luisa, recomendada por la Hermana Marta, entendiendo que en cuanto Vero recibiera su bebé, Luisa continuaría sola.

En la noche del día diez, Jorge y yo nos fuimos al hospital. Nuestro hijo golpeaba para salir.

Jorge Luis Guerrero Pinzón nació el once de junio a las nueve y cuarto de la mañana. Patricia había pedido se le permitiera hacer un cambio con una enfermera de maternidad para estar cerca de mí en ese día y ayudar a bañar al bebé. Jorge consideró ésa una circunstancia que auguraba 'buena suerte' a nuestro hijo por el sorprendente optimismo de Patricia.

Al día siguiente regresamos a la casa. Otilia nos tenía todo muy limpio y adornado. Ella estaba feliz.

Jorge había llamado a Luis y a Camilo para decirles que yo quería para el recién nacido el nombre 'Jorge Luis', (así nos evitaríamos el 'junior' que no me agradaba). Que puesto que el 'Luis' iba en segundo lugar, eso impediría en el futuro las equivocaciones que deseábamos evitar, Jorge les preguntaba a ellos si estaban de acuerdo. Además, queríamos pedirle a Luis que fuera el padrino. Contestaron que claro que sí, a ambas preguntas.

Felisa estaba radiante con su hermanito. Faltó a la universidad por 'causa mayor', y estuvo todo el día cerca de nosotros. Ella pidió ser la madrina, al lado de su suegro. Esos lazos familiares se reforzaban solos cada día.

La presentación oficial de Jorge Luis fue el último sábado de junio, con motivo de su bautismo. Nuestra casa estuvo a rebotar. El piano vertical mostró nuevamente lo acertado de tenerlo. Jaime pensó y expresó que en cuanto compraran una casa, ellos también tendrían un piano disponible.

Jorge iba todos los días al hospital, mientras yo disfrutaba de mi licencia de maternidad. Un día al final de julio Jorge regresó a media mañana para cambiarse de ropa. Se vistió con total informalidad y me dijo:

— Ni te imaginas lo que ocurre. No es nada malo, pero no te adelanto nada hasta no estar seguros. Voy con Luis —Me dio un beso y otro a Jorge Luis y salió.

Un telegrama misterioso

Llamé al hospital para preguntar por Jorge. La enfermera me dijo que él había salido luego de recibir un telegrama y hacer una llamada. Le pregunté si sabía de dónde había llegado ese telegrama y me dijo que de un pueblo llamado 'Rastrojo', o algo así. Tuve que conformarme con esa mínima explicación.

Jorge regresó al atardecer. Me dijo que era de un funcionario del pueblo 'El Rastrojo' para decirle que, en relación con la solicitud

que el médico Jorge Guerrero, había hecho años antes, de buscar a alguien llamado P.J. López, ellos habían recibido desde ese tiempo, una circular de las autoridades que pedían se le avisara a él, en cuanto un ciudadano con ese nombre apareciera en cualquier oficina del gobierno. Luego el funcionario continuó en presente diciendo que hacía unos días ahí, en su oficina se había presentado un hombre con cédula de Pedro José López pero decía que ése no era él.

Puesto que no era posible contactar al hombre en ese mismo día, Jorge firmó un poder allá mismo a su abogado Luis Beltrán para que se hiciera cargo del asunto. Luis firmó aceptando el poder y se comprometió a regresar en cuatro días, a fin de que avisaran al hombre para que se hiciera presente.

Habían pasado en total treinta años desde la publicación del periódico que mostraba el nombre de P.J. López como involucrado en la desaparición de Felisa Corrientes y su hijita Verónica sin que el sospechoso diera ninguna señal de vida o muerte, y de repente, aparece en carne y hueso en una oficina del gobierno, alguien así identificado, quien niega ser P.J. López..., todo un misterio.

Decidimos, después de reírnos del asunto, no hacer elucubraciones que no nos llevarían a ninguna parte, mucho menos hablar a Vero ni a nadie de eso. Nos limitaríamos a esperar las noticias de Luis.

La siguiente noticia fue un telegrama de Luis, pidiendo a Jorge ir hasta allá en compañía de José María en el siguiente fin de semana, a lo cual Jorge le respondió esa misma tarde que irían el sábado madrugados.

Jorge fue a buscar a José María para preguntarle si conocía el pueblo 'El Rastrojo' y él enseguida contestó que sí. Que quedaba cerca de su pueblo y que por ese lado era la parte de La Pintada en donde estaba la casa en la cual vivía su amigo cuando ambos eran niños, el amigo llamado Rodolfo que era hijo del capataz de toda la Pintada y que fue el patrón que lo dejó cuidando a su mujer y su hija que apenas tenía tres años. José María nunca supo el apellido,

solo supo que lo habían matado para quitarle la propiedad de la finca.

Jorge le pidió que se vistiera como si fuera para su pueblo y no quisiera que nadie se fijara en él y que lo acompañara porque tenía un cliente por esos lados.

Por el camino Jorge preguntó en dónde fue que Rodolfo le entregó a la mujer y a la niña para que las cuidara. José María le dijo que eso fue en un pueblo un poco más retirado que el de él, y allá fue en donde ellas vivieron escondidas hasta que se supo de la muerte del patrón. Luego Jorge le preguntó si él conoció a un Pedro José López por esos lados. José María dijo que no sabía de nadie con ese nombre que viviera en su pueblo o en los otros pueblos de por ahí.

Luis los esperaba y de inmediato los llevó a una cafetería para explicarles brevemente de lo que se trataba: Él iba a sentarse en la esquina más alejada de la puerta para esperar a alguien. Ellos dos se sentarían en una mesa que quedaba frente a la puerta pero hacia la mitad del espacio entre la puerta y la pared de atrás. Ahí tomarían su refresco y cada vez que una persona entrara, José María debía mirar atentamente. Cuando reconociera a alguien, sin decirle el nombre, iría a darle la mano y si era el caso, un abrazo. No se trataba de nada malo, pero era necesario para el bien de todos.

Jorge y José María se sentaron a tomar su refresco. Entraron algunas personas, compraron algo y volvieron a salir. Luego entró un niño y miró hasta que localizó a Luis, entonces se devolvió hasta la puerta y llamó a alguien que se había quedado afuera: "Sí, don Pedro, aquí está el señor Luis. Venga". Y cuando entró don Pedro, José María se levantó emocionado, se acordó de las instrucciones y salió casi corriendo hasta el lugar en donde el recién llegado se paró al sentir el movimiento. El recién llegado también caminó hacia José María con los brazos abiertos. Se abrazaron. José María comenzó a llorar.

Jorge fue rápidamente hacia ellos pensando en que la emoción podría ser perjudicial para el viejo. Cuando estuvo cerca los vio reírse y llorar. Luis se acercó y les dijo: "ustedes son José María Cordero y Pedro José López. Olviden sus nombres anteriores pero recuperen el tiempo de la amistad. Salgan a caminar por el campo, lejos de la gente y cuéntense mutuamente sus historias. Luego vienen. Nosotros los esperamos aquí.

Ya solos, Luis dijo: "La historia que he logrado hilvanar no está completa pero es más o menos así: Tanto uno como otro fueron engañados. Rodolfo Frontera, el padre de Verónica, para comprar La Pintada después de haber vendido su propiedad anterior y de haberse endeudado con la ayuda de los maquinadores; Pedro José López para hacer de intermediario entre Frontera y el falso 'dueño de la Pintada', creyendo que era verdadero. El intermediario entró a la Notaría del lugar llevando en su mano el fajo de billetes y la cédula de Frontera, después de entregar su propia cédula a Frontera quien debía esperarlo en la entrada. No he podido saber cuál notario los recibió, firmó la escritura, fue testigo de la entrega del dinero al vendedor y entregó a López la escritura a favor de Frontera, con todas las firmas y con el sello de la Notaría, junto con la cédula de Frontera. De aquí deduzco que López firmó como si fuera el comprador Frontera, lo cual no necesariamente fue una falsedad maliciosa, aunque pudo ser.

Lo cierto es que a la salida, detrás de Frontera esperaban dos tipos para él desconocidos, que se llevaron a López luego de constatar que la escritura estaba completa. Frontera no recuerda nada más. Solo que despertó en una casa campesina muy pobre y no sabía quién era él ni quién lo había llevado hasta allá. A eso siguió un estado mental del cual no recuerda sino episodios aislados... trabajando la tierra, comiendo papa, tomando guarapo... Todos le decían don Pedro. A veces lo llevaban a tomar al pueblo y a escuchar la música de un grupo. Dice que a veces recuerda haber cantado, porque en momentos se acordaba de canciones aprendidas... en fin, la vida iba así, días más o menos de persona

normal y días perdidos. A veces lo traían a su camastro entre dos porque se perdía con facilidad aunque estuviera cerca... eso sí, nunca volvió a saber de fechas ni de días de la semana.

Pero hace un mes se despertó, quiso mirar su reloj y no lo encontró. Se lamentó de la borrachera de la noche anterior, como le pasaba cuando estaba en su casa, con Felisa, su mujer y con Verónica su hijita de tres años... y al ver que no conocía nada de lo que lo rodeaba salió a preguntar.

La gente de esa parte lo había encontrado muchos años antes tirado en un camino. Parecía muerto pero sintieron que respiraba y entonces lo subieron a una carreta y allá fue a dar. El dueño de la carreta pensó en contratarlo como peón. El hombre no entendía casi nada pero algo ayudaba. Algunos días hacía mucho y otros nada.

Preguntó por qué le decían Pedro si él se llamaba Rodolfo y le dijeron que su cédula decía Pedro José..., entonces quiso saber en qué año estaban y creyó que se burlaban de él porque eso era imposible. No podía ser. Si fuera así él estaría viejo, como de casi sesenta años... Le dijeron que él se veía como de sesenta años... entonces salió corriendo. Quería ir al pueblo a preguntar qué le había pasado, por qué tenía esa cédula que no era la suya. En dónde estaba su familia...

El hombre lo llevó y esperó a que el Comisario lo atendiera. El Comisario buscó en las listas de personas perdidas y encontró que alguien, cinco años antes había preguntado por un P.J. López. Entonces mandó un telegrama a la persona y dirección que estaba anotada y una semana después lo llamaron para avisarle que al día siguiente llegaría un abogado de la ciudad para atender al hombre de la cédula P. J. López

Los amigos volvieron. Ambos sorprendidos y ambos contentos. Con la ayuda de José María, Pedro había recordado su vida y los muchos problemas que tuvo para comprar La Pintada, por la cual lo mataron y buscaban a su hija para matarla, después de que

reclamara la herencia y se la pasara a ellos, los matones, que eran los mismos que se lo habían conquistado desde que era un jovencito para enseñarle a ser tomador y mujeriego y a hacer negocios siempre con su ayuda y bajo la dirección de ellos...

Luis les recomendó que a nadie contaran quiénes eran realmente, porque puede haber sucesores de los frustrados que quisieron quedarse con la hacienda y esos no tendrían ninguna duda en matarlos y hacer mal a las personas queridas por ellos.

Fue Rodolfo mismo quien propuso que Jorge y Luis planearan la mejor manera de establecer una relación amistosa con su hija Verónica, sin necesidad de que nadie más supiera que él era el padre.

Luis le dijo que sí. Que eso era bueno. Vero debería saber la verdad pero entre ellos dos tenían que buscar una forma de presentarlo al grupo como un viejo amigo de la familia de su madre Felisa. Que fuera Vero quien decidiera si le contaba a Jaime o no.

José María dijo que él quería invitarlo a vivir en la casa que habían comprado entre él y Adela y que tenía un cuarto libre. Llegaría con él como el amigo de su infancia con quien hacía treinta años no se veían.

Pedro estuvo muy de acuerdo: viviría en la casa de su amigo, trabajaría como obrero, pagaría un arriendo. y pasaría sus días sencillamente, con la posibilidad de ver a su hija de vez en cuando, en calidad de viejo amigo de la familia. Era muy preferible que nadie más, aparte de Jorge y Luis conociera su identidad. Jorge añadió que yo tendría que saberlo, pero que podía estar completamente seguro de nuestra prudencia y profundo afecto por Verónica y por él mismo.

Todos fueron hasta la casa de la familia que compartió con Pedro tantos años. Jorge y Luis acordaron donar a Pedro, en nombre de Verónica, una suma para ayuda de sus amigos, suma que él les entregó junto con grandes sentimientos de gratitud y la promesa de visitarlos cada mes. Les confirmaron que su nombre sí era Pedro

José López, pero que la enfermedad que padeció le hizo creerse otra persona. Jorge dejó a la familia su nombre y la dirección del hospital para que cuando tuvieran algún problema de salud, lo llamaran.

Mientras Pedro buscaba algunas cosas que quería llevarse, Jorge le preguntó a José María si le había hablado de la segunda hija y él contestó que no, porque esa niña había sido declarada por la partera como hija de él y como había muerto tan jovencita, para qué contarle algo tan triste. Jorge le estrechó el brazo en señal de comprensión y amistad. "Entonces, nunca se lo digas. Nadie debe hablarle de eso. El pobre ha sufrido mucho también". Luego le dijo que lo de Verónica, ella misma sabría qué decirle, pero eso sería entre ellos. Que por nuestra parte a nadie más le contaríamos quién era Pedro. Solamente se trata de un viejo amigo de la familia y de José María, quien se quedó solo y vino en busca de sus amigos.

Pedro salió y todos cuatro fueron a buscar el transporte. Decidieron que José María y Pedro llegaran directamente a la casa de las Hadas. Jorge explicó a Luis que quería comentar todos los asuntos conmigo, luego los dos buscaríamos a Verónica para conversar con ella, y al día siguiente, Adela y José María llevarían a Pedro a nuestra casa. De ahí llamaríamos a Verónica. Luis entró con Jorge a saludar a su ahijado y a mí. Se mostró satisfecho con la actitud de esos viejos amigos reencontrados y nos dijo que Camilo tendría que saberlo pero que Felisa y Jaime no. De eso se encargaría él mismo. Luego siguió para su casa.

Verónica al saber las nuevas estuvo triste por su mamá, porque ella había amado de verdad a ese hombre. De todos modos, Vero lo presentaría a todos como un viejo amigo de su padre y de la familia de su madre. Luego se dispuso a conversar con Pedro con sencillez, sin hablar ni una palabra de Tami ni de la relación con la esposa de Camilo, quien era hija del doctor Jorge y de la enfermera Selma y casualmente se llamaba Felisa.

La conversación entre los dos fue tranquila y sincera. Ambos lamentaban la separación y a la vez agradecían haber llegado al

momento de verse y de sentirse miembros de una familia verdadera. Vero le contó de su esposo con quien se conocieron en los dieciséis pero dejaron de verse por casi veinte años y volvieron a reencontrarse. Estaban bien e iban a adoptar un bebé. Jaime no podía tener hijos propios. En uno de los días próximos ella lo presentaría ante Jaime como Pedro José, el amigo de infancia de su padre y de toda la familia de su madre. Así haría con todos los demás. Los pocos que sabían la historia, por acuerdo la habrían olvidado ya. Entre otras cosas porque el peligro era real. José María fue herido dos veces y amenazado de muerte. El objetivo era ella. Eso había sido superado cuando los que querían matar al viejo Tobías desaparecieron y él comenzó a llamarse José María Cordero y ella Verónica Pinzón, pero los nuevos del género de los malvados estaban siempre alerta y tenían oídos por todos lados.

Pedro estuvo completamente de acuerdo y agradeció el que ella hubiera querido conocerlo y hablarle. Vero le aseguró que poco a poco aprenderían a encontrar momentos de conversación, sobre todo en las reuniones del grupo que solían ser muy agradables y alegres. Igualmente le aseguró que su madre Felisa, siempre lo había amado y que fue ella quien le dio, cuando estaba a pocas horas de morir, ese trozo de periódico en donde hablaban de Pedro José López, y le dijo que era alguien que podría conducirla a ella, Verónica, a encontrar a su padre. Y así fue.

Adela se despidió y salió para el mercado. Pedro y José María se quedaron a comer. Luego agradecieron y se fueron a la casa de las Hadas. Verónica quedó sorprendida y aliviada. Para ella era muy bueno saber que ese hombre vivía y que había sido buen padre en su corazón y fiel amigo, esposo y viudo. Ella agradecía por todo eso.

Luego, en pocos minutos me contó lo fundamental. Enseguida llamó a Jaime y quedaron de encontrarse en una cafetería que solían frecuentar. Salieron a la vez, en direcciones convergentes. En la cafetería hablaron largo tiempo y finalmente llegaron a su casa.

Un bebé llora

El lunes yo decidí preparar una reunión del clan completo para el domingo siguiente, comenzando a las once del día. Llamé a Verónica para contarle e invitarla a que transmitiera el mensaje a todos. El tema era que yo deseaba un poco de alboroto antes de reintegrarme a mi trabajo, pues la licencia estaba a punto de terminar. Además para aprovechar la ocasión y presentar a un viejo amigo de la familia de Vero.

El miércoles me llamó la Hermana Marta:

— Señora Selma: Será posible que la señora Verónica venga a la Casa de la Esperanza en una hora?, es algo urgente y bueno para ella.

— Claro que sí. Yo voy con ella. Otilia puede quedarse al cuidado de Jorge Luis y allá le caemos. Jaime debe estar en la empresa.

Llamé a Vero: — Ven a mi casa enseguida. Tenemos que hacer algo ahora mismo! —le dije y colgué. Supuse que se trataba del bebé y mientras Vero llegaba busqué pañalitos, cobija, saquitos y otras prendas de mi bebé que ya no le quedaban. Lo metí todo en una bolsa y me paré en la puerta a esperar. En cuanto la vi venir le avisé a Otilia y ella enseguida se puso al lado de la cuna. Entonces salí y tomé del brazo a mi amiga y le dije: ¡A la Casa de la Esperanza!

Se trataba de una bebita que acababa de nacer en el hospital. Su madre en estado de extrema gravedad había expresado su voluntad de que la Hermana Marta acogiera a su hijita y le buscara un hogar.

La Hermana acababa de llegar con la bebé a la Casa de la Esperanza. Verónica temblaba de emoción. Firmó el papel y como nombre escribió: Tamila Riot Pinzón. Le agradecemos en el alma a la hermana quien aconsejó a Verónica que se metiera en la cama y pusiera a la bebita muy cerca para que ella aprendiera a reconocer

su olor y superara el trauma del nacimiento. Pedimos un carro y nos fuimos a mi casa.

Otilia en cinco minutos tuvo la cama de huéspedes lista y preparó una fórmula suave con la leche en polvo que a veces usábamos para Jorge Luis. Verónica lavó muy bien sus manos y su cara, se metió un camisón mío y en la cama recibió a su pequeña Tamila, linda y perfecta como una muñequita. Vero estaba profundamente conmovida. Bendijo a la bebida con profunda piedad y fe. Luego trató de ayudarle a mamar untando de leche su dedo y poniéndolo en los labios de la pequeñita. Al fin Tami lamió la leche. Otilia le ayudó acercándole un biberón y así, una gota con el dedo y unas pocas más del biberón, Tamila comenzó a alimentarse sobre el regazo de su madre.

Nos pasamos el día completo en ese oficio. Al mediodía llamé a Jorge para contarle y pedirle que informara a Jaime y se lo trajera. Camilo y Felisa atinaron a llegar antes que Jorge y Jaime. Felisa se quedó sin palabras. Le pareció que Tamila era la más bella criatura del mundo.

Así llegó felizmente, en figura de mujercita recién nacida, el deseado fruto del amor de una pareja muy particular. Luis avisado por Camilo se hizo presente. Andrés lo supo por Patricia a quien yo misma llamé y ambos llegaron. Jaime se puso de rodillas junto a la cama y le salían lágrimas de emoción. Jorge traía una botella de champaña y todos brindamos por la nueva vida y por la familia y por el grupo. Fue el momento de invitar para el domingo. Andrés se comprometió a traer a Patricia junto con Adela, con José María y con otro señor que era un viejo amigo de José María y estaba de visita. Luis llegaría puntual con la tía Carlina.

Finalmente todos regresaron a sus lugares. Había sido una sorpresa muy grande. Vero y Jaime se despidieron y salieron felices con su Tami chiquitica.

El domingo, Jorge fue él mismo a traer a la familia Riot en el carro. Quería dar un vistazo a los signos de la bebé antes de meterla en una reunión social que se preveía muy movida.

Llegaron primero Andrés y su patota. Entonces fui yo quien presenté a Pedro como un amigo de infancia de José María y del padre de Verónica, y en el tiempo de espera de los otros, yo pregunté a Pedro cómo fue que Verónica tenía el trozo de periódico del año treinta y siete, en donde se le nombra a él como implicado en la desaparición de la señorita Corrientes y su hija.

Pedro contestó que Rodolfo sabía que sus compinches, esos que lo habían ayudado a hacerse rico, ellos habían comprometido a su amigo Pedro de toda confianza, para que les ayudara siendo el intermediario en el negocio de la compra de La Pintada. Él y Rodolfo aceptaron, pero Rodolfo, esto es lo que Pedro suponía, entró en sospechas, por primera vez, de la amistad de sus compinches y temió por él y por Pedro. Entonces, sin decirle a Pedro, escribió al padre de su mujer informándole que iba a hacer un negocio muy grande y que no se preocupara que el amigo Pedro José López, a quien el suegro conocía muy bien, sería el intermediario. Por otro lado, llevó a su mujer y a su hijita, sin contarle ni a Pedro ni a nadie, para dejarlas escondidas en un pueblo cercano al lugar donde vivía el amigo de infancia de Rodolfo, el más fiel e incondicional que es José María, aquí presente.

Por eso cuando desaparecieron la mujer y la hija y se conoció la noticia de la muerte de Rodolfo, el suegro pensó que se trataba de un secuestro y supuso que el intermediario estaba involucrado.

Aquí entré yo para completar el relato. Les dije que seguramente fue él, el suegro, quien puso el aviso en el periódico y Jorge a quien Verónica le entregó ese trozo de papel junto con la información que le dio su madre antes de morir, hizo la diligencia de preguntar por P.J. López. Esto fue por el tiempo en el cual se revivió el asunto de la Pintada, después de que José María fue herido. Lo demás, es decir lo que estaba sucediendo en esos

momentos, era que apenas hacía dos semanas, Jorge recibió el telegrama diciéndole de la aparición de P.J... en El Rastrojo, y con esta información llegó el término para Pedro de más de veinte años de vivir con la mente completamente perdida.

Pedro les dijo que lo último que él vio cuando iba a salir de la Notaría fue que Rodolfo, con la escritura de la Pintada debajo del brazo, había sido recibido y tomado de ambos lados por dos de sus compinches muy sonrientes, a quienes él, Pedro, no había visto antes, uno de los cuales cogió la Escritura, la abrió, la revisó y sonrió muy satisfecho. De sí mismo, Pedro dijo que él despertó mucho después, muy lejos, en una casa campesina de gente muy pobre. Que no había recordado nada, absolutamente nada... y así siguió por todos esos años... con cierta consciencia intermitente que le permitía ayudar en labores del campo pero nada más.

Enseguida yo comprometí a todos los presentes a no hablar del asunto ni siquiera entre ellos, pues sabemos de la mano larga de los enemigos de José María. Terminé pidiéndoles que enterraran ese relato, a lo cual Pedro asintió y agradeció de veras.

Llegaron todos los restantes. La reunión se centró en la bebida y solamente en un momento antes de los cantos, Verónica presentó para todos al amigo que fue de su padre y de José María y quien, simultáneamente con la muerte del primero, había sido dejado inconsciente y con la mente perdida en una zanja muy lejos. Gracias a las buenas labores del doctor Jorge Guerrero, había podido, en cuanto recuperó, veinte años después, su memoria completa, conseguir un nexo con alguien de su pasado: José María aquí presente y yo, aunque no lo conocía, representaba para él a Rodolfo, mi padre, el amigo muerto después de esa escritura tramposa en la cual los metieron a ambos y quisieron destruirlos a ambos en lugares muy separados uno de otro. Verónica nos invitó a todos a acoger al amigo Pedro José y ayudarlo a conseguir trabajos así fuera ocasionales.

José María y Adela expresaron que Pedro José podía vivir con ellos todo el tiempo que él deseara.

Yo les pedí a todos no hablar del tema de esa muerte frustrada pues teníamos bastante certeza de la existencia de enemigos que podrían saltar en cualquier momento. Llamáramos simplemente Pedro a nuestro nuevo amigo.

Siguieron la música y los cantos. Y... hacia el final, cuando los niños cantaban una tonada tradicional, todos comenzamos a escuchar algo como un nuevo instrumento que acompañaba el canto de manera muy suave y completamente nueva. Verónica miró enseguida a Pedro. Era él. Silbaba de una forma no escuchada antes por ninguno de los presentes. La tía Carlina lo miraba y no salía de su asombro. Felisa continuaba dirigiendo a los niños, embelesada por el nuevo acompañamiento.

Yo pensé: "Pedro, el padre, es el origen del don musical,... no Felisa, la madre. Miré a Jorge y él hizo un guiño de comprensión y asentimiento. Ahí lo dejamos. Seguramente Verónica estaba comprendiendo también, o tal vez nunca pensó en ello y ahora tampoco...

Al final felicitamos a Pedro y lo invitamos a venir a nuestra casa para practicar en el piano cuantas veces quisiera, igual que a Verónica...

Jorge se acercó y en voz baja me dijo:

—Es una gran ventaja tener una casa con piano.

No pude menos que reírme. "¡el mismo payaso de siempre!", pensé.

Nuestra vida profesional retomó su ritmo. Yo, un poco triste por dejar a Jorge Luis, salía con Jorge para el hospital. Jaime traía a Verónica con Tami para que pasaran en nuestra casa mientras él estaba en la empresa. Vero jugaba con los dos bebés y, para los quehaceres relativos, ella y Otilia conformaron un gran equipo. Otilia se desempeñaba como cocinera y abuela de los chiquitines. Vero revisaba pañales y los ponía en agua jabonosa. Entre las dos administraban los biberones y arrullaban en brazos a los bebés. En

la mañana se ayudaban para bañarlos y luego, durante el primer sueño del día, enjuagaban y tendían los pañales al sol.

Esos bebés crecieron como hermanos, desde la cuna. Escuchaban música, a ratos a dos voces porque Vero y Pedro comenzaron a cantar a dúo, o canto y silbo, un par de veces por semana. Otras veces cuando la empresa R&B se lo permitía, aparecía Camilo para interactuar desde el piano. Todos los miembros del grupo sabían del trío y cada uno de ellos, cuando tenía un rato libre preguntaba, si no incomodaría escuchando callado los ensayos. Jaime no era ni de lejos el más remiso. Ése aparecía de repente y Vero cantaba y tocaba para él, quien siempre cargaba a Tami al lado de Otilia con Jorge Luis, si Pedro ni Camilo estaban. La cosa se puso muy seria cuando la tía Carlina decidió visitarlos una vez por semana. Ella variaba entre el piano y el coro.

Entonces fue cuando Camilo pensó en montar, como empresa subsidiaria de R&B un salón para presentaciones culturales al público, presentaciones que podrían muy bien incluir el coro de los niños, o conferencias sobre temas estrictamente culturales y artísticos.

Camilo motivó a Pedro José para que se capacitara pensando en ocupar el cargo de administrador de tal empresa e informó a todos del proyecto. Seis meses se tardaron hasta el día de apertura del Salón Cultural R&B.

Felisa avanzaba en su carrera muy contenta. Ella entraba en las presentaciones del grupo musical siempre que el coro de los niños participaba. El salón hacía presentaciones quincenales y recibía ingresos por las entradas. Esos ingresos pagaban los costos, los cuales incluían un salario de Administrador para Pedro, y otro para José María por el Mantenimiento del lugar, además de los pagos por arriendo, servicios públicos e impuestos. Quedaba un remanente variable cuya finalidad definida y única era apoyar a la Casa de la Esperanza.

El Salón Cultural R&B se consolidó frente al público como un lugar de 'música culta' y para los adultos del grupo impulsador, se convirtió en lugar de reuniones informales para charlas simples o estudios compartidos sobre temas específicos: una especie de club de puertas cerradas durante los tiempos sin apertura al público. En esos tiempos Adela solía cocinar platos pequeños y hornear antojos y los dejaba disponibles; los entendidos nutrían una semi-cava con pocas botellas escogidas, para ocasionales encuentros, y los músicos mismos, solían utilizar el piano del lugar para deleitar a quienes se reunían a charlar. En estos encuentros más o menos aleatorios, frecuentemente coincidían Pedro, Luis y la tía Carlina, tres solteros solitarios del grupo; el diálogo entre ellos, cuando estaban solos solía ser muy particular:

Luis y la vieja tía rememoraban sus tiempos de *cuando éramos cuñados* y recordaban con nostalgia a Amelia, la estrella de la familia. Pedro los escuchaba sonriendo.

Pedro y Carlina hablaban con frases musicales: Ella iniciaba preguntando al piano y él silbaba respondiendo. Luis los escuchaba altamente complacido.

Pedro y Luis hablaban en claves e iban hilvanando la verdadera historia de Fronteras y Corrientes, dos apellidos desaparecidos y Carlina iba descubriendo secretos como si fueran tesoros escondidos en túneles de una mina, sellados para los no iniciados.

Amistad bendita de grandes posibilidades... las posibilidades del pensamiento como tal, compartido y estudiado y razonado hasta llegar a conclusiones sostenedoras de la energía y la creatividad mental de los amigos, charlas completamente ajenas al bullicio de la palabrería multitudinaria y de las diversiones bulliciosas, no despreciables, pero de niveles completamente generales que exigían ambientes igualmente bulliciosos y parlanchines.

Los más jóvenes del grupo

Tamila y Jorge Luis tenían un año largo de vida, Juan Andrés, el más viejo de la nueva generación cumplió tres años y su mamá anunciaba la llegada de próximo hermanito, en un par de meses. Felisa iba terminando su carrera de Historiadora y su físico comenzaba a tomar forma maternal. Jorge estaba muy pendiente de todo lo relativo a ese embarazo. El peso, el ánimo, la necesidad de buen reposo y, por supuesto, la frecuencia apropiada de visitas al ginecólogo.

Camilo quería a Otilia en su casa y yo acepté la separación de mi amiga. En su lugar, Adela venía a nuestra casa todos los días por tres o cuatro horas pues distribuía su tiempo entre Patricia y familia, y nosotros. José María junto con Pedro alternaban entre el Salón Cultural y la atención de la huerta y jardín en Las Hadas. Por la tarde todos tres compartían la cena y los quehaceres que estuvieran pendientes.

Así, antes de terminar el año, tuvimos y celebramos según nuestras costumbres, en la casa de ellos, el grado de nuestra niña y en el apartamento de Andrés el nacimiento de Adela Patricia. Nuestro nieto se vislumbraba para abril del nuevo año.

Llegó Selma Felisa el día de Pascua. Una niña perfecta. Jorge me abrazó en el hospital en cuanto nos permitieron verla y se agachó para besarla en la frente. Luego nos quedamos alejados para que la enfermera abriera la puerta a Camilo y a Verónica que esperaban afuera con Luis. Me acerqué a Vero quien miraba con una inmensa ternura a la madre y a la hija... yo abracé sus hombros mientras ambas pensábamos al ver a la Felisa mamá de hoy, en la misma Felisa, veintidós años antes, cuando era una infortunada huérfana recién nacida en un rincón callejero, con muchos problemas graves y visibles en su carita... cuánta distancia y cuánto camino había recorrido nuestra niña del alma, hasta ser una mamá orgullosa de una perfecta princesita.

Selma Felisa, nuestra nieta, un triunfo de la vida.

Todos estuvimos juntos y muy alegres en el bautismo. Lo celebramos en grande en la casa de la familia Beltrán Guerrero.

Los coros fueron dirigidos por la tía abuela Carlina y la tía Vero. Además el orgulloso padre al piano y la tía Vero se lucieron con el Avemaría. Finalmente algo nuevo: La tía Carlina al piano y el tío Pedro nos ofrecieron un diálogo musical alegre y muy divertido. El piano hablaba y el silbido respondía. Los niños aplaudían.

Y, vino el tiempo bueno. Ciertamente se cumplían las sabias palabras de Don Quijote:

"Sábetete Sancho... todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas; porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca"

Los malos tiempos que nunca son eternos, se cambiaron por buenos tiempos para los miembros de nuestro grupo. Eso no se dio automáticamente: fue el fruto de buscar soluciones, planear los caminos y recorrerlos en su totalidad a pesar de los tramos muy difíciles, de las derrotas intermedias, de los ataques desleales...

La constancia en la búsqueda de las metas posibles de cada día llevó a nuestros amigos, cada uno en su propio nivel, a la conquista de un vivir feliz, con la felicidad posible, no la más espectacular ni la más envidiable.

Pero el bien logrado tampoco es eterno. Quienes tienen la suerte de comenzar su vida en tiempos muy buenos, corren el peligro de llegar al final de esos tiempos repentinamente. Esto sucederá muy pronto si se abandona el esfuerzo, si se conforman las personas con la repetición trillada de las mismas acciones en búsqueda de los mismos gustos, gustos que se van perdiendo por la falta de creatividad inteligente y necesaria para continuar activos y productores de nuevas y mejores cosas buenas. Dejemos ejemplos

de esfuerzo, constancia y fe para todos los que pisarán el mundo sobre nuestras huellas.

Tomemos lección de los amigos de esta historia, sea que tengamos o no un piano en nuestra casa, y hagamos posible un mundo mejor y perdurable para los que nacerán en el futuro, cercano o lejano, como el fruto deseado de nuestro amor de hoy.

FIN DE. "UNA CASA CON PIANO"

Diciembre 31 de 2021 Harrington. Qc. Canadá.